CUADERNOS
DE LA
UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

11

TERCER CURSO
(OCTUBRE 1949 — JUNIO 1950)

ACTUALIDAD Y DESTINO DE CUBA

●

Diciembre 1949 — Talleres de EDITORIAL LEX, LA HABANA — 20 cts.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

EXTRACTO DEL REGLAMENTO DE LA UNIVERSIDAD DEL AIRE:

"La Universidad del Aire es una institución de difusión cultural por medio del radio. Está, por tanto, sujeta a las condiciones de acción que le imponen la índole de ese propósito y el medio trasmisor de que se vale".

. . . .

"El objeto de las disertaciones de la Universidad del Aire es principalmente despertar un interés en los temas de la cultura. Por consiguiente, no aspiran a impartir conocimientos detallados o profundos, sino más bien nociones introductoras y generales que abran una vía inicial a la curiosidad de los oyentes. Como el grado de cultura de éstos tiene que presumirse muy diverso, se procurará prescindir en las disertaciones de todo lo que suponga una considerable formación previa, así como de tecnicismos y pormenorizaciones que fatiguen la atención. Los trabajos deberán ser redactados con toda la llaneza de estilo y amenidad de contenido que el tema permita, procurándose sintetizar y dramatizar lo más posible la exposición, y cuidando más en todo momento de la comprensión de los oyentes que del propio lucimiento".

Las audiciones de la UNIVERSIDAD DEL AIRE se trasmiten todos los domingos de 3 a 4 p.m. por el

CIRCUITO CMQ

RADIOCENTRO

LA HABANA, CUBA

UNIVERSIDAD DEL AIRE
DEL CIRCUITO CMQ

DIRECTOR: DR. JORGE MAÑACH

TERCER CURSO
(Octubre 1949 - Junio 1950)

ACTUALIDAD Y DESTINO DE CUBA

•

TALLERES DE
EDITORIAL LEX
LA HABANA

I

Palabras de Sr. Goar Mestre

Director General del Circuito CMQ, en la sesión Inaugural del Curso, celebrada el domingo día 2 de Octubre de 1949

NUEVAMENTE tengo el gusto de venir a comunicarme directamente con ustedes, los amigos y oyentes asiduos de la Universidad del Aire. Esta vez, para inaugurar el curso que hoy va a iniciarse, titulado "Actualidad y Destino de Cuba". Sobre la actitud del Circuito CMQ al propiciar esta nueva serie de transmisiones de la Universidad del Aire, quisiera decir muy breves palabras.

En otras ocasiones he manifestado, y les ruego que me permitan repetirlo, que el Circuito CMQ dista mucho de sentirse a sí mismo como una simple empresa mercantil, como un mero negocio más, dentro de la comunidad cubana. Siente que tiene responsabilidades superiores ante ella. Las tiene siempre una empresa poderosa, cualquiera que ella sea, y no he de caer en la ridiculez de negar, por falsa modestia, el hecho visible de que la CMQ es una de las grandes empresas cubanas. Pero esa responsabilidad, ese deber de interesarse constructivamente por los problemas y el destino de la sociedad en que vive, le incumbe todavía de un modo más especial e imperativo a las empresas que, como la nuestra, están en condiciones de influir directamente sobre la opinión y sobre la conducta públicas. Sobradamente se sabe que la propaganda es una de las grandes fuerzas sociales de nuestro tiempo. Esa fuerza se puede usar para bien o para mal; se puede utilizar sólo para fines de particular provecho material o también para fines de edificación colectiva. La responsabilidad de la radio, que llega a todos los hogares, que de algún modo alcanza a todas las conciencias, es incalculable. Exagerando un poco, pero tal vez no demasiado, pudiéramos decir que la

radio es un poco como la fuerza atómica, de que con tanta aprensión hablamos hoy día: lo mismo puede utilizarse para fines de paz, mejorando las técnicas de importancia capital para el hombre, que se puede emplear para borrar de la tierra al hombre mismo y toda su civilización.

Desde que se fundó, la CMQ abriga esas convicciones respecto a los deberes sociales que su poder y su tipo de actividad le imponen. Ese modo de pensar es el que norma todas las transmisiones en que la empresa se manifiesta por su propia cuenta: sus programas no mercantiles, su servicio de noticias, sus editoriales, sus pronunciamientos en ocasiones de particular importancia. Esa es también la "filosofía", si puedo llamarla así, que nos llevó a incluir en nuestro repertorio la Universidad del Aire, ofreciéndola como un servicio totalmente desinteresado de cultura, bajo la dirección de un hombre como el doctor Mañach. Aunque no todavía en la extensión que quisiéramos, el público ha acogido y respaldado con evidente beneplácito este programa radiado, que es hoy un timbre de orgullo para la cultura cubana.

Hasta ahora, la Universidad del Aire ha ofrecido cursos de sentido más o menos general y académico. A partir de hoy se propone entrar en las realidades cubanas, que, por cierto, no siempre son muy halagadoras. El doctor Mañach explicará en seguida en qué ha de consistir ese curso. Yo me limitaré a decir, en primer término, que la iniciativa y el espíritu a que responde tienen el más vehemente respaldo de la empresa que represento. Cuba necesita conocer a fondo sus problemas: no basta que los conozcan tales o cuales individuos y que a veces se los discuta en círculos más o menos espaciosos; es necesario que toda la conciencia cubana, por lo menos toda aquella sobre la cual la radio tiene influencia, se empape de las cuestiones de cuya acertada solución depende la suerte de nuestra democracia, el decoro de nuestra sociedad, el progreso de nuestra civilización, en suma, la mayor o menor tranquilidad y bienestar de todos los cubanos.

Cuando a éstos les preguntamos si están contentos con el rumbo que llevan las cosas de nuestra patria, la gran mayoría contesta negativamente. No: no creen que nuestra política sea la política que los fundadores de la República soñaron; no creen que nuestra economía sea la que un pueblo privilegiado por la naturaleza debiera tener; no creen que nuestras instituciones sean todas eficaces, ni que todas las leyes se cumplan. No creen que los intereses y valores más respetables de todo pueblo civilizado estén en Cuba suficientemente amparados. Por debajo de nuestra relativa prosperidad, de nuestra frivolidad aparente, hay, sin duda, un gran malestar en la vida cubana. No sacamos nada con ignorar

eso, ni mucho menos con resignarnos. Hay que preguntarse por qué ese malestar existe y cómo pudieran remediarse los males que lo originan. Eso es lo que se propone el nuevo curso de la Universidad del Aire que hoy se inaugura.

Para las disertaciones autorizadas que en él han de ofrecerse, para las discusiones elevadas que ellas han de motivar, pedimos la atención respetuosa y continua de todos los cubanos que no se hayan cansado ya de querer una patria mejor. Ojalá que este nuevo empeño de edificación intelectual y moral que la Universidad del Aire aborda, tenga el aprecio y respaldo de todos los ciudadanos conscientes. Al auspiciar esta ventilación de nuestros problemas públicos, el Circuito CMQ cree cumplir une vez más con sus deberes morales para con la nación. A todos ustedes les doy de antemano las gracias por la colaboración que presten a este empeño, divulgándolo lo más posible de modo que llegue a tener toda la repercusión que merece.

Jorge Mañach

Introducción al Curso

EL señor Mestre ha expresado muy claramente, en las últimas palabras que ustedes acaban de oirle, la razón de ser de este nuevo curso que titulamos **Actualidad y destino de Cuba.** "Cuando a los cubanos de hoy se les pregunta —dijo Goar Mestre— si están contentos con el rumbo que llevan las cosas del país, la mayor parte de ellos contesta negativamente", y añadía que ya va siendo hora de que nos preguntemos seriamente por qué.

Es difícil discrepar de semejante opinión. Sin embargo, estamos obligados a carearla con los hechos y con otras opiniones. En el curso que hoy vamos a comenzar, hemos de ser todo lo severos que resulte necesario; pero también todo lo responsables que nos obliga a ser un momento de la vida cubana bastante propenso a la irresponsabilidad. Tendremos que esquivar constantemente el peligro de simplificar y de generalizar demasiado; preguntarnos, antes de cada afirmación y de cada negación, si lo que vamos a decir es cierto. No venimos aquí a hacer demagogia ni de aplauso ni de denuestos; venimos a examinar y a juzgar, con la mirada puesta sólo en la verdad y en Cuba.

¿Es cierto que el cubano en general está descontento de su propia vida nacional? La pregunta está más justificada de lo que pudiera parecer. Hace poco más de un año, otra desvelada institución con la cual también tengo algo que ver, la Sociedad de Amigos de la República, efectuó un debate público para discutir esta cuestión :"¿Qué saldo arrojan los primeros 48 años de vida independiente...?" Participaron en aquella discusión memorable dos de nuestros publicistas de más autoridad moral e intelectual, que por cierto han de figurar también en el presente curso; y no pocos de ustedes recordarán como uno de ellos sostuvo que el

saldo del primer medio siglo de República era muy desfavorable, en tanto que el otro mantuvo todo lo contrario, aunque con severas reservas. ¿Cuál de los dos tenía razón? He ahí una de las cuestiones que debieran quedar ventiladas, con el mayor detenimiento que nos sea posible, en el curso que hoy iniciamos.

Pero notemos que aun en el caso de que el análisis de la realidad de Goar Mestre no quedaría a conclusiones favorables, la afirmación de Goar Mestre no quedaría destruída. Tal vez la República no sea un fracaso, pero resulta muy difícil encontrar hoy un cubano consciente y sincero que, interrogado sobre el camino que llevan las cosas en Cuba, no se declare cuando menos insatisfecho y casi siempre desolado. Ese es el estado de ánimo que se recoge constantemente en la calle, en los ámbitos de trabajo, en la sobremesa del club o del hogar. A diario, frente a la noticia del último latrocinio, del último muerto más o menos misterioso, del último escándalo congresional, de la inepcia administrativa reiterada o de la defraudación de la confianza pública por algún presunto salvador, nos decimos unos a otros con una cólera sorda, en la cual no deja de poner el ánimo criollo su gota de humor: "¡Qué relajo, caballeros!"

"Relajo" —he ahí la palabra, degenerada ella misma, que el cubano inventó hace tiempo para describir ciertas cosas de su país. Ni siquiera "relajación", que sería demasiado culto, demasiado solemne: "¡relajo!" Es vocablo de la misma tribu que "choteo", "embullo", "lipidia", "pastora" y tantos más acuñados por nuestro instinto verbal. Estas palabras no se generalizaron sin fundamento, sino porque aluden a modos específicos de nuestra psicología y de nuestra conducta. Por lo que se refiere a "relajo", el diccionario Larousse lo define (no sin señalar el origen cubano, lo cual es sin duda un honor ante el extranjero) como una "depravación de costumbres". No creo que sea del todo exacta la definición, entre otras razones porque no determina bien el fenómeno. "Depravación" es demasiado fuerte. El "relajo" es lo que la misma degeneración fonética indica: un modo especial, casi frívolo, de estar relajado, de haber perdido la tensión en los tejidos sociales y morales.

Es posible, repito, que tal cosa no haya ocurrido en absoluto en Cuba, o que sólo pueda afirmarse de lo superficial de nuestra vida, y no todavía de nuestra propia entraña. Ya lo pondremos en claro. Más, por lo pronto, resulta muy grave que casi todos los cubanos tengamos la sensación, o al menos la aprensión, de que nos estamos relajando y casi disolviendo como pueblo.

Casi todos, digo. Una excepción que hay que señalar en seguida es la que ponen de manifiesto nuestros círculos políticos.

Quien se haya siquiera asomado a ellos alguna vez, sabe bien que allí lo que suele prevalecer más bien es una actitud frívola o "feliciana" hacia los males de Cuba. El destino de la nación no los preocupa gran cosa, sino los destinos que dé el gobierno. Los políticos discuten, intrigan, ríen, a veces se matan o se van de pesquería; pero nada más. Se supone que están dedicados profesionalmente a resolver los problemas de Cuba; pero de hecho lo que siempre están resolviendo es "su" problema —el problema de seguir cobrando jugosamente por ignorar los problemas nacionales.

Aquí me detengo, sin embargo, para medir bien mis palabras. El tema de la actitud de los políticos ante la Nación es de los que reclaman especial examen, y alguien lo ha de tratar en nuestro curso. Pero ya que no he podido eludir el tocarlo, estoy en el deber de preguntarme si, en efecto, "todos" nuestros políticos tienen esa actitud de frivolidad que antes dije. E inmediatamente pienso que no. Enseguida acuden a mi memoria los nombres de ciertos hombres públicos nuestros —todo lo contados que ustedes quieran— que en su conversación privada nos revelan un estado de conciencia y de sensibilidad para nuestros problemas, y que en su vida pública han acusado alguna vez, ya que no siempre, los perfiles del patriota y del estadista. Algunos de esos políticos nuestros han de tomar parte en este curso, porque la Universidad del Aire ha creído conveniente aprovechar su talento o su experiencia en las cuestiones que nos proponemos ventilar.

Pero nadie negará que ese tipo de políticos es, por desgracia, muy raro entre nosotros. ¿Se dirá que lo es en todas partes? Para rechazar ese dudoso consuelo, basta informarse un poco sobre el personal en los altos planos de la política extranjera. Además, en otros países, los hombres públicos de ese estilo responsable y competente se mueven entre políticos menores que no son tan livianos como lo suelen ser entre nosotros. En otros países, los planos sucios de la política menuda sirven siquiera para que escalen las esferas de la gobernación los estadistas genuinos. Aquí no. Desde hace ya bastante tiempo, la política está cada vez más verticalmente dominada por el arribismo, la prisa de aprovechamiento descarado, la incompetencia más escandalosa. Y yo creo que hay que hacerles a nuestros pocos políticos excepcionales la justicia de reconocer que habrían podido servir mejor a Cuba si no tuvieran que moverse entre esa fauna parasitaria. Es esa gentuza politiquera la que nos autoriza a decir que aquí la política es insensible a los grandes problemas nacionales. Ellos son los únicos cubanos para quienes Cuba no resulta una patria dolorida y dolorosa.

¿Los únicos? Detengámonos también aquí. Nos hemos acostumbrado demasiado a echarles a los políticos la culpa de todo lo malo que en Cuba ocurre. No dudo yo, ciertamente, que tengan buena parte de responsabilidad, por acción o por omisión; pero olvidamos que somos los demás cubanos los que, por acción o por omisión también, hacemos los políticos que padecemos. Fuera de la ciénaga en que éstos se mueven y medran, hay también muchos lodazales más o menos disimulados y muchos parches yermos para la vida ciudadana. Se da en ellos un tipo de cubano —por llamarlo de alguna noble manera— encallecido y egoísta, cuando no cómplice. Para él, esa breve palabra "Cuba", que con tan hondos dejos de fervor y de esperanza resonó en nuestro siglo histórico, no designa ya más que una islita "de corcho", donde todo el mundo puede vivir bien a condición de tener pocos escrúpulos. Cubanos —por llamarlos de alguna manera— que han perdido ya totalmente el sentido patrio, y se creen muy decentes porque sólo se cuidan de ganar para sí y dejarle algo a la familia. Honradamente creo que esa gente le hace aun más daño a la república que los políticos.

Daño inmenso le hacen también los que, sin haber llegado a esa insensibilidad cívica, sin dejar de sentir los vacíos y bochornos de nuestra vida pública, creen que nada es posible hacer para remediarla y sólo tratan de salvar sus propios valores, asumiendo hacia todo lo demás un pesimismo radical y tocado de elegante desprecio. Los gabinetes de estudio, las oficinas de profesión o negocio, las cátedras y los dorados retiros están llenos de gente de ésa. Con tales entreguistas, tampoco ha de medrar mucho Cuba.

En fin, pudiera añadir a estas zonas de indirecta responsabilidad toda aquella muchedumbre aun mayor de cubanos desvalidos o en precario que no dejan de llevar por dentro su alma patria y su esperanza, pero se resignan a vivir en una perenne provisionalidad, confiando en que alguien, algún día, de algún modo, les venga a sanear la República. O aquellos otros que están maleados a la fuerza, y viven al servicio de la corrupción ajena como vivirían ayudando al esfuerzo noble si el clima social fuese más próvido. Pues lo más grave que le ocurre a un pueblo cuando se relaja, es que la sociedad entera se vuelve como un tejido blando de anuencias, consentimientos y desidias, en que sin querer nos vamos desmoralizando los unos a los otros.

.Sin querer —eso es lo más doloroso. Contra todos los pesimismos radicales, he sostenido siempre que nuestro pueblo es de un material humano intrínsecamente excelente. Generoso y alegre, clarísimo de inteligencia e inventiva, nada apoltronado, a

pesar de su trópico, sino muy activo para buscarse y mejorarse la vida; pueblo que odia el abuso, se mofa de la autoridad soberbia y es capaz de morir por su libertad, tiene todas las aptitudes para forjarse un destino superior a su propio tamaño. En climas extranjeros más propicios, el cubano se granjea siempre afectos y respeto, y muchas veces singular eminencia. En su suelo, sin embargo, este pueblo tan bien dotado parece estar fallando históricamente. Da la impresión de que no logra dominar su propia realidad. Y no porque tenga los problemas difíciles de vida y conducta que todos los pueblos confrontan, sobre todo en esta época de crisis que vive el mundo, sino porque está dejando arraigar condiciones de deterioro material y moral que tienden a hacerse irremediables mientras más se las abandona.

¿A qué se debe esta amenaza de frustración? ¿No será que, por un complejo de circunstancias históricas en que se nos distrajeron por igual la inteligencia y la voluntad, hemos quedado envueltos en una serie tan enmarañada de círculos viciosos que hasta nuestras virtudes se nos están convirtiendo en defectos —nuestra generosidad en codicia, nuestra alegría en cinismo, nuestra inteligencia en pillería, nuestro amor a la libertad en "relajo"?

Ya sé que un plañido semejante se ha escuchado en otros muchos momentos de nuestra breve historia. Hay quien infiere de eso que el cubano es un quejoso consuetudinario, lo cual, después de todo, no sería tan deplorable, porque, como decía Varona, la queja siquiera es una señal de vitalidad. Pero nadie se queja en balde, y si nuestras cuitas tienen ya tanta historia, debe de ser porque tienen muy honda raíz.

En todo caso, parece que ya va siendo hora de averiguar lo que nos pasa. Hora de intentar un examen detenido y lo más a fondo posible de los problemas más graves y urgentes en la vida cubana, y de proyectar ese examen en un plano de difusión suficiente para que llegue al mayor número posible de conciencias. Generalizar el conocimiento de los problemas es ya un modo de acercarse a resolverlos. La verdad, la claridad, tienen una fuerza enorme de incitación. Un pueblo transido de verdades sobre sí mismo, mostrará siempre una alta presión de voluntad pública, a menos que esté ya enteramente desmoralizado. Lo que ocurre es que ciertos pueblos, el nuestro entre ellos, andan casi siempre alimentados de mentiras, o cuando no, de verdades a medias, de simplismos cómodos y de superficialidades más o menos halagüeñas. Cuba está necesitando desde hace mucho tiempo una cura de verdades enteras. Y de verdades, repito, que lleguen, no sólo a tales o cuales zonas privilegiadas de atención pública, como

ha dicho Goar Mestre, sino también a esa mayoría social inmensa cuya incultura es precisamente el pretexto de que los pillos se valen para explotarla. El gran instrumento para una dif[illegible] semejante es la radio; por eso acudimos cada vez más a él los que aún confiamos en la palabra —en la palabra responsable— como vehículo de salvación.

Termino. Ya ustedes saben de un modo general lo que nuestro curso se propone. Lo demás lo irán poniendo de manifiesto nuestras tareas todos los domingos a las tres de la tarde. Vamos a examinar nuestros problemas principales en todos los órdenes —los problemas políticos, sociales, económicos, morales, culturales, los problemas de la organización pública y de la vida cotidiana que a todos nos afectan. La Universidad del Aire como tal no aborda ese examen ni con optimismo ni con pesimismo. Se acerca a él en una actitud crítica, de enjuiciamiento sincero. Es posible que algunos de los disertantes a quienes ustedes han de escuchar aquí hasta el mes de junio, lo vean todo, o por lo menos vean alguna parcela de nuestro paisaje, con color de rosa; otros, en cambio, puede que acentúen el matiz sombrío. No hemos elegido a nuestros disertantes con vistas a la actitud que puedan tener, sino en razón de la autoridad con que pueden hablar —autoridad moral, autoridad de inteligencia y autoridad de experiencia. Suya será la responsabilidad de lo que digan, con lo cual la Universidad del Aire podrá estar o no de acuerdo. Lo importante es que tales opiniones salgan al aire; que se discutan cuanto sea posible en este pequeño ámbito de la CMQ, y que la conciencia pública las recoja. Este nuevo curso se propone pues, sin apasionamientos, pero con una honda y limpia pasión cubana, saber dónde estamos parados —cuál es la actualidad y cuál debe y puede ser el destino de Cuba (*).

(*) A continuación, el Dr. Mañach presentó al General Loynaz del Castillo con las siguientes palabras:

"Hemos querido que fuera una alta y gallarda figura de nuestra historia guerrera y republicana, el último mayor-general que nos queda de las luchas emancipadoras, un soldado de bravura casi legendaria, un patriota inmaculado, uno de los amigos entrañables de José Martí y de Antonio Maceo, quien viniera aquí esta tarde a decir las primeras palabras sobre la actualidad y destino de Cuba. Nadie mejor que él, uno de los fundadores de la República, para contestar la pregunta que va a ser objeto de su disertación: "Los ideales cubanos de la fundación, ¿están siendo cumplidos en la República?" Señores: todas las palabras huelgan. No hay necesidad de presentación. Simplemente les señalo la presencia gloriosa con que honra esta tribuna de la Universidad del Aire, el MAYOR GENERAL ENRIQUE LOYNAZ DEL CASTILLO. Escuchémosle."

Enrique Loynaz del Castillo

Los ideales Cubanos de la fundación, ¿están siendo realizados?

¿HA correspondido la realidad de la República a los postulados y propósitos de la Revolución Libertadora?
Tal es la pregunta formulada, desde la gran emisora CMQ, por la Universidad del Aire, institución cultural merecedora de todo aplauso, que los domingos a las tres de la tarde, nos permite el privilegio de oír la palabra medular de su Director, el ilustre Jorge Mañach.

Para responder con relativa exactitud a tan interesante pregunta, precisa, lo primero, echar un vistazo al documento inmortal donde esos postulados se plasmaron, suscritos por las dos firmas primarias de la Revolución: el Manifiesto de Montecristi.

Jamás pueblo alguno enarboló tan alta bandera de principios, que más que una divisa de guerra proclama el apostolado universal del Bien. En su esencia moral y sublime desprendimiento lo habría predicado Jesucristo. Lo suscribieron José Martí y Máximo Gómez, y lo sostuvo sin cansancio y sin contradicción, en larga prueba de abnegaciones insuperables el Ejército Libertador.

Tracemos un paralelo entre el pensamiento de la emancipación, de pureza tan conmovedora como la magnitud del sacrificio y las realidades presentes en el pueblo de Cuba: unas halagüeñas, otras sombrías... que no permiten, sino en análisis de detalles, afirmación o negación de concepto absoluto.

Sin irreflexivo optimismo, ni pesimista prurito, al tender la vista sobre el panorama de medio siglo de existencia nacional, podemos en síntesis afirmar que, en proyección individualista, el

cubano ha progresado intensamente, ha roto las cadenas del pensamiento, y logrado, en su provecho mayor, la transformación del trabajo de manera que asegure —en cuanto es dable al esfuerzo humano— el definitivo bienestar social.

Mas, en el desenvolvimiento colectivo y en su proyección política, el pueblo de Cuba no ha alcanzado todavía —y cada día dista más de alcanzarla— la cumbre moral señalada por los excelsos guías de la emancipación. A la República la ahoga el peculado...!

¡Ciertamente cáese a pedazos la virtud que hizo el milagro de la República! Y el pueblo no se une todavía en un brazo y un corazón para salvar la virtud, nervio y razón de la República...!

Desde luego, no pueden ser los mismos de hoy los problemas de medio siglo atrás. Algunos dejaron de serlo con la liquidación de la guerra, como el de las relaciones naturales —cordialísimas entre cubanos y españoles, donde ya no ve el hijo "entre el beso de sus labios y la mano de su padre la sombra aborrecida del opresor..." "Que el español podrá gozar respetado —aún amado— en el seguro de sus hijos, de la libertad que él mismo ansía..."

Otro problema, enunciado en el manifiesto del Apóstol y del gran Libertador, que no quisieron ellos evadir ni soslayar, fué el de las diferencias en que a la sociedad cubana pudo dividir el distingo racial de sus componentes, azuzado por demagogos irresponsables para promover sobre tan mísero empeño la personal ambición, a sabiendas del odio estéril y del final desastre. La República mantiene, por fortuna la convivencia fraternal de los cubanos y la confía al sentimiento de justicia de todos, a la igualdad de apreciación de las virtudes y talentos y a la memoria, por siempre bendita y amada, de la hermandad en el sacrificio.

Evocó Martí la presencia de otros no menos trascendentes factores de feliz desenvolvimiento en la sociedad cubana:

"El civismo de sus guerreros; el cultivo y benignidad de sus artesanos; el empleo real y moderno de un número vasto de sus inteligencias y riquezas: la peculiar moderación del campesino, sazonado en el destierro y en la guerra: el trato íntimo y diario: y la rápida e inevitable uniformación de las diversas secciones del país, aseguran a Cuba —sin ilícita ilusión— un porvenir en el que las condiciones de asiento y del trabajo inmediato de un pueblo feraz en la República justa, excederán a las de disociación y parcialidad provenientes de la pereza, o arrogancia, que la guerra a veces crea: del rencor ofensivo de una minoría de amos caídos de sus privilegios... Y de la súbita desposesión que gran parte de los pobladores letrados de las ciudades de la sun-

tuosidad y abundancia relativas que hoy les vienen de las gabelas inmorales y fáciles de la colonia y de los oficios que habrán de desaparecer con la libertad."

He ahí, de mano maestra, trazados los factores "de asiento y bienestar", superiores en la realidad presente a los de desintegración de la República, si no coexistiera con ellos otro de mayor cuantía que no pudo el Apóstol señalar porque no había hecho acto de presencia todavía en la sociedad cubana entonces caracterizada por la austera honradez de sus emigrados y guerreros.

Nadie, ni el más pesimista habría imaginado que al extinguirse la acción de aquellos grandes cubanos incapaces de violar ni la verdad ni los dictados de la recta conciencia, podría surgir la horrible sorpresa del destino: ¡el peculado! ¡El peculado inmundo, que ha hecho de la politiquería criolla una gusanera!

Suprimiéramos el peculado y la República no echaría de menos las virtudes y la gloria de la epopeya emancipadora.

Suprimiéramos el peculado y podríamos destacar como fruto valiosísimo de la libertad, al campesino de Cuba, mucho mejor retribuído que en la colonia, aún considerado el costo mayor de la vida.

Y si no viviera el campesino más de la bodega que de la siembra de las viandas necesarias a su propio sustento, y de sus aves y animales de corral —que para ello le sobra tiempo tras las diarias horas de labor comprometida al salario— mucho más barata le sería la vida.

Tiene el campesino escuela para sus hijos, exceptuados, naturalmente los sitios inaccesibles y solitarios.

Pero hay que reconocer que en creciente número cada día, nuestro guajiro intoxicado por prédicas de demagogos y agitadores, ya no busca en las primeras claridades de la madrugada, junto a la yunta de amarrar, el sostén del bohío y el alimento de los hijos escuálidos, sino que anda paseando sobre el penco flaco y desgarbado las sitierías vecinas, a buches de café, en politiquera propaganda, nuevo parásito social, a la mira del puesto de policía o de soldado que le prometiera el candidato sin escrúpulos.

Si volvemos la mirada a los obreros, aún más intoxicados que los campesinos por las prédicas insinceras y demagógicas, a las que suelen atribuir las mejoras y bienestar que son la consecuencia natural de la libertad, les veremos la norma mejor de vida, los salarios altos y la disminución de las horas de trabajo, elementos innegables del necesario bienestar social.

Lo numeroso de las clases trabajadoras pesa formidablemente en una democracia. Y Cuba lo es en grado más intenso cada día, no obstante la quiebra completa de su sistema eleccionario, enredado en todas las encrucijadas del fraude. Palpando bien hasta dónde con el voto del obrero hay que contar partidos y candidatos les presentan sus bandejas de dádivas, por absurdas y onerosas que sean para la sociedad. A menos trabajo paga mayor:

Descanso retribuído: que los días de fiesta nacional se cobren sin trabajar. Y si en día festivo caen, como el objeto realmente perseguido no es conmemorar la fecha patria, sino adular al obrero a costa del que le da empleo, tampoco se trabaja el siguiente día; pero sí se cobra. Que no pueda el dueño de la industria despedir a quien lo perjudica con su ejemplo y negligencia en el taller. Que sólo se trabaje seis horas, pero que se cobren ocho. ¡En fin cuánto se pida; y más!

El totalitarismo dictatorial, comunista, o caudillista sólo podrá imponerlo la demencia cuando haya ensangrentado, incendiado y desolado el suelo patrio, si antes no es en la sangre que vierta, el mismo ahogado.

Vivamos en paz: en el trabajo libre y remunerador. Que el obrero sin letras, apenas entendido en el manejo de un camión, o en la estiba de un barco gane siempre —como hoy gana— lo que quizás no alcanza quien subió a la colina universitaria en busca de caminos para la subsistencia.

Y siempre haya premios y bendiciones para los grandes laborantes de la Ciencia del Arte, de las Finanzas, los creadores de la riqueza, útil y del bienestar social.

Si se nos preguntara sobre el progreso de la Educación, veríamos que, medido desde los tiempos de Frye, el gran americano, iniciador de la reforma de la instrucción pública, aparece, naturalmente, inmenso, aunque no sea lo que era de esperar de los millones, centenares de millones, en ella invertidos, No acaban de estabilizarse las normas de la enseñanza —más aparatosa que efectiva— ni de surtirse del material necesario las escuelas.

Lo que urge es la preparación de maestros incansables, no teorizantes, capaces de encauzar en vía fructífera, decorosa y creadora de honrada riqueza a nuestra juventud, así la urbana como la de los campos. Está por instalarse todavía la verdadera educación agrícola, la que enseñe a nuestros compatriotas del campo los medios prácticos de enriquecer sus cosechas, adaptar los cultivos a las diversas tierras, de cuya explotación depende toda la economía de la Nación, y los auxilie, en bien del país, a proteger en enfermedades, parásitos y miserias esas familias cubanas, cuyas ventura es la ventura de todos y cuyos sacrifi-

cios —en las crisis supremas— fueron generoso escudo de la Patria.

Es innegable el progreso material de Cuba. Las comunicaciones, así postales como de todo orden, han acercado las apartadas regiones, han extinguido y puesto en ridículo las míseras prevenciones locales y adueñado al cubano de toda la extensión de su patria. En los puertos cubanos, las naves del comercio ostentan las banderas de todas las naciones. Y en los cielos dibujan los aviones en ruidoso enjambre las continuas líneas de comunicación sobre océanos y continentes.

Las ciudades crecen y se embellecen. Los edificios públicos y privados, los hoteles, teatros, playas, las carreteras dan realce y atractivos al país.

El progreso en la órbita de las iniciativas privadas —cubanas y extranjeras— ha sido asombroso.

El capital, por naturaleza receloso, tiene fe en la República.

La tendría mayor y más actividades abarcaría la industria y más grande y estable fuera el auge económico si se creara un régimen previsor, y efectivo, de la función del trabajo, de manera que afirmara el derecho del trabajo a la distribución igual de las ganancias con el capital, al deducir de la entrada bruta el costo integral de la producción y el tanto por ciento prudencial que se fije en seguro contra posibles pérdidas: un régimen de labor —y de relación de los factores de la producción— capaz de asegurar la justicia, y de proscribir la apelación sistemática a la huelga, azuzadada siempre por demagogos interesados en la ruina de todos, el desorden y la anarquía: la perturbación de la República.

Desde cualquier punto de vista en que se contemplen las proyecciones individualistas, sorprende el considerable progreso de la República.

Paralelamente ha crecido su crédito en las relaciones exteriores, gracias al respeto que siempre inspira un pueblo en plena e ilimitada posesión de la libertad.

Concurre también al acrecentamiento del crédito de Cuba la magnitud de su comercio, que confirmó a plenitud la predicción del Apóstol y el brillo —por él también señalado— de sus grandes representativos en la Ciencia y en el Arte.

Ahora veamos un lado sombrío... Apena a quien ama y anhela el bien de su Patria la extensión de un mal que le pervierte la conciencia y le arriesga la propia vida.

Las "gabelas inmorales de la Colonia", que Martí juzgó destinadas a desaparecer con la libertad, se han multiplicado y pervertido el régimen político del país.

Cuando vaciló el primer gobierno de Cuba ante la tentación de prorrogar con una farsa electoral el disfrute del poder, y para afirmar con los fusiles la farsa miserable de la reelección, creó el "gabinete de combate", dos grandes brechas se abrieron en la República. Por una abriéronse paso todas las concupiscencias: por la otra entró la gueirra civii...

La República vió estrangulado el programa de Montecristi, vió asomar grandes fraudes con la entrega del ferrocarril de Júcaro, Ciego de Avila y Morón, que era propiedad de Cuba y costó millones a España con terminal y muelle para atracar vapores, todo por ochentitrés pesos al mes, menos de lo que cuesta alquilar un "cacharro".

Y más vergonzoso que la fraudulenta entrega fué el espectáculo de los electores espantados de los comicios por las descargas de la Guardia Rural.

Y así, del sufragio prostituído a la guerra civil y de la guerra civil a la ocupación militar extranjera, y de una dictaura a otra dictadura, anduvo en precaria vida la República, sin que se vea por ningún horizonte reaparecer la legalidad electoral.

La restauración feliz de la libertad permite, en verdad, la esperanza —merced a la irrestricta acción del pensamiento— de llevar a la conciencia nacional la convicción inviolable de la urgencia de una radical reforma eleccionaria. Y otra de los poderes públicos. El país no debe vivir perturbado por una estructura constitucional que lo ahoga con estas constantes agitaciones electoreras. Distanciarlas precisa, ya que no se puedan suprimir estas pugnas despreocupadas de "dinero contra vergüenza", —según el dicho popular— o como es corriente, de "dinero contra dinero". Y lo peor, con ser tan vil el soborno —y tan funestas sus consecuencias— es que el dinero derrochado no es el de los candidatos, sino el sustraído a la Nación: es el dinero de los contribuyentes —asignado a la codicia de la agrupación industrial, usufructuaria del Gobierno, para perpetuar su dominio y corrupción del país.

En un régimen centralizador donde todo depende de una voluntad, concéntranse junto a ella todas las genuflaxiones y todos los apetitos.

La reelección, condenada por la Constitución, tiene sus recursos en el tiempo, o en el plebiscito, y su disfraz personal para perpetuar, con los millones indefensos del tesoro nacional, la usurpación del poder.

Y si no bastaran los millones del tesoro del pueblo, queda otro supremo recurso: hipotecar la República: contratar empréstitos. Ya lo dijo Luis XV: "¡Después de mí, el diluvio!"

Así está la República. De tumbo en tumbo, con ingresos superiores a casi todas las demás de la América, que, empleados con honor, habrían hecho, ellos solos, milagros de adelanto material, ha sido conducida por sus propios dirigentes y cómplices interesados, a encallar en los bajos fondos de los empréstitos continuos, cuyos objetivos reales, inconfesables, fueron siempre disimulados bajo las sonrisas y cantos optimistas de las grandes sirenas de las finanzas...

He ahí la falla verdadera, irremediable y trágica de la República: **¡el peculado!**

La que sonroja al que escribe al desnudo; la que delata el retroceso operado por nuestros gobiernos; la que destroza el alma a los que fundaron la República para el bien: y para el honor.

II

Jorge L. Martí

¿Está falseada la democracia Cubana?

PARA responder a la pregunta de si está falseada la democracia cubana he adoptado un método que consiste en contrastar **los ideales** democráticos alentados por el pueblo de Cuba con **sus posibilidades** efectivas de realizarlos y, como resultante de ambos, **la realidad** de la vida pública cubana en sus dos grandes etapas republicanas.

Cuando se inauguró la República, en 1902, los ideales de los fundadores eran establecer un régimen de amplias libertades públicas, fundamentado en un gobierno representativo, nacido del sufragio universal. De acuerdo con la tónica de los tiempos, era aspiración gubernamental el intervenir lo menos posible en los fenómenos económicos y sociales que en la sociedad se producían, limitándose la tutela oficial a mantener la paz pública.

Para alcanzar esa meta los cubanos necesitaban dos elementos, de los que carecían: líderes políticos y ciudadanía consciente. Piénsese en la inexperiencia política del cubano, gobernado durante más de medio siglo según el régimen de las facultades omnímodas del Capitán General, sin otro conocimiento de las luchas cívicas que los pocos años de propaganda autonomista. Calcúlese el desconocimiento de la Administración Pública que tenía un pueblo cuyos funcionarios todos venían del extranjero; en donde ni siquiera se gozaba del manejo de los asuntos municipales, porque Alcaldes y Corregidores dependían también de la autoridad central y durante casi todo el tiempo fueron nombrados por ella. Imagínese qué saber podía tener el común de las gentes de lo que era la democracia, si en la vida diaria jamás

la habían practicado y ni siquiera en teoría podían indagar en qué consistía, porque una abrumadora mayoría de la población era analfabeta. La gran masa de la nueva ciudadanía procedía del campesinado, y éste se hallaba dividido en dos grupos: los mambises, que en el mejor de los casos eran excelentes soldados, habituados a obedecer a un caudillo militar; y los reconcentrados, gente depauperada física y moralmente por el hambre y las enfermedades.

El resto de la población, la que no se había sublevado contra España, que, por cierto, no era una reducida minoría, estaba habituada a una sociedad en la que el Capitán General era el árbitro absoluto. La tiranía política, consagrada como sistema permanente durante siglos, tuvo su culminación totalitaria en los últimos ochenta años de la colonia. Esta tiranía se asentaba sobre una radical división de la sociedad en clases y razas: la servidumbre del negro esclavo y la libertad civil, que no política, del blanco. La ignorancia era el común denominador, excepto para una reducida minoría. ¿Qué hábitos de conducta pública se produjeron, consecuentemente, en aquella sociedad colonial?

En primer término, el sentido de la dependencia del poder central supremo. No había, ni para el súbdito particular, ni para las comunidades locales o regionales, derechos que reclamar y exigir; sino, exclusivamente, **la gracia** que demandar del Capitán General. La gracia, claro está, no se le dispensaba a todos, sino, de modo arbitrario, a los amigos del gobernante; de ahí el segundo hábito público, **el privilegio.** Las distinciones y mercedes que aquél concedía caprichosamente a sus protegidos, eran signos de importancia social, que el beneficiario aprovechaba por sí solo o compartía con el representante del rey. De ahí que la combinación de **la gracia** y **el privilegio** establecieron la costumbre del **peculado.** Numerosas familias, hoy linajudas, asentaron sus fortunas en el contrabando de esclavos, en la tolerancia del juego ilícito, en la burla del fisco, o, simplemente, en el saqueo del tesoro público, de acuerdo con el Capitán General.

Esta **élite** de la sociedad cubana combatió siempre al movimiento separatista, pero al advenir la República, como poseía grandes fortunas, superior educación y el hábito de participar en los manejos de los asuntos públicos, muy pronto entró en contacto con los repúblicos inexpertos. Muchas de estas familias, además, habían aumentado cuantiosamente sus fortunas como consecuencia de la guerra misma, pues eran las titulares de los censos e hipotecas que gravaban a la gran mayoría de las fincas rústicas y urbanas en todo el territorio nacional.

En resumen, los factores humanos con que contaba la nación cubana para establecer la República cordial, "con todos y para el bien de todos", eran los siguientes: Primero: una gran masa de la población ignorante y misérrima, sin la menor idea de lo que eran sus derechos y sus deberes como ciudadanos, habituada, una parte de ella, a la sumisión más abyecta, y la otra, la rebelde, a obedecer a sus jefes militares, que les inspiraban confianza y respeto por haber vencido, junto a ellos, en una lucha desigual y terrible. Segundo, unos líderes políticos republicanos que no tenían la menor experiencia del gobierno civil, salvo la escasa minoría de los letrados de la revolución y de los autonomistas de la colonia; sólo así se explica que estos últimos fueran tan fácilmente aceptados por los insurrectos, incluídos en sus nuevos partidos y llevados a posiciones preeminentes. Tercero, una aristrocracia terrateniente y comercial que había sido enemiga de la causa separatista, habituada a explotar el régimen colonial y dispuesta a seguir sus mismas prácticas en la República.

El cuadro económico y social no resultaba más alentador. En Cuba se acababa de librar la primera guerra totalitaria de los tiempos modernos. Desde Oriente a Occidente el país había sido incendiado por los mambises y arrasado por los peninsulares. La población disminuyó considerablemente, diezmada por la guerra, las epidemias y el hambre.

Sobre esta tierra, sedienta de brazos y de capitales, se derramaron, desde los albores de la República, los millones de dólares de los inversionistas norteamericanos y los millares de inmigrantes españoles, elementos ambos —capital y trabajo— que contribuyeron a la reconstrucción económica del país.

¿Cuál fué el resultado de este conjunto de factores?

La ciudadanía, sin cultura política, se mantuvo alejada de la actividad cívica o se sometió a la jefatura de los caudillos. Estos, por su parte, comenzaron a disputarse el disfrute del poder, tanto por el prestigio del mando como por ser el único medio de mantener un nivel de vida adecuado a sus antiguos rangos militares. La plutocracia colonial, entre tanto, se fué ligando con vínculos familiares a la insurgencia mambisa; o la fué interesando en los negocios de suministros y subastas para la Administración Pública, que desempeñaba en época colonial y siguió desenvolviendo en la República, ya que era la única que contaba con la experiencia y los medios para ello.

Esta asociación del caudillismo y la plutocracia permitió que la mayoría de las tierras cubanas quedaran en manos de unas pocas compañías, que se desarrollase el latifundio, que las empresas extrajesen utilidades fabulosas de sus negocios, y que el nivel

de vida de la población fuere elevándose con ritmo lento. Plutócratas y caudillos controlaron los partidos políticos, subvencionaron elecciones, convirtieron en estadistas a los abogados de las grandes empresas, y se fueron con frecuencia a la guerra cuando las camarillas no lograban ponerse de acuerdo en el reparto del botín. El pueblo, ignorante de que en esas luchas no se ventilaba nada que realmente le interesase, seguía con pasión los acontecimientos, se afiliaba a los alzados o a los gubernamentales, y daba como siempre su sangre, mientras los grandes señores calculaban sus negocios.

En tal ambiente reflorecieron los antiguos vicios coloniales: la gracia del Capitán General, denominada ahora **influencia** con el Presidente, y el establecimiento de los nuevos **privilegios** por encima del sentido de la igualdad republicana, en contubernio con los gobernantes, motivaron otra vez el **peculado.**

Tales son los aspectos negativos del primer período republicano, el que se cierra en 1930. Pero no todo fué despreciable en esa época. En ella, poco a poco, se fué forjando una ciudadanía. La escuela pública, en heroica lucha contra la miseria, fué factor decisivo, al extender los conocimientos elementales a vastas capas sociales. La prensa, vehículo de instrucción cívica, aunque generalmente mediatizada, dió cabida a las voces discrepantes, y con esos medios, el pueblo fué avanzando. Si algún aporte definitivo nos deja ese primer período republicano, es la creación de los elementos de una ciudadanía; todavía no la hay plenamente forjada y consciente, pero va ganándole zonas a la mera masa incivil. Otro aporte, apenas ponderable, es la formación de un hábito de vida política, el desarrollo del espíritu de tolerancia y el descubrimiento de las causas donde radican los principales vicios del país.

Las aspiraciones a una vida política mejor conducen al estallido revolucionario de 1930, pero la inexperiencia produce otra vez sus fatales consecuencias, porque la incapacidad de organizar rápidamente un régimen constitucional abre el camino a nuevos caudillos, con su inevitable secuela de favoritismos, peculado y el riesgo constante de recaer en la dictadura.

En este nuevo período han cambiado ciertas modalidades del viejo sistema colonial, que se prolongó durante la primera época republicana. Ahora, en vez de producirse el simple maridaje entre los caudillos y la plutocracia para repartirse el botín, ocurre un despertar de la sociedad, que se fracciona en sectores o grupos organizados, cada uno de los cuales constituye una fuerza que reclama su participación en el disfrute de las riquezas nacionales.

El fenómeno, que no es exclusivamente cubano, ha sido estudiado bajo la denominación de "desarrollo de los grupos de presión".

Entre estos grupos de presión figuran, en primer término, los partidos políticos, que ya no son fácilmente manejados por los caudillos, sino que tienen asambleas voraces que reclaman prebendas administrativas y cargos de responsabilidad política. Le siguen en poderío las organizaciones plutocráticas y las proletarias, cada una de las cuales influye, por múltiples medios que van desde la sugerencia inteligente y la propaganda pública hasta la violencia física. Viene luego la casta de los revolucionarios y la de los periodistas, copartícipes también, en términos generales, del botín administrativo, que es reparto de la riqueza producida por la sociedad. Finalmente, los profesionales diplomados, que obtienen parte del prebendaje administrativo y una serie de beneficios sociales que paga el público consumidor.

Este fenómeno del desarrollo de los grupos de presión no es sustancialmente repudiable, porque es uno de los medios de expresión democrática, conforme al cual los intereses y las opiniones organizadas se hacen respetar. El mal radica en la exageración, en la exclusiva atención a los intereses del grupo y el descuido de los beneficios generales.

Esto nos indica que, en esta segunda etapa de la vida republicana, el cubano ha alcanzado una conciencia de clase, correspondiente a aquella con la cual coinciden sus intereses personales, pero no tiene todavía una conciencia nacional plena. Sólo así se explican estos tres fenómenos que vamos a analizar a continuación:

En primer término, el peculado. Este vicio no es exclusivo de los funcionarios públicos y de los políticos, como se dice con frecuencia; sino que se extiende a la generalidad de la sociedad. No es raro el caso del comerciante o del industrial que es perfectamente honorable en sus transacciones con los demás comerciantes e industriales, pero que no lo es en sus relaciones con la Administración Pública. Tampoco es insólito que un grupo obrero respalde a un líder, perfectamente conocido por su inmoralidad política, si, justamente por ello, tiene influencia para defender los intereses del sindicato.

En segundo lugar, y como consecuencia de lo primero, la falta de sanción moral. No se ha dado el caso de la irradiación social de ninguna persona de inmoralidad pública sobresaliente.

En tercer punto, la exclusiva percepción de las necesidades particulares e inmediatas y la ausencia de comprensión de que éstas son parte de los problemas generales del país. Hemos visto a una ciudad declararse en rebeldía porque el gobierno central no le arregla una calle, o porque traslada una oficina pública o

porque le demora un hospital o una carretera; pero jamás se ha producido una manifestación para exigir que se voten las leyes que organizarán la Administración Pública, impidiendo esas arbitrariedades, o que darán a los Municipios poderío económico y legal suficientes para dotarse a sí mismos con esos bienes —hospital, carretera o buenas calles.

La explicación que encuentro para estos tres tipos de fenómenos es que sobrevive todavía entre nosotros la mentalidad colonial, la que estimaba la participación en el peculado como una gracia o distinción social, la que, en consecuencia, no sancionaba, sino que admiraba y envidiaba a los grandes aprovechados de la administración pública, la que no tenía sentido de las soluciones legales y generales para los problemas permanentes del país, sino que dependía siempre del capricho del gobernante supremo.

En contraste con estas taras sociales, el cubano tiene un alto sentido democrático que se revela en las tendencias niveladoras o igualitarias de nuestra sociedad, en el respeto por las opiniones ajenas y en el afán de crítica. Es posible que estas tendencias lleguen a despertar, por el largo camino de la prueba y el error, el convencimiento de que, además, hay que organizarse administrativamente.

La desorganización administrativa, a su vez, encierra dos grandes peligros: por una parte, la dictadura que ejerce el Presidente de la República, como árbitro de todos los cargos administrativos, que maneja una enorme riqueza monetaria sin controles parlamentarios y que puede hoy estimular o arruinar a una industria con una simple resolución ministerial; por la otra, la inminente posibilidad de que los hábitos corrompidos de la vida pública se extiendan a la esfera de las actividades privadas, con evidente quebranto del progreso material y moral de la nación.

Este balance de la democracia cubana no la deja en verdad muy bien librada, pero no es pesimista. Sólo falta que las fuerzas rectificadoras que palpitan en el seno de la sociedad cubana, y que están en proceso de organización, se lancen a una amplia campaña nacional. Yo me arriesgaría a apuntar un simple plan de tres puntos: Primero: intensa propaganda y viva presión sobre los poderes Ejecutivo y Legislativo para que lleven adelante el programa legislativo contenido en la Constitución de 1940, particularmente en lo que se refiere a la Carrera Administrativa, el Tribunal de Cuentas, las leyes que consolidarán la autonomía municipal y provincial y una reforma de los procedimientos administrativos para hacerlos más rápidos y efectivos. La ausencia de todas estas medidas propicia la corrupción y alienta la tiranía

potencial de cualquier Presidente audaz. Segundo: una continua exaltación de la moral pública y de su importancia, no sólo para la sobrevivencia nacional, sino también para la conservación de la prosperidad lograda. Y tercero, aunque no último en importancia, sino acaso el primero, una enérgica y sostenida campaña de educación democrática, porque no se concibe a la democracia sin educación adecuada.

Después de estas consideraciones, replanteamos la pregunta de si está falseada la democracia cubana. Si se compara con los ideales de los fundadores de la República y con los que iluminaron el gran movimiento de 1930, la respuesta es afirmativa: no sólo está falseada, sino escarnecida, burlada y traicionada. Pero esta comparación me parece injusta y simplista. No se pueden contrastar los ensueños con las realidades; hay que comparar a la democracia cubana con las posibilidades efectivas que tenía el pueblo cubano de realizarla, y entonces nos encontraremos con que los resultados son notables, aunque tarados por vicios peligrosísimos. Yo diría que la democracia cubana está en formación, pero atravesando una crisis agudísima, la crisis de la corrupción política y social, que ha sido inherente a otros procesos democráticos en civilizaciones muy distantes en el tiempo y en el espacio, en la que algunas han naufragado y otras han triunfado con óptimos resultados.

DISCUSION

MAÑACH: Doctor Rubio Padilla, dentro de unos momentos usted va a desarrollar un tema que guarda mucha relación con el que tan brillantemente ha tratado el Doctor Martí. ¿Quisiera usted hacer algún comentario, o pedirle tal vez alguna aclaración sobre lo que él ha dicho?

PADILLA: El Dr. Martí se ha referido a un tipo de educación moral, extraído de la democracia, ¿por qué mecanismo puede la democracia misma aportar factores morales a esa educación tan urgente en el país?

MARTI: La respuesta escapa a mi especialidad; eso es especialidad de los pedagogos. Yo no sé por qué medios, pero sí estimo que cada tipo de gobierno tiene su tipo de educación; el tipo de gobierno monárquico, el respeto, la sumisión, la veneración de los símbolos reales; el gobierno democrático, la conciencia, la responsabilidad ciudadana, la emoción del interés general, la devoción a la comunidad y no a una persona, una serie de valores distintos que son los que yo creo que una educación democrática debe exaltar en Cuba. Ahora, cómo se produce en la práctica diaria la exaltación de esos valores, o qué métodos pedagógicos hay que desarrollar para ello, esa es tarea de especialistas en la cual yo no me atrevo ni siquiera a asomarme.

MAÑACH: ¿Alguna insistencia en la pregunta, Dr. Rubio Padilla?

PADILLA: Más que a los medios o a las técnicas pedagógicas yo me refería a las fuentes. Es, decir, ¿es la democracia misma en sí, la fuente de algún factor o de algún valor moral que después pudiera ser objeto de esas técnicas pedagógicas a las cuales el Dr. Martí elude responder?

MARTI: Sí, sí. Ya comprendo. Es en el aspecto político. Yo creo que sí, indudablemente, y creo que en Cuba, para concretar todavia más la respuesta, hay fuerzas que se mueven en ese sentido, entidades cívicas, instituciones que uno las ve batallando por reformar tal o cual aspecto de la vida cubana. A mí, sin embargo, me ha producido la impresión de que muchas de estas instituciones tienen una visión parcial; por ejemplo, las instituciones que se desarrollan sobre todo en muchas ciudades de Cuba que quisieran una comunidad mejor, demandan cuestiones específicas, en vez de demandar soluciones substanciales. En esas mismas comunidades cívicas, así como en las entidades cívicas de carácter nacional, incluyendo, por ejemplo, la Asociación de Amigos de la República, que preside el amigo Mañach. Pueden ser y son los factores que la sociedad democrática genera para lograr esa superación. Si no viene de esos factores, que son más alertas y más preparados, yo no veo de donde pueda venir la educación democrática.

MAÑACH: Eso me sugiere una pregunta Dr. Martí: Uno de los tres modos que usted contempla como posibles formas de acción para redimir, digamos así, nuestra democracia, consiste, si lo entendí bien, en desarrollar una especie de presión de la opinión pública sobre las autoridades. Y yo me pregunto: ¿Será eso suficiente? ¿No hace ya mucho tiempo que hay en Cuba entidades de carácter cívico que vienen clamando ante los poderes públicos, tratando de levantar la conciencia pública, y sin embargo, no se les presta prácticamente ninguna atención? ¿Será suficiente una exaltación y una ilustración de la opinión pública para poder redimir nuestra democracia, o será necesaria una intervención más directa en los mecanismos democráticos por parte de la gente que tiene algo que perder, con lo cual se entiende no perder dinero sino perder decoro?

MARTI: Bueno, esa es una de las formas de influir y de presionar. El participar activamente no es sólo escribir en los periódicos o pronunciar conferencias; hay muchas maneras de presionar, entre ellas ir a esa lucha, donde, desde luego, esas personas van a estar en desventaja y de ahí la necesidad de una actitud polémica y hasta fuerte, porque de otra suerte no se podría llegar a derrotar a esos intereses creados. El proceso es muy largo; yo no le veo solución más que si viene de abajo. Mientras el pueblo (y entiendo por el pueblo, no sólo las clases populares), mientras la ciudadanía venda su voto por $1.00 o por un cargo público o por la promesa de que lo van a colocar de abogado consultor o de médico del hospital tal, no hay esperanza. La cuestión es de arriba a abajo; de

ahí es donde tiene que salir el remedio, de la propia democracia, del demos, de la población. Cualquiera de los medios que sea para movilizar esos sentimientos positivos me parece magnífico.

MAÑACH: Ahora, en estos momentos, estamos en pleno proceso de afiliaciones. Este es un proceso de incalculable trascendencia para la vida política cubana. Hay una serie de agentes políticos más o menos profesionales que están recaudando afiliaciones para los distintos partidos. Con esas afiliaciones se van a componer las listas de electores de los distintos partidos. De esas listas de electores van a salir los delegados de barrio, se van a constituír los comités, después las asambleas municipales, luego las provinciales y luego las nacionales que, en definitiva, son las que van a postular los candidatos para las elecciones venideras. ¿No cree usted, Dr. Martí, que tal vez un 80% de la población cubana está en una actitud de total indiferencia y menosprecio hacia este mecanismo básico de la democracia?

MARTI: No hay la menor duda de que lo está. Y ese es uno de los pretextos que tienen los políticos para pretender suprimir las reorganizaciones de los partidos, con lo cual tranquilamente se instalarían en el control de los mismos por un tiempo mucho más largo y costándoles menos dinero, que es el problema que a ellos les preocupa. A mí me parece que en este caso específico, la solución del problema sería la supresión de las reorganizaciones y su transformación por elecciones primarias. Que sea el electorado el que postule, como se ha ensayado en los Estados Unidos con resultados muy buenos en la generalidad de los casos. No son las asambleas, manejadas o hechas artificialmente por los muñidores políticos que tienen sus delegados ya preparados, sino es el pueblo el que postula en elecciones primarias. Creo que ese sería un paso de avance y pudiera ser una cuestión específica por la cual se podría luchar.

MAÑACH: Claro, pero sin lo otro, es decir, sin la movilización previa de la ciudadanía, no se habría resuelto el problema, porque lo que ocurriría sería sencillamente que el pueblo elegiría a los malos candidatos directamente, en vez de elegirlos, como ahora, a través de las asambleas primarias. Pero el problema sería cómo movilizar a esta ciudadanía indiferente que tiene una actitud total de menosprecio hacia los mecanismos democráticos; a esa ciudadanía que se titula a sí misma decente y que es de una decencia relativa, porque decencia inconsciente es una decencia relativa. ¿Cómo movilizar a esa ciudadanía y hacerla intervenir y pagar el precio de la molestia que indudablemente eso representa?

MARTI: Eso requiere un estudio muy especial. De momento yo no lo puedo contestar. No sé cómo movilizar a la gente para que sea cívica. Eso es muy difícil.

MAÑACH: ¿Y usted qué piensa Dr. Rubio Padilla? ¿Cree que con exaltaciones basta?

DR. RUBIO PADILLA: Lo primero que habría que hacer es convencer a la gente de que tuviera fe en el mecanismo en sí mismo. De manera que si el mecanismo, tal como funciona hoy, saben previamente que se les va a escapar de sus manos, pues no se toman el trabajo de empezar a trabajar en él. De manera que en definitiva sería objeto de una modificación del sistema electoral para inspirar la confianza en la eficacia de la gestión que uno pudiera hacer.

MAÑACH: Bueno, yo creo que ya aquí en la mesa hemos hablado bastante, vamos a ver qué es lo que piensan nuestros oyentes.

DR. RUSSSINYOL: La pregunta que formulaba Rubio Padilla al Dr. Martí, creo que el Dr. Martí la contestó en su propio trabajo y que acaso él. en el calor de la improvisación, no la subrayó suficientemente. Decía el Dr. Martí, y ponía en primer término, que la labor de la escuela primaria, heroica en los primeros tiempos de la República, había logrado levantar el nivel cívico, político de la ciudadanía cubana. Por lo menos había dado los elementos básicos. Creo que esa es la fuente primordial para preparar la ciudadanía, la escuela, la escuela reformada, la escuela vitalizada. En otros tiempos, aún cuando la escuela estaba muy desvinculada del vivir, logró hacer milagros. Permítanme dos citas históricas: Preguntado Wellington qué era lo que había permitido el triunfo de los Ingleses en Waterloo, contestó "los campos escolares de Eton"; después el Canciller Bismark, preguntado qué es lo que había hecho posible el milagro de que en sesenta días Prusia hubiera agobiado a Francia y la hubiera vencido, contestó "los maestros de escuela". Creo, pues, que está reservada a la escuela cubana fundamentalmente la labor de preparar, de levantar, de mejorar esa ciudadanía, de hacer esa educación política a que se refería el Dr. Martí.

MAÑACH: Otra pregunta?

DR. ROBERTO VERDAGUER: Precisamente, y celebro mucho que sea un educador como el Dr. Russinyol el que haya hablado así, yo le había hecho seña antes al locutor a ver si me atendía.

MAÑACH: Permítame interrumpirlo, Dr. Verdaguer, para decir que el que habla es otro educador eminente.

VERDAGUER: Muchas gracias... Decía que el Dr. Russinyol se había anticipado, porque precisamente yo iba a decir que fundamentalmente nuestro problema es un problema de educación y que para eso están nuestra escuela y nuestros maestros; pero maestros como eran esos que apuntaba el Dr. Russinyol. Maestros entusiastas, quizás de menor preparación de los que ahora han preparado las escuelas normales en todas las provincias de Cuba, pero maestros que sentían verdadero entusiasmo por el magisterio. Maestros de verdad; tenían poca instrucción pero mucho entusiasmo y, repito, mucha vocación. Hace falta seleccionar el magisterio para que Cuba se salve.

MAÑACH: Voy a rogar que las preguntas sean breves, acompañadas de la menor cantidad de disertación posible. Otra pregunta y la última.

ANTONIO SANCHEZ SALAZAR: Efectivamente pienso que el Dr. Martí tiene mucha razón al señalar que los hábitos de peculado y de soborno a cuya sombra medraron gobiernos de la factoría fué una de las causas esenciales de nuestra decadencia actual. Pudiera agregarse también que la circunstancia penosa, dolorosa de no haber sido Cuba signatario del tratado de París, mediatizó completamente nuestra economía, dando lugar a liquidar el pleito cubano con España como una simple guerra civil. Esto evitó que hubiese los resarcimientos necesarios, y nos encontramos al segundo día de constituída la República con que teníamos un himno, una bandera y un presupuesto, bastante precario por cierto, pero no éramos dueños de la tierra cubana. Pero ¿no cree el Dr. Martí que precisamente, como señaló el Dr. Russinyol, está en la escuela el porvenir de la República; que es ahí donde hay que preparar la generación verdaderamente republicana, cívica, patriótica, con un verdadero sentido social de la vida? Yo creo que así como los rusos y los alemanes prepararon las generaciones comunistas y nacional-socialistas, Cuba tiene que preparar en su escuela la generación verdaderamente democrática y republicana.

ROSARIO GLEZ. SEIJA: Dr. Mañach es una pregunta con una proposición, si usted me lo permite. Estoy de acuerdo en que verdaderamente es una necesidad que velemos por la futura generación. Pero yo creo que es una necesidad urgente velar también por nosotros, no esperar de aquí a diez, quince o a vente años, a que sean los niños de hoy los que vengan a salvarnos. Desde luego no dejar de lado la escuela, claro que no, pero al mismo tiempo que esos maestros de ahora y toda la generación actual, procuremos mejorarnos, y mejorándonos nosotros mejorar la escuela.

Juan Antonio Rubio Padilla

¿Ha habido una revolución en Cuba?

LA pregunta equivale a mi juicio a estas otras: ¿Ha habido cambios tan profundos y substantivos en nuestra sociedad, tanto en las relaciones económicas de producción, en su estructura social y en su progreso político, que le permitan a uno afirmar que ha habido una revolución en Cuba? Estos años de dolorosas y sangrientas luchas, ¿han sido sacrificio estéril o salto heroico por el atajo de una revolución, hacia conquistas que por otros medios hubieran llegado muy tarde o quizá nunca?

Dolorosa angustia la del hombre honrado que ha contribuído a fomentar una revolución, a romper todos los frenos, a desatar una guerra civil, y que luego, al final, sospeche que ha caído en la trampa de un espejismo trágico, y que no sólo se equivocó, sino que el supuesto ejército de quijotes que creyó engrosar alegremente, sólo era una vulgar gavilla de salteadores de camino.

Como se ve, la aclaración de la duda es todo un gravísimo problema de historia y de conciencia. Muchos cubanos hoy tienen atenazado el corazón por ella.

La situación de Cuba en 1930 no tenía otra salida que la violencia. Machado lo había dicho: "A mí no se me tumba con papelitos". Y entre éstos estaban la Constitución de la República y las boletas electorales. "No me iré hasta el 20 de Mayo de 1935 a las 12 del día, ni un minuto más, ni un minuto menos".

Cerrados, pues, todos los caminos de transformación pacífica y teniendo que hacer algo, todos caimos en brazos de la violencia. Pero ya en el menester violento, cada cual calculó su dosis fríamente, según a dónde y a lo que iba. Los viejos caudillos iban

otra vez a 1901. Sabían muy bien lo que querían; confiaron exageradamente en su capacidad para frenar el caballo de la violencia, sobre el cual galoparon alegres y confiados como adolescentes. Pero el Directorio Estudiantil Universitario también sabía a dónde iba, y no quería volver a 1901.

Queríamos un cambio total y definitivo del régimen que hizo posible a Machado, y la creación de un nuevo Estado, liberado de la tutela extraña; al servicio de los intereses fundamentales de la nacionalidad, la justicia social y la democracia. El ABC formuló programáticamente, como futuro partido político, lo que el Directorio parecía orgánicamente incapaz de realizar, por su naturaleza estudiantil.

Como se ve, unos y otros, caudillos y estudiantes, tenían objetivos históricos diferentes. Aquí está el origen de muchas de las contradicciones inexplicables del movimiento revolucionario. Pero con todas sus alternativas, la revolución trajo tres grandes cambios: independencia nacional, justicia social y democracia política.

La república era una sucesión de hechos vergonzosos al servicio de los grandes intereses norteamericanos. Para todos los gobiernos, por encima de los intereses económicos de Cuba estaban los intereses americanos. Se servía a Cuba cuando sus intereses no estaban en contraposición con aquéllos. La avanzada más agresiva del sistema fué siempre la Embajada de los Estados Unidos. ¿Quién puede borrar de la historia de Cuba, los ukases de Mr. González, la presencia de Mr. Crowder en todas las soluciones políticas de su época, el apoyo de Guggenheim a Machado?

No en balde Welles y después Caffery pelearon con toda clase de armas contra la revolución. Sabían que en ello estaba el destino de toda una dinastía de procónsules imperiales.

La revolución liquidó la Enmienda Platt y ha logrado que nuestra Cancillería tenga hoy una independencia y una dignidad insuperable, aún para la conciencia más exquisita, y el discurso de Hevia en Lake Success es su expresión más acabada, de la que todos los cubanos podemos estar orgullosos ¡Qué contraste con aquella parrafada de Orestes Ferrara defendiendo el derecho de intervención, precisamente en los momentos en que los **marines** americanos hollaban el suelo de Nicaragua e imponían al mundo americano la persecución de Sandino y el régimen de Somoza!

Hoy nos respetan los más poderosos, y son muchos los países de nuestra América en que se mira a Cuba como un ideal y un ejemplo.

En el segundo gran objetivo de la revolución, la justicia social, hemos adelantado en pocos años lo que otros pueblos del Con-

tinente, sin excluir a los Estados Unidos, necesitado varias generaciones. En vísperas de tomar posesión Machado se pudo permitir el lujo de afirmar, en un banquete que le dieron los banqueros de Wall Street, que durante su gobierno no habría huelgas. Y cumplió correctamente el papel que le tenían asignado los magnates azucareros a todos los gobiernos cubanos: mantener al trabajador (lo más cubano de la industria) totalmente indefenso, desorganizado y a su merced. Hablar de sindicatos en tiempos de Machado era tocar en su parte más sensible la llaga de nuestro régimen de factoría colonial, y poner en solfa la eficacia del mayoral criollo.

La revolución derrumbó estrepitosamente todo este andamiaje. Las reformas más audaces se hicieron a despecho del cinturón de acorazados con que se nos amenazó y, ni la traición de Batista, ni la salvaje persecución de marzo del 35, pudieron colocar a la reacción en la posición estratégica de hacer retroceder las manecillas del reloj social a la hora del célebre banquete de Machado en New York.

Otras medidas han contribuído a borrar viejas injusticias coloniales. Los negros estaban prácticamente excluídos de la oportunidad económica y cultural. La ley del 50 por 100 ha hecho más por ellos en 16 años que todo lo que se había hecho en siglos.

La otra conquista fué la democracia política. Aquí están incluídas la libertad absoluta de expresión, de reunión, de organización de partidos políticos, etc., etc. Tema difícil, sin mezclarlo con los grande problemas morales de Cuba; pero no ha habido nunca como ahora, absoluta libertad política. Hace 20 años parecía un sueño pensar que algún día podríamos saber la misma noche de las elecciones quién era el presidente electo. Truman necesitó muchas más horas que Prío para poder celebrar su triunfo, y todos reconocieron que las elecciones, desde el punto de vista de la mecánica electoral, habían sido libres.

Hasta aquí las victorias históricas de la revolución. Todas ellas grandes pasos de avance en el orden material y político. Pero aquí llegan las dudas planteadas por el doctor Mañach el domingo pasado e implícitas en la pregunta que encabeza estas palabras: ¿Y esta avalancha de relajo y desmoralización no fué traída también por la revolución? ¿Dónde están los ideales de honestidad, de administración pulcra, de adecentamiento de la cosa pública por las cuales dieron la vida tantos compañeros nuestros? ¿Para que tanto bandido disfrazado de revolucionario se haya hecho millonario de la noche a la mañana, nos pudrimos nosotros en la cárcel? ¿Y para que tanto rufián invirtiera millo-

nes y millones de pesos en Miami, se acumuló tanto dolor y se derrochó tanta sangre?

Y aquí topamos ya con la encrucijada de todas las confusiones. Y aquí es preciso, a mi juicio, reconocer una gran verdad, amarga como la hiel: la revolución cubana **no tuvo objetivos morales.** Fué hija, filosóficamente, del liberalismo laico de los fundadores de la república, de treinta años de educación oficial, despojada de fines morales, y de la influencia ideológica del socialismo marxista.

Los enfoques teóricos y programáticos del problema cubano durante los años de la lucha, desde el histórico grito del Directorio sobre el cambio de régimen, el manifiesto-programa del ABC y el programa de gobierno del Directorio, todos fueron de raíz materialista. Toda su teoría política y social fué un producto híbrido de Juan Jacobo Rousseau y Carlos Marx. La moral —y me refiero a la moral por excelencia de un occidental, que es la cristiana— ésa se quedó fuera, teóricamente entonces y prácticamente después.

Y no todos éramos materialistas. Algunos éramos hasta católicos. Pero todos caímos ingenuamente en una esquematización teórica que denegó toda beligerancia a la crisis de los valores espirituales y a la descomposición moral republicana, de la cual el machadismo parecía ser una culminación. Creo que toda la tragedia cubana de esta hora cargada de escepticismo gira alrededor de esta ignorancia total del aspecto más alarmante de nuestra crisis, que es la desmoralización de la sociedad cubana en todas sus dimensiones.

Creímos entonces honradamente, como lo creen hoy muchos jacobinos trasnochados persistiendo en fórmulas de hace 16 años, que el orden moral era cosa ajena a los menesteres materiales de la actividad política y del estudio e interpretación de nuestros problemas sociales y económicos. Pensamos que la sociedad humana tenía sus propias leyes, tan independientes de la moral y del espíritu como lo son las leyes de la física. Y nos equivocamos. Las cosas humanas serán siempre las cosas del hombre material y del hombre espiritual, simultánea e indisolublemente.

También Machado juzgó con criterio materialista la potencia del movimiento revolucionario e ignoró de dónde le venía su fuerza más grande, del espíritu; y por eso fracasó con todas sus armas, y todas sus porras, todos sus sobornos y todos sus terrores. Porque la revolución era catacumba y la plaza pública circo romano, y nuestros muertos mártires. Sin embargo, no éramos conscientes de ello, ignorábamos dónde estaba nuestra fuente de energía que era en nuestras propias conciencias, en nuestros es-

píritus rebeldes ante la injusticia social, la opresión de los débiles, la explotación de los ignorantes, la iniquidad, el crimen y el peculado. Y como ignorábamos ese factor, no lo citamos jamás en nuestras doctorales monsergas revolucionarias, que todo lo fiaban a leyes matemáticamente ineluctables de la historia que se conjugarían fatalmente en nuestro favor. Teníamos nuestro lenguaje acuñado puramente materialista. Teníamos nuestros objetivos: abatir al imperialismo, hacer justicia social, liberarnos nacionalmente. Teníamos nuestra escala de valores: el valor personal, la inteligencia, la audacia, la elocuencia y hasta la fortaleza física.

Lo moral era secundario. Y por eso (he aquí otra gran verdad dolorosa) ¡cuánto pillo se coló en el movimiento! Si hubiera habido un filtro moral cuánto bribón hubiera quedado detenido en el umbral de la gran causa! Precisamente aquellos que más caro han cobrado después sus servicios, más cieno han arrojado a la revolución y más han ensombrecido nuestro futuro.

Ahora ven ustedes bien claro de dónde surgió teóricamente y cómo funcionó prácticamente el mecanismo que mezcló una causa grande, justa, bella y heroica con tanto lastre moral infrahumano. Por eso, identificar la corrupción con la revolución como cosas consubstanciales, por ser simultáneas, es a mi juicio un grave error y una gran injusticia.

Ya arrastrábamos taras morales de la colonia y a ellas se agregaron otras desarrolladas en la república; pero si consideramos la trayectoria moral del país como la rama de una gran parábola que arranca de la colonia, veremos que la revolución no modificó gran cosa su curso francamente descendente.

El relajo cubano ni se inició con la revolución ni se liquidó, desgraciadamente, con ella, entre otras cosas porque no se lo propuso sustantivamente. Porque desear lo moral, aunque se pida a gritos, no es siempre propiciarlo, si no se pone en ello la voluntad y los medios idóneos para lograrlo. Evidentemente, la revolución en eso no pasó del buen deseo. Si muchos revolucionarios se han dejado arrastrar por la corriente y han prostituído las posiciones ganadas al servicio de ella, su decisión sólo ha dependido de los principios morales de cada cual. Algunos carecían de ellos desde antes, y otros sucumbieron a la corrupción del medio ambiente. Pero esta corrupción no es nueva. Estamos viviendo ya hace muchos años en un mundo cuya concepción de la vida no va más allá de lo material.

Ya no se aspira a la conquista de lo ideal, ni de lo bello, ni de lo eterno. Se prescinde de todos los escrúpulos en la conquista del instrumento universal de placer que es el dinero, para entre-

garse desenfrenadamente a todo género de placeres, aun aquellos que sólo han aparecido en la historia de la Humanidad en los procesos de liquidación de pueblos y culturas.

Sin embargo, no todo está perdido en Cuba, ni mucho menos. En contraste con tanta putrefacción diseminada en todos los sectores de la vida cubana, la revolución trajo una hiperestesia exquisita para los malos olores. Lo que en tiempos de Zayas apenas era capaz de mover de sus asientos a algunas docenas de patriotas, hace ya muchos años que mantiene en vilo a más de media Cuba. Desde muchos ángulos, potentes reflectores denuncian, con más claridad que nunca, vicios que antes sobrellevábamos resignadamente y sin esperanzas. Y se otea en el ambiente nacional un rabioso deseo de que se hagan las cosas de una vez bien y limpiamente. Y cuando el destino nos ha regalado un ministro honrado, si bien **ipso facto** la podredumbre le enfoca unánime sus caños, no están por otra parte ausentes las conciencias honradas que lo reconocen, lo alientan, y lo apoyan.

Por eso la tarea más urgente de nuestro tiempo es descubrir y extirpar las verdaderas raíces de nuestra debacle ética, y crear las condiciones e instrumentos de su superación.

Pero evitemos, repito, confundir la revolución con la degeneración, ni mucho menos creamos en las fábulas moralizantes de los reaccionarios de hoy y de siempre. Esta maniobra fué el caballo de batalla de la reacción en junio de 1948 y fracasó.

La salvación moral no puede venir de otra manera que aparejada a una posición muy clara en la defensa de las conquistas históricas de la revolución, articuladas en una nueva ideología moral.

Es preciso vigilar el fariseísmo de viejos perros de presa del imperialismo que nos quieren hacer creer ahora que son nuevos y distintos. Hay que cuidarse de la psicosis revolucionaria permanente, que pretende cada día recorrer las mismas rutas ya recorridas, sin plantear ni siquiera teóricamente, la revisión de viejas fórmulas fracasadas.

No quiero terminar sin mi opinión sobre las rutas del futuro. Aprovechemos las experiencias del mejor rango. Europa, cuyo pensamiento político y social ha estado dominado durante más de siglo y medio por la democracia socializante, con todas sus gamas, no pudo evitar tampoco la depauperación espiritual que culminó en Hitler, Mussolini y Pierre Laval. Pero ha sabido sacar de todo eso una gran lección, cuya primera consecuencia ha sido elevar los valores morales a piedra angular de los nuevos aparatos políticos a los cuales confía ahora su destino: los partidos demócrata-cristianos. Pero estos partidos (he aquí otra gran

lección para nosotros) no surgen para renegar de las grandes conquistas de la civilización occidental, sino para salvarlas y, por tanto, han recogido la bandera de la justicia social y la democracia política, asentándola sobre el eterno basamento de la moral cristiana...

Europa quiere poner punto final al enclaustramiento de la conciencia iniciado en el Renacimiento, como una retirada estratégica ante el avance del Estado moderno, descrito tan precozmente por Maquiavelo. Estado que es fin en sí mismo, por encima de los fines y de la dignidad del hombre, el cual quedó encadenado al servicio de un monstruo, Frankenstein de la civilización occidental, con cabezas como las de Hitler, Mussolini y Stalin.

He aquí una orientación y una ruta. Recojamos las grandes consignas de la revolución cubana y fragüemos, con ellas y con la moral cristiana, una nueva bandera de superación nacional, de servicio a la colectividad, transido de un profundo espíritu de desinterés y de amor al prójimo, y entonces sí que habremos salvado nuestro avance material, para ser instrumento de felicidad, sobre una base sólida de moral colectiva.

DISCUSION

MAÑACH: Dr. Martí, ahora le toca a usted, si le es grato hacerlo, iniciar nuestra breve discusión interrogando al Dr. Rubio Padilla. ¿Hay algo de lo que él ha dicho que le sugiera a usted dudas u observaciones?

MARTI: Muy sugerente y brillante la conferencia del Dr. Rubio Padilla. Desde luego motivaría muchas consideraciones, pero voy a hacer una sola. ¿Cree el Dr. Rubio Padilla que esta indispensable superación moral que requiere el país debe instrumentarse por medio de un partido político, por medio de un movimiento cívico o a través de la escuela en términos generales?

PADILLA: Bueno, yo creo que lo más urgente es tener conciencia de dónde reside el conflicto y no pedirle peras al olmo. Es decir, no esperar de quien no está comprometido a eso, las conductas morales que nosotros deseamos. Yo comprendo que es muy difícil afirmar categóricamente cuál es el medio por el cual eso se puede desenvolver de una manera más eficaz, pero es evidente la depauperación moral que todos notamos. No ya solamente en la política, donde quiera que uno mete las narices, se encuentra el truco, la deslealtad, el interés más descarnado; todo el mundo va a lo suyo, a lo que se aspira en este país es a tener dinero, a tener una casa en la playa, una casa en el reparto, en Miami, un yatecito, una cuenta corriente enorme y gozar la vida. Gozar la vida, eso es lo que interesa. Si la concepción que uno tiene del mundo es que

el gusto que no se dé aquí ya no se lo va a dar más nunca, y si la concepción que uno tiene de la vida es que los únicos placeres que son capaces de producirle a uno felicidad, son los placeres de índole material; cuando se está descaradamente exhibiendo el grado de desmoralización a que ha llegado el país, hay que hacer un alto y preguntarse ¿qué es lo que pasa aquí? Desde luego, ya hacer el alto, crear la inquietud sobre este conflicto, discutirlo públicamente, sería un gran paso de avance. De todo eso podrían surgir las fórmulas concretas; pero insisto en que Europa, (que sigue siendo la cabeza del mundo, quizás no la cabeza del mundo desde el punto de vista material y técnico del "plumbing" como dicen los americanos, es decir, del confort y de cosas puramente de placer físico, pero sí desde el punto de vista espiritual y cultural), de Europa nos vienen fórmulas concretas, por eso es que hice la referencia a los partidos demócratas y cristianos.

MAÑACH: ¿Sugiere el Dr. Rubio Padilla que se forme en Cuba un partido de matiz religioso? ¿No cree que eso pudiera traer consigo otros peligros?

RUBIO PADILLA: Voy a contestar la pregunta del Dr. Mañach. Lo que un partido político de esa naturaleza tendría de religioso, es decir, de matiz religioso, como él me ha preguntado, no es nada más que aquellos elementos de la religión que desde el punto de vista de la actuación política pudieran servir de basamento sólido a ese partido, porque un partido de esta naturaleza no sería un partido político de la Iglesia, es decir un partido político de basamento filosófico católico; no es la Iglesia Católica hecha partido político; para fines puramente religiosos está única y exclusivamente la Iglesia. Ahora, un partido político que de entrada tuviera evacuadas una serie de dudas y de preguntas que todo el mundo se hace cuando le hablan de un partido político nuevo, como por ejemplo: qué es lo moral y qué es lo inmoral, nacería con una moral conocida y que, por otra parte, tiene antecedentes muy brillantes, porque de veinte siglos del funcionamiento de esa moral, ahí está Europa como resultado. En cambio, cuando a uno lo invitan a militar en un partido político en que uno ve que las monstruosidades morales más grandes no van contra los principios del partido, uno dice, bueno, y entonces, ¿qué cosa es la moral dentro de este partido? Y cuando uno se pone a analizar los principios filosóficos del partido, resulta que lo único inmoral dentro del partido es la deserción política, la discrepancia de los que mangonean el partido; en fin se crea una moralilla, pudiéramos llamar, de ínfima categoría; lo demás no importa, todo el mundo se puede mover dentro de ese partido, triunfar políticamente y hacerse millonario dentro de él y el partido no se da por enterado de que se ha cometido allí ninguna infracción contra la moral. Como Uds. ven las agallas morales son muy amplias. En cambio este otro partido de base religiosa tendría un terreno en el cual sus límites en los cuatro vientos cardinales están perfectamente delimitados. Y en cuanto al aspecto político y social, ese

ha sido el motivo de algunas polémicas dentro del propio catolicismo, pues el funcionamiento de la democracia política y la adopción o el reconocimiento de la injusticia social como fines colectivos del partido llenarían cumplidamente el 99% de las aspiraciones que tiene todo el mundo en todas partes. La moral sería una garantía tanto individual como colectiva de cumplimiento de esos fines que el partido se propone. Desde luego, esto es en términos muy generales.

MAÑACH: Celebro mucho haber provocado una contestación tan esclarecedora por parte del Dr. Rubio Padilla. ¿Alguna pregunta del público?

DR. WALDO MEDINA: Dr. Rubio Padilla, esta pregunta, simplemente va a comprender los dos grandes temas que se han tratado aquí esta tarde, o sea, si hay democracia en Cuba y si la revolución sirvió para algo. La pregunta es muy sencilla. Se ha enfocado primero el problema político, es decir de los equipos políticos y la educación, como si la política, con ser tanto la política, resolviese todos nuestros problemas, y la educación, con ser tanto la educación, resolviese también todos nuestros problemas. La pregunta es esta, ¿si en nuestras ciudades del interior, en Isla de Pinos, en todos nuestros campos, hay miles y miles de jóvenes adolescentes y hombres maduros sin posibilidades de trabajo, sin elementos económicos de ninguna clase para vivir y desarrollar su personalidad; en definitiva, sí los instrumentos de riqueza del país continúan en manos de las grandes compañías o los grandes terratenientes detentando todas, en lo sustancial, nuestra economía, y estos grandes intereses económicos son los que tienen sus peones, sean Presidente, Senadores, Representantes, etc., ¿cómo se resuelve el problema de la democracia cubana o de la revolución o de lo que se quiera, si está latente esta inmensidad de desamparo económico del pueblo cubano?

RUBIO PADILLA: Yo creo que la revolución no dejó resueltos todos los problemas que se planteó. Cuando hice una revisión de las conquistas positivas de la revolución, omití referirme a una serie enorme de cosas que se propuso y que no logró. Cuando afirmé que la democracia política hoy en Cuba era mejor que nunca, es decir había avanzado hacia grados a donde no había llegado nunca anteriormente, me refería a esa cosa a que hicieron referencia aquí el Dr. Mañach y el Dr. Martí de que hay un instrumento suelto por ahí, verdad, en las asambleas de barrios, en los comités que está a merced de los que lo usan y que, en cambio, muchos que pudieran usarlo para desarrollar un tipo de actividad útil a la colectividad no solamente no lo usan, sino que se reservan el derecho de crítica para aquellos que abusan de él. De manera que al referirme a la democracia me estoy refiriendo solamente al aspecto político. En cuanto al aspecto económico, es evidentísimo que en Cuba se mantienen todavía formas muy crudas de explotación económica y social. Es evidente también que muchas compañías, no sólo de la industria azu-

carera, sino de otras actividades, pueden utilizar todavía impunemente recursos ilegítimos, es decir el servicio de políticos profesionales inescrupulosos que ponen la democracia a funcionar injustamente a favor de esos intereses. Eso es evidente. Pero eso es posible, porque los que mandan no son los mejores, y Ud. comprenderá que el que tiene la falta de conciencia suficiente para cometer ciertos delitos, ¿cómo no va a ser capaz de vender su influencia por dinero para servir intereses económicos indefendibles? Esto seguirá sucediendo mientras el mecanismo de selección de los mejores haya funcionado tan ineficazmente como ha funcionado hasta ahora. Esa es una de las tantas consecuencias.

MAÑACH: El Dr. Martí va a añadir algo por su cuenta.

DR. MARTI: El Dr. Rubio Padilla ha puesto énfasis en el aspecto moral de la preguntta del Dr. Medina; pero el Dr. Medina, que es, entre otras cosas, autor de un magnífico estudio sobre el Tribunal de Cuentas, convendrá conmigo en que el aspecto administrativo de la problemática económica es sustancial. Mientras no haya un Estado organizado, no se podrá en Cuba ni hacer política económica de ninguna clase, ni socialista, ni liberal, ni de ninguna índole; por eso en mi trabajo yo ponía énfasis en la organización del Estado con esa serie de leyes, con el Tribunal de Cuentas, la Carrera Administrativa, en el aspecto moral y en la educación. Mientras no se cree el instrumento con el cual desarrollar una política, no puede haber una política de ningún sentido, como no puede un cirujano operar si no tiene un bisturí, o si no sabe qué es lo que va a cortar.

MAÑACH: Hay aquí unos jóvenes que llevan en la cabeza huellas de su ingreso reciente en la Universidad y hace algún tiempo que están deseando hacer una pregunta. Vamos a darles una oportunidad a los jóvenes también.

ESTUDIANTE: Dr. Rubio Padilla. Ud. podría hacer el favor de decirme... en cuanto a que la moral cristiana es necesaria para el adecentamiento público, estamos de acuerdo; ahora ¿querría Ud. responderme si es cierto o no, como a mí me parece, que cada vez que la Iglesia Católica, por ejemplo, ha intervenido en la política, por desgracia se ha puesto del lado de aquellos individuos que ya han sido manchados en la inmoralidad administrativa y han traicionado las esperanzas que puso el pueblo al elegirlos anteriormente?

RUBIO PADILLA: En primer lugar, si se refiere a Cuba, que yo sepa la Iglesia Católica no ha dicho nunca en política ni pío. Y si se refiere a Europa, son países muy maduros históricamente, muy superiores culturalmente; en resumen podríamos decir lo mejor de Europa, los que no han tenido escrúpulos en poner su destino en manos de elementos católicos destacados. Porque eso ha pasado no solamente en Francia, sino en Bélgica, en Holanda, a pesar de ser una nación protestante oficialmente desde hace siglos, en Austria, en Italia en la Alemania occidental muy recientemente. De manera que yo no creo que pase de ser una

afirmación gratuíta que los elementos católicos cada vez que han intervenido en la política lo han hecho tan mal como Ud. supone. Los que sí evidentemente lo han hecho muy mal aquí en Cuba son los no católicos, que de eso sí está llena en los cincuenta años de República.

SEÑORITA: Dr. Rubio Padilla yo le quería hacer una pregunta en dos tiempos. Primera parte: yo soy miembro activo de la Juventud Católica, así que digo esto para luego formular la otra pregunta que le voy a hacer; yo considero que la influencia social católica es muy importante; pero ¿no le parece a Ud., Dr. Rubio Padilla, olvidándonos por un momento que somos católicos y pensando que somos cubanos, que hay una gran cantidad de población nuestra que es hebrea, que es protestante, que pertenece en fin a una serie de dogmas distintos, y que sin embargo es una ciudadanía sana, moral? Si hiciéramos un partido de una tendencia católica, me parece que centraríamos mucho la acción moralizadora de ese estado llano de que habló el Dr. Mañach y que muchos, por prejuicios, por inhibiciones, por timideces, no acudirían al mismo; en cambio, ¿no sería mejor un partido amplio, que propugnara los mismos ideales cristianos del catolicismo, en esa moral que tan elocuentemente usted explicó hace unos momentos, que fuera más cubano, más criollo, que llevara en sí la raigambre ¿y esa era mi segunda pregunta? la raigambre puramente cubana, la raigambre de nuestras instituciones tal como surgieron entre nosotros?, ¿por qué usted se refiere tanto a Europa, cuando Europa ha dado últimamente tan lamentables pruebas de no saberse gobernar? Si la libertad nació en el Continente Americano, si fueron los estadounidenses quienes la llevaron a Francia primero; si fueron los americanos quienes volvieron a rescatarla en el 14 y si fueron los americanos quienes volvieron a rescatarla en la segunda guerra mundial; si Europa ha demostrado estar en decadencia, tener sus monarquías disgregadas, ¿por qué motivos vamos a buscar a Europa, envuelta en llamas, envuelta en cenizas y errores, si entre nuestras instituciones republicanas, entre nuestros propios héroes, pequeñitos pero nuestros, podemos encontrar la raigambre moral necesaria?

MAÑACH: Vamos a ver Dr. Rubio Padilla como capea Ud. el toro ese...

RUBIO PADILLA: El toro es facilísimo de capear. A mi juicio, por lo siguiente: en primer lugar, yo no he propuesto ni se me ha ocurrido jamás un partido de católicos. Yo propongo un partido político que, sobre la marcha y en función, estoy seguro va a probar facilísimamente que es mejor que los demás. Por lo pronto ese partido, con que cumpliera nada más que uno de los Diez Mandamientos de la Ley de Dios, iba a ser mejor que los demás, con que cumpliera el Séptimo Mandamiento que es "No Hurtar", ya nos robábamos todas las elecciones.

MAÑACH: Una pregunta más... Esta señorita que está aquí en primera fila.

SEÑORITA: Bueno, cuando hablaban de los maestros, que los maestros habían de esforzarse con la educación de los niños, yo quería decir lo siguiente: ¿qué hacen con que los maestros se esfuercen en educar a los niños, si cuando esos niños van a la mesa de su casa oyen a los padres decir que fulano se llevó tanto, ciclano se llevó tanto, mengano se llevó tanto, día a día y año tras año? Todo lo que hizo la maestra de escuela se pierde allí en la casa. A mí me parece, aunque parezca un poco violento, que la solución mejor sería cuando sepamos que un representante o que cualquier individuo de la vida pública hurta algo, no recibirlo en Cuba, tirarle piedras, hacerle lo que sea necesario...

SRA. ARROYO HERNANDEZ: La precedente interlocutora ha puesto el dedo sobre la llaga en el aspecto que yo quería esbozar. Este curso me parece un magnífico planteamiento dialéctico que esclarecerá posiblemente como ninguno nuestra problemática cubana. Pero en definitiva, ¿es nuestro problema una cuestión dialéctica, es decir nuestro problema candente cubano, es todavía una cuestión a resolver?, ¿tenemos que hacer un programa de ideas o un programa de hechos, un programa de acción? Esa es la pregunta...

DR. MAÑACH: A eso voy a contestarle con palabras que Uds. tuvieron la bondad de escucharme el domingo pasado. Un pueblo que esté saturado de verdades, ya por sí solo adelanta mucho en la movilización de su voluntad.

III

Medardo Vitier

¿Hay una crisis de la moral pública y de la moral privada en Cuba?

SE pregunta en el tema de hoy si existe una crisis de la Moral en Cuba. Vista la cuestión en lo público y en lo privado, creo que es el punto más complejo de cuantos aquí se han presentado. Vean, pues, que debo estar a la vez agradecido y quejoso de que el doctor Mañach me lo haya confiado.

Por lo pronto se ven en seguida dos direcciones en el modo de considerarlo: la filosófica y la de las costumbres, o dicho en otra forma, la doctrinal y la que se atiene sólo a la conducta cotidiana. Pero esos dos contenidos —o métodos, si se prepiere— no están distanciados; coinciden y mutuamente se ilustran cuando examinamos la motivación de nuestros actos. Las reacciones diarias del hombre ante sus circunstancias, por familiares que sean, hunden sus raíces, por una parte, en la hechura psicológica del ser, y por otra, en los supuestos del destino humano. De modo que al obrar lo hacemos como efecto de una organización individual dada y a favor o en contra de lo que debe ser nuestra vida en el mundo. Algún griego de la antigüedad, frente a éstos y a otros problemas, optó por suspender todo juicio, lo cual implicaba paralizar también la acción. Desde luego que se quedó solo. Las dificultades racionales que él encontró no han desaparecido, pero el mundo no espera por soluciones intelectualmente satisfactorias: actuar es lo urgente, si bien procuramos iluminar, en lo posible, la vía.

No expongo el cuadro de las teorías éticas pero me fijo en los nexos filosóficos del asunto para ver en rápidos trazos la

realidad cubana. Observa Whitehead que hemos querido separar al hombre de la Naturaleza, como si formaran dos economías diferentes, cuando la verdad es que la Naturaleza, en su fluir y crear, es **plástica**, y el hombre resulta, dentro de ella, lo más **plástico** que existe. Eso es muy claro, y creo que consistente, siempre que esa plasticidad no pretenda —como Ortega y Gasset— que el hombre no tiene naturaleza, doctrina errónea y dañina, pues a su sombra podríamos nosotros, en estos tiempos, justificar cuanto vicio y cuanta depravación han azotado la hechura de la República.

Plástico sí, en el sentido de que gradualmente reprima los impulsos primarios de la animalidad y se establezca en zona superior donde triunfe el espíritu. Toda la agencia educacional se funda en la índole plástica de la naturaleza humana, porque venimos a la existencia como programa, no como realización. En esto y hasta aquí (pues ustedes saben que es idea de Ortega) no hay inconveniente en adherirse al pensador español. Donde lo hay —insisto en ello— es en la tesis de que no tenemos naturaleza.

La conducta nos instala en un plano de creación, donde añadimos al mundo, ya ingredientes inferiores o ya fuerzas de elevación, como si fuésemos dioses. Creen unos que esto se opera exclusivamente a virtud de lo que somos como individuos en el planeta: es la moral autónoma, de ámbito terrenal. Otros sostienen que la moral humana se vincula a poderes ultrafísicos, a la fe religiosa, a una concepción de Dios: es la teoría heterónoma.

No nos incumbe discutirlas aquí. Lo importante, sobre todo en el caso de Cuba, es un **corpus** de creencias. Estas vienen a ser los supuestos no metafísicos, sino de la cohesión social y de la dignidad humana. Las principales de esas creencias, que pueden verse como laicas, son la sinceridad, la rectitud (o dígase honradez), la bondad, la tolerancia, la lealtad, la fortaleza de ánimo, el sacrificio... Casi todo esto lo preconiza y alienta el Cristianismo, no por novedad ni como originalidad sino por ser notas esenciales de la mejor naturaleza nuestra. No hubo invención sino consagración de lo viejo, de lo perenne. En comunidades civilizadas que aspiran a elevarse, esas creencias se convierten en conducta. Sobrevienen períodos de tensión ética en minorías de la sociedad. Tal fué el caso de Cuba en el siglo XIX. Las virtudes mencionadas lucen repartidas como de intento en los grandes cubanos que configuraron la conciencia pública desde el P. José Agustín Caballero hasta E. J. Varona. Esas virtudes se hallan diseminadas por todo el siglo. La cultura estaba cargada de propósitos. Yo agregaría una virtud más, que fué común a filósofos y a poetas, a educadores y a combatientes, a reformistas

y a separatistas: la preocupación por el país. Ahí tenemos lo que más ha desaparecido. Mejor diríamos que se ha invertido, en infamante vuelco. La de antaño la mantienen minorías.

Hubo tensión, y parece rasgo natural que ese estado sea intermitente, cuando más, en el hombre. No hay tensión (sobre todo moral) que sea estable. El espíritu se asemeja en eso al sistema muscular. En la República ha sobrevenido (como en el músculo tenso) una flacidez de compensación. En Fisiología es una forma de defensa somática. En Sociología es un desquite de los instintos inferiores, un turno de las tendencias antisociales. Esa flacidez ha sido duradera en la República, con altibajos, pero sin ceder de nuevo el turno a los fines superiores, que son los que benefician a todos. No hubo flacidez allá, entre los mejores cubanos. Su tensión fué constante. Hubieran podido contentarse con el régimen colonial, como hizo una parte de aquella sociedad, y a vivir con la limitación de los sentidos, que parece hoy la meta. No lo hicieron y por eso irradian claridad todavía.

Por otra parte, pesa sobre nosotros una herencia histórica de efectos morales negativos. España no podía aleccionar, y menos a sus colonias, en conducta pública. Españoles ilustres lo declaran. D. Américo Castro puntualiza la incapacidad hispana para los ajustes de la convivencia. Observa en su libro **La peculiaridad lingüística rioplatense** que cada vez que en su país se ha intentado una reforma sustancial, todo ha terminado en represalias y persecuciones. De modo que Varona percibió certeramente el fenómeno cuando pintó en su ensayo **El bandolerismo en Cuba** el cuadro español de nuestros antecedentes. Las dos disertaciones anteriores a la sesión de hoy tratan magistralmente puntos que pudieran entrar en mi trabajo. Creo que los doctores Martí y Padilla han dejado dos de las mejores lecciones.

Resueltamente hay que admitir el descenso de la preocupación por fines que no sean de inmediata materialidad. Olvidamos que es necesario creer para crear, según expresión empleada por mí otras veces. El número de los que creen disminuye. Naturalmente, hablo de creer en ese soporte moral, no de Cuba, sino de la civilización en sí, que abandonada a la mera posesión de bienes físicos se desintegra.

¿Qué creemos? No aludo a la fe religiosa. Quien la sienta se anota alta ventaja, pero me limito a la fe civil, a la vigencia de valores que explican la consistencia humana de Varona y de Sanguily, hombres ajenos a las religiones positivas. ¿Qué creemos? hay que preguntar. Las respuestas serán muy diversas. Pero hay una implícita en toda conducta desaprensiva. Quizá los más creen que en lo concerniente a cosas del espíritu sólo existen

opiniones. He llegado a sorprender esa noción. De modo que no se trata, según eso, de ciertas leyes reguladoras de la vida superior, sino de preferencias ocasionales sin validez científica. Sonreirían de este texto de Martí: "Corren leyes magníficas por las entrañas de la Historia".

Lo mejor del humanismo clásico puso de relieve esas leyes, y he sostenido que de esa fuente, y no de la Filosofía, derivó en gran parte Varona sus creencias, no obstante su escepticismo, que no era total. La única explicación que hallamos de la grandeza de nuestros guiadores del siglo pasado es su adhesión profunda a credos espirituales tan antiguos como la cultura de Occidente. Ni aun Sócrates los descubrió. Unos cinco siglos antes algunos de esos credos vivifican los relatos de la Iliada y dan sentido eterno a sus héroes, que pertenecían a una sociedad semibárbara, conforme al requisito señalado por Hegel para que se produzca la genuina epopeya.

Sanguily escribió, en su radiante evocación del Colegio de José de la Luz estas palabras: "Parecía haberse trasladado allí un pedazo de la risueña Galilea del siglo primero": Nosotros podríamos preguntar: ¿Qué es lo que parece haberse trasladado a casi todo este período de medio siglo de República? No sé si un pedazo de aquellos dos siglos finales del Imperio Romano, que al cabo contempló disueltas o destruídas sus legiones, separadas sus provincias, desvanecido su esplendor, abatida su pujanza... en términos de refugiarse en Bizancio los contenidos útiles de la cultura que Roma había generado.

Bastan en nuestra vida pública tres o cuatro casos de amoralismo en alta escala para contribuir a que se forme una mentalidad desaprensiva, un declive propicio a la imitación. Sí, porque las causas y los factores son muchos, pero lo atendible, como fruto de muerte, es un tipo de mentalidad, y lo tenemos encima.

Un filósofo contemporáneo ha expresado en forma que no se olvida, la actitud de aquella parte de la sociedad desentendida de creencias y virtudes. Dice que están vacunados contra todo llamamiento, o doctrina, o reflexión patriótica. Desde luego, por mi parte, no afirmaría yo tanto al referirme al caso cubano. Al menos confío en que los no vacunados todavía adquieran la enfermedad de la preocupación, del sufrimiento, y en lo posible, de los métodos salvadores. Y en efecto, como enfermos o anormales miran muchos a quienes prefieren la honra a la riqueza mal habida. Además, hay quien vacila. He visto personas de conocida probidad detenerse a dudar. Los he oído razonar como gente batida por fuerzas superiores a la común resistencia, y como si buscaran en el horizonte una señal de seguridad.

El concepto de "seguridad" es clave para una parte de la explicación. Hoy es precaria aún la organización del mundo. En Cuba —para limitarnos a lo nuestro— no existe seguridad para quienes escojan la honradez como camino y credo. Quiero decir que con frecuencia queda en desigual posición con respecto al que escoge otra vía, y su actitud implica para él y los suyos carencia de medios para una vida decorosa. Algunos de los que vacilan, sucumben al fin; otros, abnegados y firmes, clavan la mirada en la luz del bien, y renuncian no digo a la opulencia, que no hace falta, sino a menesteres naturales. Puede ser que no haya aquí esta tarde ninguno de esos casos, pero existen.

La Filosofía de los últimos años ha acentuado el estudio de los valores. Pero esa Axiología, que desde luego incluye la zona ética del hombre, no nos ayuda mucho en cuanto a mensaje. No, porque la Axiología, aun en Max Scheler, que habla de la bondad esencial de Dios, es sobre todo indagadora y explicativa. Si llega, como en este filósofo, a creencias de perenne eficacia, la frialdad del paciente estudio las arroja a modo de olas moribundas sobre la arena. Prefiero sentir esos valores encarnados en personajes históricos y en creaciones literarias. De ahí que Varona derivara su calor ético del humanismo y no de la Filosofía.

Sin embargo, como que la doctrina axiológica profundiza tanto, damos con juicios capaces de reanimar a los vacilantes. Leemos en la excelente exposición de Stern: "Cuando se trata de bienes materiales (una libra de pan o un pedazo de tela) una pluralidad de hombres no puede participar de ellos a menos de que estén debidamente divididos. En cambio, los valores éticos, estéticos, lógicos, religiosos, son indivisibles, es decir que ni es posible ni necesario que sus soportes sean divididos para hacer participar de los mismos a una pluralidad de individuos. Cualquier manifestación de la vida espiritual es comunicable, sin reducción, a un número ilimitado de seres humanos. Y la común veneración de tal valor por una pluralidad de hombres actúa como factor unificante entre ellos". Es un pasaje sólido y alentador. Pero tenemos que evitar las propensiones a una falacia. No ha de separarse por completo lo material de lo moral. El hombre es unitario, y en un sentido, todo lo material se trasmuta en valor moral. Cuando el hombre satisface las necesidades de sus hijos en los menesteres cotidianos, se actualizan en él determinados goces que son valores elevados y quedarían en potencia, inactivos sin el concurso de los bienes materiales. Por eso creo que mientras no se logre mediante alguna reorganización del Estado democrático, esa **seguridad** a que aludí anteriormente, el drama vital se intensificará por día, porque muchos tendrán que

elegir, no pocas veces, entre la rectitud de la conducta y los imperativos de la subsistencia.

Agréguese a esto que nuestro pueblo carece de familiaridad con estos temas del mundo del espíritu. La dimensión ética entra poco en nuestra cultura. Claro que como es tan vital, hay gente con intuición para percibir ciertos valores. José de la Luz los percibía por estudio y por dones personales. Con motivo de la polémica suscitada por el utilitarismo, hacia 1839, le consultaron sobre el concepto de **lo útil.** Su respuesta es de un atisbo luminoso: "Util es un ferrocarril, pero más útil es la justicia". Deja establecida una gradación de valores, y sobre todo saca el concepto de utilidad de su marco material y lo liga al orden ético. Lo mismo tendríamos que hacer con ese infortunado concepto de "lo práctico" que perturba a tantos.

Pero cualquiera de estos puntos es tan complicado que sin resbalar mucho nos encontramos sumergidos en las antinomias de Kant. Por ejemplo Dewey, cuya filosofía no me convierte, en conjunto, dice cosas irrefutables. Veamos una, precisamente sobre la idea (o sentimiento) de justicia. Se fija en que existe acuerdo más o menos unánime acerca de conceptos en abstracto, pero no cuando se les saca de la vaguedad y se les aplica a los hechos. Y en seguida observa: "Justicia: sí, desde luego: dar a cada uno lo que le pertenece. ¿Pero es el capitalismo de competencia individualista un sistema justo? ¿Lo es el socialismo? ¿Lo es el comunismo? ¿Es justa la herencia de cuantiosas fortunas, que no rinden servicio a la sociedad? ¿Qué sistema de impuestos es justo?" Así continúa formulando una serie de preguntas, cada una con un problema social. En esto, como en toda su doctrina, tiende a desentenderse de las ideas generales y a moverse entre situaciones concretas, llegando a un particularismo muy aclarador pero peligroso, porque no deja a salvo nada **a priori.** Cancelar lo **a priori** en Etica es librarse de todo compromiso con las normas que han civilizado al hombre. Muchos en Cuba, sin estudiar Filosofía, saben esto a maravilla y el resultado es de millones y millones sustraídos al tesoro público, sin que lo estorbe ningún **a priori** de esos que ahora se califican por muchos de anacrónicos pero han dignificado la especie humana.

Después de todo, esa vaguedad del concepto de justicia, subrayada por Dewey, y de la cual quiere librarse, no es tan dañina como esa otra vaguedad que él maneja muy orondo. Me refiero al término success, buen éxito, o sea la finalidad de Dewey. Mas cabe preguntar: Buen éxito ¿en qué? ¿En triunfar empleando toda clase de medios? ¿En obtener ventajas materiales a título de más fuertes, con criterio darwiniano? ¿En que al individuo y

su familia se aseguren con cantidades que no han ganado? Habría que responder en qué está bien el éxito preconizado por Dewey. La gente "vacunada" contra todo este curso de la Universidad del Aire puede alzar una bandera con el rótulo de **success,** o también con este otro: "Fuera las creencias".

Mis conclusiones son las siguientes: Primero: Durante la República, con excepciones de hombres y momentos, la mentalidad moral ha bajado en Cuba como cuando la marea deja ver las ásperas rocas de un litoral escarpado y los fondos de la orilla.

Segundo: El enriquecimiento rápido en cargos públicos ha llevado a muchos a vicios de la vida privada.

Tercero: La causa radica en la herencia colonial, en la falta de credos que rijan la conducta y en la provisionalidad de la época.

Cuarto: Provisionalidad significa, en este caso, lo inestable que ha llegado a ser la organización clásica del Estado y del mundo. Parece que lo hemos puesto todo entre paréntesis conforme a un método filosófico en boga, para ver qué hacemos o en qué vamos a creer.

Quinto: Por profunda que sea la remoción no cancelará aquellos valores esenciales a la dignidad del hombre y a su cohesión social.

Sexto: No creo que todo se halle predeterminado. No creo que la llamada evolución superorgánica sea inexorable, como la idea del Destino. Creo con algunos biólogos en lo que denominan **evolución emergente,** o sea en brotes que difieren de la marcha general. Este esfuerzo que organiza Mañach es una forma de la evolución emergente.

Séptimo: Creo que si se hallara el medio de salvar tres cosas, la integridad del tesoro público, la pureza del sufragio y la seguridad decorosa de todo ciudadano honrado, avanzaríamos mucho en punto a moral pública y privada.

Octavo: Creo que nuestro programa ha de incluir en lo intelectual, lo que Whitehead llama "el descontento crítico", que iniciaron dos culturas de la antigüedad: la hebrea con sus profetas y la griega con sus filósofos; y en lo moral la reverencia a los fines nobles, representados por minorías en tiempos tenebrosos.

Noveno: Como que no predicamos ascetismo ni renunciamiento búdico, es necesario recordar una sentencia de Martí, mente realista que caló mucho en la naturaleza humana. Es ésta: "Hay que ser próspero para ser bueno".

Décimo: Nuestro sistema educacional debe estar penetrado (en los programas) de una voluntad formativa a base de creencias laicas. El Estado no adopta ninguna religión como enseñanza pero las creencias a que aludo pueden ser de inspiración cristiana.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Muchas gracias, Dr. Vitier, por esa edificante conferencia. ¿Querría Ud., Dr. Irisarrri, hacer algún comentario sobre lo que el Dr. Vitier ha dicho o tal vez pedirle alguna aclaración?

DR. IRISARRI: Me parecería oportuno escuchar la opinión del Dr. Vitier sobre algo que parece implicado en el enunciado del tema. ¿Cuál es la línea divisoria, si hay alguna, entre moral privada y moral pública?

DR. VITIER: Realmente, eso supondría el desenvolvimiento de otro tema. Ya yo apunté que me fijaba en algunos aspectos nada más. De todos modos, son puntos íntimamente relacionados. Creo que la ciudadanía cubana no se equivoca si espera siempre que de una conducta privada modelo surja un gobernante idóneo, recto, honesto. Esa es la vinculación que veo entre las dos esferas.

DR. MAÑACH: Dr. Vitier, usted aludió en su conferencia a Ortega y Gasset. Ortega y Casset es autor, como usted recuerda perfectamente, de un ensayo que siempre he pensado que ha hecho estragos en la vida cubana. Un ensayo titulado "Mirabeau o el político", en el cual desenvuelve, con la brillantez que todos le reconocemos, la tesis de que el político es un ser que tiene una función específica, limitada estrictamente a la orientación y encauce de la vida pública, y que, por consiguiente, no hay que pedirle cuentas morales al político. ¿Comparte usted esa tesis, que a mí me parece poco menos que escandalosa?

DR. VITIER: De ninguna manera. He leído ese ensayo. He pensado en eso y he recordado la sentencia de Martí, que creo que es definitiva para nosotros y debería serlo para el mundo: "la política honrada es la única útil y durable". Es el texto de Martí producto de un meditador, pero también de un realista. Hay la idea de que Martí es el iluso, el "idealista". Es error craso. Por eso lo subrayo siempre. Hay un realismo, yo diría invasor, en toda la obra escrita de Martí. "La política honrada es la única útil y durable", sería mi respuesta al gran escritor y pensador español Ortega y Gasset a quien yo leo mucho, con deleite y con provecho.

DR. MAÑACH: Una pregunta más antes de cederle la palabra al público, Dr. Vitier. Hablaba usted de la necesidad de la creencia. Yo creo que toca usted ahí el punto neurálgico, la clave de todo el problema. ¿Cómo fundamentar una creencia suficientemente eficaz para normar la conducta del cubano sin una base religiosa? Yo no estoy prejuzgando el problema en absoluto. El otro día, el Dr. Rubio Padilla nos dió una exce-

lente conferencia, en la cual abogaba por la creación en Cuba de un partido de inspiración religiosa, aunque no fuera un partido de los que solemos llamar clericales, es decir, movido por ninguna entidad religiosa formal, pero sí de inspiración religiosa. De inspiración cristiana, decía él. ¿Cree usted que sea tan necesario como el Dr. Rubio Padilla parecía pensar el que esa norma, esa educación moral del pueblo cubano tenga un fundamento religioso, o piensa Ud. que puede tener un fundamento puramente laico?

DR. VITIER: Yo no creo que nosotros debemos cimentar ésto en credos religiosos. Estos, al cabo, pertenecen a la intimidad de la conciencia. La vida laica, la vida natural del hombre, tiene en su fluir contenidos y soportes bastante poderosos para una hechura moral que dé resultados públicos visibles, y al cabo, señoras y señores (déjenme ver si en la brevedad de mis palabras doy el concepto) al cabo, estos soportes laicos, desligados de todo lo sobrenatural, cuando son puros y hondos van a desembocar a los mismos cauces de la religión verdadera.

DR. RAMOS: Me refiero al primer punto establecido por el Dr. Vitier. Creo que ha pasado lo siguiente: la filosofía vió el hombre y la naturaleza. La ciencia vió primero el hombre en la naturaleza y ve hoy la naturaleza y el hombre. Esto ha traído como consecuencia ética lo siguiente: que primero estuviéramos en la injusticia de la desigualdad; que hoy estemos en la injusticia de la igualdad y que el último punto nos lleve a la justicia de la desigualdad. Si me permite el Dr. Mañach, con respecto a lo de Rubio Padilla yo entendí que lo que él quería era un partido de inspiración cristiana, no religiosa.

DR. MAÑACH: Sería cosa de averiguar si no es lo mismo... Pero dejémoslo así. ¿Otra pregunta?

DR. SARDIÑAS: Lo mío es muy breve. Estoy de acuerdo en que la destrucción de los a priori y la falta de creencias en algo más que lo inmediato ha disuelto todos nuestros supuestos morales; pero mi pregunta es la siguiente: ¿en qué medida somos responsables los cubanos de esta destrucción, que es una consecuente del siglo XX en el mundo entero? ¿En qué medida podemos hablar de una crisis cubana que es una crisis universal? ¿En qué medida podemos sentirnos culpables de esa crisis?

DR. MAÑACH: Dr. Vitier ¿qué tiene usted que decir a eso...?

DR. VITIER: Yo creo, doctor, que efectivamente nosotros tenemos mucha culpa (empleemos esta palabra) que echar a nuestra tradición colonial. Vamos a decirlo en un término: a España. Y tenemos también culpa que echar a la desorganización del mundo, por llamarlo así. Pero no conviene que subrayemos mucho estas dos culpas. Conviene que subrayemos más nuestra responsabilidad y las virtudes viriles de que nosotros somos capaces todavía. Yo creo firmemente en esto último.

SEÑORITA: Dr. Vitier, me pareció haberle oído decir que la moral era algo así como el músculo que no era estable. ¿Tiene la bondad de aclararme eso?

DR. VITIER: Bien. Yo no me referí a la moral en conjunto, sino a los estados o a las situaciones, como se quiera decir, de lo que yo he llamado aquí "tensión". Porque, al cabo, nuestra naturaleza es imperfecta, flaca (vamos a emplear aquí términos cristianos que serían gratos a San Pablo) y ese estado de tensión, desgraciadament, dura poco. ¡Ah, pero tenemos que aprovechar esa duración! Casi estamos viviendo todavía de las virtudes de nuestros grandes hombres, porque apenas hemos sabido actualizar las nuestras. De modo que he hablado de inestabilidad refiriéndome a la "tensión", es decir, a ese estado máximo de las virtudes en que está uno, como si dijéramos, al rojo blanco y después se desciende, como si fuera en un flujo y reflujo. Pero estamos ahora en un reflujo espantoso.

DR. MAÑACH: Dr. Vitier voy a interpolar yo una pequeña pregunta. Usted como maestro, como maestro ilustre que es, ¿qué técnica pondría usted en práctica en el aula para infundirles a los niños ese sentido moral?

DR. VITIER: Bien. Yo no he incluído realmente esa parte en mi disertación, aunque medité en ella. Creo que eso hay que estudiarlo. Por lo pronto, he enumerado aquí ocho o diez creencias, virtudes laicas, cualquier denominación es buena. Y el método sería llevar eso a los programas, pero no de un modo vago, general, abstracto, sino de un modo vivo, en las materias de contenido humanístico. He escrito sobre eso otras veces. Materias de contenido humanístico, como las Ciencias Sociales, la Historia, la Literatura, por ejemplo. En un programa de Ciencias Naturales, puede ser que no falte la ocasión, pero no es ya tan propio para la inserción de esas creencias. De todos modos no desenvuelvo aquí el caso, esto tiene que ser objeto de estudio. Ver el modo o el método, que es a lo que se refiere el Dr. Mañach; pero siempre será incorporando todo ésto a los programas. Incorporación concreta y vital.

DR. MAÑACH: ¿Una pregunta más?

DR. ABASCAL: Dr. Vitier, en sus palabras afirmó usted la imposibilidad e inconveniencia de distanciar lo material de lo espiritual; ¿no cree usted que radica precisamente en esta dualidad que ha venido sosteniéndose de relegar la moral a un campo frío y alejado del diario vivir la causa de que ésta haya perdido, aparentemente, vigencia como norma de vida en el hombre común?

DR. VITIER: Yo creo que sí. Y reitero mi criterio de no estabecer esa dualidad, que es errónea y que nos desvía del fondo de la cuestión. Como he dicho aquí en alguna parte: el hombre es un ser unitario, y muchos actos materiales tienen un contenido moral más o menos manifiesto.

José Miguel Irisarri

Apatía, inconsciencia y complicidad en el ciudadano

EN la Introducción a este Curso, señalaba el otro día Jorge Mañach el tanto de culpa que al ciudadano alcanza en la decadencia o perversión de nuestra vida pública. "Nos hemos acostumbrado —decía— a echarles a los políticos la culpa de todo lo malo que en Cuba ocurre..." "pero olvidamos que somos los demás cubanos los que, por acción u omisión también, hacemos los políticos que padecemos". Inútil sería pretender escapar al escozor del cargo. La observación sociológica ha hallado relación entre el hombre representativo y la sociedad en que se hace, entre el hombre público y el pueblo que representa. Y esa semejanza moral no podría establecerse sino por una suerte de influjo del medio social sobre el personaje público. Ahora bien, en último análisis, el medio social no es un ente abstracto, sino un agregado de unidades, de ciudadanos, cuyo comportamiento tolera o incita, consiente o provoca la actuación feliz o torpe del político.

De todos modos, la responsabilidad de la ciudadanía resulta más directa y menos disputable en los regímenes de franco ordenamiento democrático, como es el cubano actual, —puesto que en diversos actos preparatorios y en la hora comicial misma, el ciudadano está provisto del poder de escoger entre los peores y los mejores. Por lo que si escoge mal, a él sólo es imputable la mala elección. Cuando el electorado ejercita con suficiente libertad el derecho soberano, da fundamento irrebatible a quien arguya que "cada país tiene los gobernantes que se merece", aunque en esto del merecimiento pueda tener razón en ocasiones el patriota para dolerse.

Antes de continuar, por innecesario que parezca, queremos advertir que en el enjuiciamiento de políticos y ciudadanos, a que nos obliga el tema, dejamos a salvo las minorías de unos u otros que se han conducido o se conducen del modo medio (o mejor) que practicado con debida generalidad, nos habría dado un presente nacional menos criticable y más alentador. Mas lo cierto es que en la determinación de nuestra actualidad política, tales minorías no han sido decisivas.

Sentado, pues, que el político es explicable en función de su medio, ¿en qué forma se porta el ciudadano cubano frente a las cuestiones públicas, para que su conducta por acción o por omisión pueda calificarse de determinante apreciable de los errores y torpezas de nuestros políticos?

Acaso sean múltiples las maneras que tiene el ciudadano de faltar a sus deberes cívicos elementales. Esta tarde nos limitaremos a las tres del enunciado: por apatía, por inconsciencia y por complicidad.

—

Desde luego, queda fuera de consideración la apatía de origen orgánico, cuyo estudio corresponde de lleno a la endocrinología y la terapéutica. La apatía de nuestro relato es la que afectan frente a las cuestiones públicas, permanente o temporalmente, ciertos individuos en número no despreciable, de salud normal, que lejos de ser dejados o indolentes, son cuidadosos y activos en sus negocios u otras actividades sociales, y que de ningún modo pueden ser tachados de faltos de vigor físico o de energías.

¿Por qué son apáticos estos ciudadanos en cuanto concierne a la comunidad cubana?

Me inclinaría a agruparlos en dos grandes secciones. Una, los apáticos por falta de patriotismo. Este sentimiento no habla igual en todos los temperamentos. Pero lo normal es que el hombre civilizado sienta en grado más o menos acusado, con un cierto interés y aún con manifiesta exaltación, los asuntos referentes a su patria. Si el chovinismo ha de tenerse por pecado, el patriotismo es una virtud básica, sin la cual se hace imposible a los gobernantes servir bien a sus pueblos, y al ciudadano, escoger sus gobernantes con acierto. La ausencia de patriotismo sería atribuíble:

a) a una educación y residencia excesivamente prolongada en el extranjero,

b) a influencia extranjerizante de los círculos que frecuenta el ciudadano y en los que desenvuelve sus negocios o labores, y

c) a una constitución psíquica egoísta y refractaria a todo sentimiento solidarista.

De estos tres casos, el último parece irremediable, mientras que los otros dos lucen enmendables.

La otra sección de apáticos estaría formada por individuos de deficiente o ninguna educación cívica. Entregados desde edad temprana a buscarse el sustento para sí y los suyos, permanecen alejados de cuanto no sea su rutina profesional y las atenciones familiares. La falta de fe, el fatalismo, la decepción y otras excusas que a veces dan para justificar su conducta, son otros tantos elementos reveladores de que su preparación cívica no ha sido profunda.

El apático político rehuye en la conversación el tema público y se resiste a toda acción. Antes no votaba; ahora con el voto obligatorio, se ve presionado a tomar parte en un debate que comienza a preocuparle y quien sabe si hasta a atraerle. Probablemente dentro de pocos años, sea una figura del pasado. Veinte años atrás, el elector retraído —apático— reducía nuestras luchas electorales a una contienda, a veces armada, entre camarillas que manejaban registros falsos de electores.

Inconsciencia política hemos de entrever en la ausencia de comprensión clara del significado y valor que en las democracias tiene el ejercicio del voto. El ciudadano no percibe bien la conexión que hay entre su voto y el destino de su país. La incultura cívica sale a flor. Legiones de electores se deciden por el parlanchín o pícaro que los comprometió: "estoy comprometido", exclaman cuando otro candidato de mejor ejecutoria se les acerca en demanda de voto.

El compromiso con el aspirante aparece a los ojos de muchos como una obligación más estricta y atendible, que el otro gran compromiso de la ciudadanía ante las urnas: dotar a la nación de los mejores gobernantes. Una mal entendida honradez convierte en arma dañina a la colectividad, el voto de ciudadanos normales y honestos en su vida privada. Ni siquiera son capaces de ampararse en el secreto del voto, contra el falso mandato de sus conciencias de cumplir el compromiso inmoral. Pero eso mismo, no advertir la inmoralidad gravísima de atentar mediante el voto dado por compromiso contra el interés patrio, es la característica de los ciudadanos comprendidos en el grupo señalado.

Hay, además, inconsciencia cívica en la admiración o complacencia que en nuestro pueblo despierta el audaz o falto de escrúpulo que aprovecha el cargo público para medrar y procurarse una fortuna, que habría sido totalmente incapaz de lograr con su esfuerzo o labor profesional. Como la hay igualmente en las alusiones despectivas que se dedican a los que habiendo ocupado posiciones públicas destacadas, acertaron a cumplir sus deberes con honestidad y limpieza.

¿Cuándo se presenta en complicidad con malhechores el ciudadano, para que se le considere agente de males públicos? Percibo dos situaciones muy distintas. Una de ellas, cuando el ciudadano deja de cumplir su deber público mediante precio; la otra, cuando el ciudadano pretende o consigue mediante precio o coacción, que el funcionario público falte a su deber.

Infringe gravemente su deber cívico el ciudadano que vende su carnet electoral o compromete su voto mediante dinero. Realiza verdadera actuación delictuosa en complicidad con el candidato o agente que le propone la compra. No sólo el político es responsable moral y legalmente; también delinque el ciudadano, porque el acto es de aquellos que la vieja doctrina discernía como "delitos de cómplice necesario". La responsabilidad del ciudadano deriva de anteponer su deseo egoísta de poseer unas monedas, a cambio de causar al país el enorme daño de entregarlo a merced de facinerosos o desaprensivos.

Que esta infracción se cometa en la extensión y con la frecuencia que los cubanos conocemos, grita a las claras el enorme atraso cívico en que estamos sumidos; tal vez, también, revele, miserables condiciones de nuestra economía social. Porque la verdad es que la venta del voto no ocurre más que en los bajos, si bien densos, estratos sociales: el solar y los barrios de indigentes, en las ciudades; el misérrimo bohío y el barracón de ingenio, en el campo. La excusa económica requiere cuidadoso análisis, desde que se observa que precisamente en la época de mayores salarios e ingresos por trabajo, hemos presenciado en desmedido grado el uso de la venta del voto como factor electoral.

La otra situación de complicidad del ciudadano en los desafueros de nuestros hombres públicos presenta una variedad de formas en competencia con su escandalosa frecuencia, —y a ella debe en gran parte Cuba el triste honor de ocupar uno de los primeros grados en la escala de la desmoralización administrativa, entre los países del Continente.

Omitimos los casos en que el funcionario se presenta como el agente activo y hace la exigencia o la proposición de resolver

en determinado sentido mediante precio, —para fijarnos unos instantes en el aspecto inverso, aquel en que la iniciativa pasa al ciudadano, que ofrece precio o coacciona al funcionario para que haga o deje de hacer lo que es su atribución o deber.

En primer lugar, tenemos la participación frecuente del ciudadano en el "aferismo", por vía activa. Son innumerables los casos, en la historia cubana, en que a la mesa de los funcionarios públicos llevan los particulares "negocios": los grandes (y los menores) "chivos" de la crónica criolla; las participaciones en contratas; los tanto por ciento en pagos debidos, etc.; y en zona lindante, el precio por nombramientos y designaciones. Todo —decisiones legislativas, ejecutivas o judiciales— se considera accesible al precio, por grandes núcleos de la sociedad. Con la particularidad de que en estas formas de delincuencia sobresalen ciudadanos instalados en las capas sociales superiores —industriales, comerciantes, banqueros, abogados, hacendados, ricos colonos, terratenientes, rentistas, editores: los grandes cohechadores salen de los círculos más encumbrados social y económicamente.

Hay asimismo complicidad activa del ciudadano cuando se usa la coacción sobre el funcionario, la amenaza de males físicos, o la amenaza de males morales, "chantaje". La amenaza de males materiales ocupa una zona menos extensa, mas desgraciadamente no desconocemos el uso de atentados y amenazas a mano armada para forzar o intimidar al funcionario público. Mucho más general sin embargo se presenta la otra forma, el empleo de la calumnia o la difamación para doblegar la voluntad del funcionario que pretenda actuar con rectitud. La prensa y la radio son los instrumentos accesibles a estos ciudadanos para delinquir.

—

Tan somerísima referencia a lacras por todos conocidas basta para confirmar la supuesta responsabilidad que al ciudadano concierne en la descomposición político-social cubana, que la Universidad del Aire denuncia a las conciencias rectas, y que parece minar por su base la solidaridad nacional.

Desde esta tribuna sin embargo no se cumpliría indicando un mal. Aquí se indagan soluciones nacionales. Y por tanto, cabe preguntar —para dar fin a estas cuartillas— ¿habrá adecuados remedios para tanto mal ético-político que nos aqueja?

¿Remedios? Mejor estaría decir gestión o acción para "convertir" a los descarriados. Porque de hecho se trata de realizar una verdadera conversión de extensos núcleos de cubanos desorientados. En este punto, se abre una encrucijada para los mismos ciudadanos que censuran los hechos relatados; si se concretan al papel de meros denunciadores, estarán responsabilizándose también con los males nacionales, en cuanto no ponen de su parte lo posible para reformar las costumbres. No hacer lo posible por evitar un mal, ¿no es en puridad tolerarlo o consentirlo por apatía, inconsciencia o comodidad, esa especie de complicidad indirectamente retribuída?

No tenemos escape. Entonces, ¿qué debemos y podemos realizar para que nuestros conciudadanos descarriados vengan a compartir los principios y normas de conducta que estimamos salvadores de la nacional? A mi ver, poco, y mucho.

Poco, si incurrimos en la orgullosa aspiración de cambiar en dos días hábitos y costumbres de largo tiempo arraigados en nuestra sociedad; o si incidimos en el error de los desequilibados, que fían la solución al exterminio físico de sus opositores o adversarios; o si confiamos demasiado en la eficencia de pragmáticas represivas, olvidando que las leyes mismas se deforman, cuando no se conforman, por el medio social hostil o reacio.

Haríamos mucho, no obstante, si por de pronto, reafirmándonos en nuestros propios principios, acertamos a conducirnos en todo tiempo y en cualquier circunstancia ejemplarmente, esto es, si creemos de veras en la eficacia del ejemplo, la más convincente de las armas de todo apostolado. Y después, si acertamos a desenvolver la "acción" de la palabra con la intensidad, la amplitud y el arte de la propaganda moderna para grandes masas, de manera que en todos los sectores de la población se cree la preocupación por las cosas elevadas y de permanente valor.

Sí, me doy cuenta ya de la crítica que se me enfila: eso es una fórmula a largo plazo. Pero no concibo otra.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Muchas gracias Dr. Irisarri por esas palabras tan cargadas de preocupación ciudadana y de lucidez.

¿Dr. Vitier, querría usted comentar algún aspecto de la disertación del Dr. Irisarri? ¿Hacerle alguna pregunta tal vez?

DR. VITIER: Yo creo más en la reforma del hombre que en las reformas de instituciones y de cosas; pero lo cierto es que la reforma del hombre tarda mucho, y yo le preguntaría al Dr. Irisarri si él no cree que, por lo pronto, convendría ir reformando instituciones y cosas a reserva de que el hombre, tarea larga, se modifique también. Concretando mi pensamiento voy a lo siguiente: Parece que la democracia, y hablo desde el supuesto de que todos aquí la propugnamos, parece que la democracia, reitero, ha sido probada ya en Cuba, en Hispanoamérica. Creo que no exagero si afirmo que la democracia en Hispanoamérica, en Cuba, no ha sido hasta ahora, salvo algún caso, algún momento, algún período, no ha sido más que una aspiración. Como realidad pública ciudadana sus frutos han sido escasos. ¿No cree el doctor Irisarri que nuestros países (vamos a hablar ahora refiriéndonos a Hispanoamérica: no estamos aislados) nuestros países deben pensar en una reorganización del sistema democrático? Sobre todo en lo que se refiere a la seguridad del tesoro público y a la pureza del sufragio de que usted hablaba.

DR. IRISARRI: Sí. Indudablemente, entre las fórmulas que deben alcanzarse ha de estar la reforma institucional; pero ¿cómo se realizaría esa reforma, que tiene que venir de los órganos del poder, mientras los poderes, los integrantes de los poderes en nuestros países, no participen de principios elevados y de conducta honesta? La pregunta del Dr. Vitier me lleva a esa otra pregunta, a la que no le encuentro solución más que por la vía conversiva; es decir, a medida que los males nacionales vayan haciendo más difícil la convivencia en nuestros países, se irá preparando un estado de espíritu general que favorezca conductores mejor orientados que los actuales. Pero el hecho es que las instituciones no podrían reformarse mientras no se reformen los hombres que hacen las instituciones o que las dictan.

DA. MAÑACH: Es decir, Dr. Irisarri que la tragedia de Cuba (como les decía yo el otro día a algunos asiduos al grupo de Ingeniería Humana que conduce, muy fecundamente por cierto el Dr. Fiterne), la tragedia nacional es que Cuba está inscripta en una serie de círculos viciosos. No hay buenos políticos, porque no hay buenos ciudadanos. No hay buenos ciudadanos, porque no hay buenos políticos. No hay moral, porque no hay sana economía. No hay una economía adecuada, porque no hay una moral cívica sana. Hay que ponerle tangentes a esos círculos viciosos. El problema es, dónde se les ponen las tangentes y en qué consisten. Martí hablaba de "poner de moda la virtud". El Dr. Ichaso, nuestro subdirector, una vez proponía en la Sociedad de Amigos de la República que se le diera un premio al hombre virtuoso más destacado de cada año. Yo no sé si lograríamos una acción ejemplarizante o simplemente pondríamos en ridículo al pobre hombre virtuoso.

ING. BASILIO SOLER: Ya que aquí se ha hablado de dar un premio a la persona que se porte mejor políticamente, también hay que pedirle

responsabilidades. En esto tenemos el ejemplo de la Confederación Suiza. Aquí no piensan nunca en ella, y es un modelo de democracia con sus setecientos y pico de años. Allí se exigen responsabilidades. En los cantones primitivos, cuando sale el gobierno a dar explicaciones a sus ciudadanos, el que sale primero es el verdugo. Y muchas veces la asamblea acababa, en la Edad Media, cortándole la cabeza a algún gobernante. Eso en los tiempos modernos lo hemos visto, en Grecia, fusilando a todo el Consejo de Ministros por la pérdida de Smirna y el Asia Menor...

IV

Dolores Guiral

Tono y aspecto de nuestra vida cotidiana

MAL tono, señoras y señores, y, peor aspecto, los que presenta la vida actual. Largo el tema, corto el tiempo y pobre de facultades para su análisis, diré y ello me valga, que temo haber caído en la desorientación que pretendo enjuiciar, por agobio de sonidos y aspectos desagradables, que se imponen a la necesidad de evocarlos. También aclaro que hablaré en presente. Si la referencia al futuro surge —al futuro va la vida— y la recordación del pasado es inevitable, —en pasado están los asideros de la vida— pondré en el futuro la confianza que el buen pasado cubano ofrece, —inteligencia, valor, espíritu— sin caer en el tópico de los arrastres coloniales. Podría decírsenos que mientras más cerca de la Colonia, mejores hombres da Cuba. Podría, también, insinuarse el menoscabo a la dignidad cubana, que para justificar traspiés, no privativos de Cuba, ni de la América hispana, ni de la Raza, —si aun quedan razas— pone en solfa nuestros orígenes.

Y, vamos a lo primero del título, el tono, y oigámosle en sonido y en lo que pudiera llamarse repercusión moral. ¡Cuántas desafinaciones! ¡Qué mezcla de estridencias y acordes bajos! ¡Qué gritos de injurias y cobardes balbuceos! El comentario chabacano y la frase concupiscente, transitan sin encontrar un semáforo que ordene la perdida dignidad. Y frases como "la papa", "la guanábana" y "la mangadera..." Y el "chamullo" de "chéveres" y "leas", etc., etc., se entrecruzan, no sólo en los ambientes que, por condiciones de pobres economía y cultura, pueden suponerse fáciles al mal tono, sino en los otros, los llamados supe-

riores, que dan en recrearse, y mantener, ese burdo y grosero sonido de lo actual, penetrado además, y penetrante, de una acidez corrosiva al espíritu y al cerebro.

En aspecto, y tratándolo como al tono, en lo externo y lo interno, ¡qué desaliño tan completo, en lo colectivo y en lo personal! ¡Qué mezcla de tan mal gusto, en lo ostentoso y en lo misérrimo! Brillantes y harapos. Autos relucientes y guayaberas sucias. Palacios de cuentos de hadas y barrios indigentes de pesadilla. Y, en lo directo al subconsciente, —que si se araña de amargura y tiñe de rubores al principio, luego se acomoda al cinismo en boga. Transcribo el diálogo, —entre tantos por el estilo,— donde uno de los excursionistas que lleva el automóvil, dice: "Qué hermosa carretera y qué bien cuidada". "Será —le responde otro— porque la finca de Fulano, está cerca..." Fulano es, desde luego, un político de tono y aspecto sólidos, en auge de prosperidades económicas y rápidas. Hay que ver, —comenta un tercero— el fortunón que ha hecho; —y, suspira—: "Ha tenido suerte..."

¿Suerte? ¡qué eufemismo el de la palabra suerte...! y, lo peor es, al fin y al cabo, que de tanto repetirse la suerte de esa suerte, del robo, de la falta de escrúpulos y pudores, su concepto se impone en realidades que todos sabemos... pero ¡que también, llegamos a disculpar con la asendereada palabrita "suerte"! Y, si al menos, de esa suerte que derrama esplendidez en casas y fincas y yates y joyas, etc., etc., derivaran algunas mejoras a lo colectivo en sentido de embellecimientos y comodidades para la ciudad y el país, en general... Pero, no. Se da el caso, —tan corriente que casi no vale la pena de apuntarlo—, que con esas mejoras a lo propio, sufren también, el ornato y las necesidades públicas. Porque, si para lucir bien la casa, hay que tirar el arbolado —refugio del peatón e imposición climatológica— se tira y se dejan calles y aceras, mondas y lirondas... Y, en caso de alguna justificación, —la que a mis repetidas quejas, dió, hace poco, el capataz de obras de un imponente edificio en el Vedado— "Dice el patrón, que a **él**, le sobran árboles en **su** finca..."

Tiremos del ovillo por el hilo, amigos míos, y aquí sale el egoísmo. Un egoísmo tan absoluto para todo lo que no suponga los desorbitados tonos y aspectos del "Ego" de la época, que esas peculiaridades del mal tono y aspecto llegan a convertirse en crueldad y a suponer la crisis de los valores morales... Nuestra moral, —no hay que repetirlo, está fuera de tono y en aspecto de absurdos... Y ambos extremos bajan por la misma escala: la falta de civismo con su consecuente, u origen, —la falta de san-

ción—, lo educativo y lo moral, muy en descuidos público y privado. Gravísimo esto útimo, por ser lo privado matriz engendradora de lo público.

La afirmación de que la vida privada de los que aspiren a gobernar un país, no importa para sus cualidades de gobernante ni pesa en sus hechos públicos, perjudica la rectitud ciudadana y es, y **hace**, lo contrario en la realidad. Dolorosa realidad, por cierto.

La vida pública de quien pretenda gobernar, orientar y aun criticar una colectividad, se apoyará en la privada. Si en ésta hay manchas, en aquélla habrá borrones. Y el país que, desaprensiva o ingenuamente, elija para regir sus destinos, a un hombre de vida privada en precario de moral, sufrirá las inmoralidades públicas que derivan del ascenso de una mala ejemplaridad. En formas tan aflictivas como la adulación, la mentira, la hipocresía y el acomodamiento de conciencias, —el peor de los males ciudadanos—, cuyos daños van de lo público a lo privado y de lo privado a lo público, tan enlazados entre sí, que es difícil saber dónde empezaron y dónde se agravan. Ejemplo: nuestra indisciplina actual, con aspectos de frenesí colectivo, —audacia—, es producto de la tolerancia privada, —la adulación. Nuestro sentido patrio, tan flojo, que no me atrevo a decir patriotismo, cae en la vergüenza del peculado, porque públicamente aceptamos que se utilicen aspectos patrióticos, para los peores menesteres, —hipocresía— y mentira. Y, ciertas cobardías, que vulneran el más elemental respeto, no ya a lo religioso, sino a lo material, en sentido de conservación de la especie, salen del silencio privado —acomodamiento de conciencias—, que otorga, para formar la desintegración pública y devolver el golpe a lo individual. Cualquiera de los siete pecados capitales a pleito con los mandamientos de la ley de Dios, se pasea, orondo y satisfecho, gracias a las asistencias adulonas. Citemos, entre la quiebra de los mandamientos, los más en uso y abuso: el séptimo, el octavo, el sexto... y, ¡ay el quinto...! el quinto, que pese a sus tonos y aspectos, y formas y fondos de tragedia, se convierte en hecho usual, casi inadvertido... —¿A quién mataron, hoy?—, pregunta una jovencita en la guagua, a su acompañante que compra un periódico. —A ti, debían hacerlo, por la pregunta—, comentó otro pasajero. Y si no puedo, por falta de tiempo, repetir la discusión que siguió, sí puedo asegurarles que me dejó el espíritu tan en jirones de desilusión que unas cuantas hebras de esperanza, —muy poquitas—, apenas podían remendarlo...

¡Educación! siento aletear la palabra. Efectivamente educación. Pero, ¡si nunca, como ahora hubo tantos centros educativos,

tanto afán de acudir a ellos y de adquirir títulos que acrediten ese afán...! Y, nunca tampoco, fué más débil el tono, más desmedrada en aspecto, y más hueca, de sentido moral, nuestra educación... Y es que educación difiere bastante de instrucción y no se adquiere en la calle —por recoleta que sea esa calle, en símil de internado, colegio, etc., sino en el hogar y en la tradición, que es el propio hogar, el padre, la madre, la vida familiar e íntima, el respeto y la subordinación a los deberes, sin desglosar los derechos — todo derecho, apareja un deber— y sin híbridos contubernios, ni mezcolanzas ni abandonos.

Será lamentable; pero cierto, que puede serse muy instruído, acaso ilustrado y carecer de educación. Y que se puede ser educado y no tener instrucción... Y que, de comparar la obra de ambos sujetos en lo social, el instruído a secas, con el espectáculo de su mala educación, —que exhibe porque a ello le autoriza el saber... lo que sepa, puede crear malos precedentes para la actitud colectiva. En cambio, el educado, a cuestas el fardo de sus desconocimientos, generalmente evita lo desacorde de sus impulsos primitivos, porque tiene hecho el hábito, —si no el sentimiento— de dominarlos.

Esto explica el anatema que la Religión pone al pecado de escándalo y a los escandalosos. Higiene social. Tono y aspecto, en suma.

Al nombrar el hogar, entra en escena la mujer a quien hay que echar grandes responsabilidades en nuestros tonos y aspectos. Junto a ella, asoman unas cuantas palabras en femenino también, y tan en sonido y presencia de lo cotidiano, que no podrían callarse. A "educación" y "responsabilidad", dicha ya, le siguen, "frivolidad, concupiscencia..." ¿Suenan mal, eh...? Es que las verdaderas son, —deben ser—, rectitud, obligaciones morales, etc., que justifiquen el hacer el compendio de los prestigios y virtudes de un país, donde está lo masculino, con la frase, en femenino, que sintetiza: Una ciudadanía digna.

La mujer es —ha sido siempre—, la que da el tono y viste el aspecto de la vida. ¿Razón? Se abrevia en la conocida frase inglesa —"It takes a woman to make a man"— que traducida a nuestro hermoso castellano, significa, desde lo biológico y material, hasta lo intelectual y de espíritu, todo el poder de la mujer.

Ahora bien, si el nivel educativo y moral de la ciudadanía desciende y al descenso público se une el privado, ¿no encontraremos en la bajada, la indiferente, o descuidada, o pecaminosa, actitud femenina? ¿No será que su función primordial, —la de hacer hombres—, se reduce al hecho del que no siempre puede

evadirse... pero en los otros, perentorios a elevar esa biología, pierde, o abandona, acción?

Si la mujer, con el disfrute de los derechos y —digamos— deberes públicos, sobrecarga su cometido vital, y, alucinada por los que le parecen de más kilates, da en abandonar los más puros intrínsecamente, y más arduos, hace que la sociedad, pierda lo que contenía el desenfreno masculino. Ya que, si ese desenfreno puede llevarse a duo, y el duo irá al conjunto, éste, —al que no llamaré concertante, porque no concierta en nada—, es el estruendo de sonidos y lamentable espectáculo que sufrimos.

Pocos hombres habrá que insistan en traer a casa el botín obtenido en feas empresas y turbias aventuras, si encuentran el reproche de la madre, la esposa, de la mujer, en fin, que no entiende el amor, el cariño, la amistad, sin la estimación y el respeto como índices. Ah; pero si esa mujer, no sólo acepta dineros mal habidos, sino incita a su consecución y aun la procura con sus propias acciones, echando a un lado lo que no sea el afán de estar mejor que Fulanita, tener más joyas, comprar mejores casas y cosas... entonces, no quedarían esperanzas de mejorar los tonos, ni aspectos, de la vida... La mujer hace al hombre, **sí.** Pero. también lo deshace y deshace la vida. En deshechos, lo noble, lo alto, lo puro, lo digno, ¡no merece la pena de vivirse...!

Dicho —espero haber sabido decirlo— dicho, como de la educación moral y colectiva es responsable la privada, en el hogar y por la mujer, a quien Dios, al repartir deberes, los dió tan exclusivos, que, a su invasión en los del hombre, éste no puede tomar represalias; veamos el problema en la calle y en el símbolo de la calle, el periódico. Si la educación y la moral, se adquieren y nutren en el hogar, se completan y pulen en la calle, con el auxilio de ese mentor, conciencia pública, testigo, fiscal y juez, que es el periódico. Que en nuestros periódicos, en nuestro periodismo, hay talento, cultura y bondades precisas para saber lo que se haga en pro o en contra de la moral ciudadana, es obvio. Pero tambien o es que a nuestra prensa, escrita y hablada, llega —y se tolera que llegue— cierto arribismo que busca el fin, sin preocuparse de los medios. Y como fin y medios son desconsoladores a la moral, y sus desconsuelos, transcienden, la fe pública, o ciudadana, tan lastimada por los engaños y desórdenes de una gobernación que los arrastrará de ayer, pero los acrece y colma, a diario, llega a involucrar lo sano y lo enfermo, lo podrido y lo limpio en comentarios como: "a ese le dieron su agüita", o "aquél, todavía no tiene su cogioca" —que, si en ocasiones pecan de injustos, siempre resultan dramáticos, sobre

todo cuando se eslabonan a otro que es peor, en tono y aspecto, para las infelicidades patrias "¡Cuando, el gusano me toque a mí..." Comentarios que no sintetizan "una ciudadanía digna" sino parecen referirse a los acompañantes de Alí Babá, acaso más cuidadosos del aliño y la mesura en sus expresiones... Y ya que los tonos han vibrado en dolientes, quizá en trágicos, he aquí una nota regocijada, a la que doy trascendencia a lo ingenuo, y, sobre todo, limpia de lo que en otros países podría adolecer, si hubiese tenido la misma antecedencia. En una de nuestras Estaciones de Policía, fué costumbre, hace tiempo, cantar la posta —no la principal, desde luego, sino la que se hacía en una puerta secundaria. Mientras transcurrían las horas, generalmente de la prima a la media noche, el posta cantaba a toda voz lo que estuviese de moda —¡imaginen, si la costumbre perdurase, como estaría la Múcura!— o, recordaba viejas canciones que, en la placidez nocturna, tenían hasta cierto sabor optimista.

A ninguno de los vecinos se les ocurrió dar la queja. Cosas peores se han impuesto por autoridades que asumían mayores competencias. Además, mientras se escuchaba al tenor, no desagradable, corría el pensamiento sobre la verdadera tónica de los cubanos, en comparación a la que presentan hoy: alegres, generosos, hospitalarios, trabajadores, pese a la leyenda negra que se les crea y está creándoseles, inteligentes, nobles... ¿puede, aunque la lista no se complete, pedirse mejores referencias?

Pasadas las puertas de la séptima cuartilla, la final, en obediencia al encargo de nuestro admirado Jorge Mañach, veo muchos tonos y aspectos de nuestra cotidianidad que no he podido o sabido colocar. Sobre todos, uno que con gestos y radiaciones que van a la moral pública y a la privada, susurra: ¡A que no te atreves conmigo! —¿Que no?— Ahí va tu nombre. La Radio Transmisión. En una Radio-emisora estamos de las mejores, si no la mejor de Cuba y de la América. Noble y generosa, al cobijar y difundir los anhelos de la Universidad del Aire, permitirá, aunque no me competa el tema, que lo roce, por tropezar aspectos y oír tonos, en el ejercicio de mi profesión, la enseñanza, transidos de los efectos de la Radio. Un survey, hoy tan en boga, sobre efectos —en ideas y hechos— de muchas radio-transmisiones, entre ellas las novelas radiales, asustaría por sus peligros para muy preciados y preciosos tesoros de moral privada y pública. De ciudadanía y conciencia. Y es que la Radio, como el aire que respiramos, va tan directa al vivir, que podría exigírsele la mayor incontaminación.

Y termino. Si a los malos tonos y aspectos de lo actual, se agregan los de su presentación en estas palabras, —que las defienda—, en mucho, —el optimismo que no me permite olvidar los jalones de la Historia patria: Inteligencia, valor, espíritu: amortiguadores del dolor presente y claros de luz para el futuro. Y las pruebas a favor están aquí, en la tarea —que tanta emoción ha despertado en la conciencia ciudadana— de una reconversión cívica y moral, que la Universidad del Aire, propone al saber y buena voluntad de los cubanos. Entre éstos me cuento. Espero que ello compense la falta de lo primero.

DISCUSION

DR. MAÑACH: Muchas gracias, Dra. Guiral, por esa estampa tan penetrante de nuestra vida cubana. Usted, Dr. Pina, que dentro de unos momentos va a ilustrarnos sobre otro problema, ¿desea hacer agún comentario sobre lo dicho por la Dra. Guiral, o hacerle tal vez alguna pregunta?

DR. PINA: Una simple pregunta; me doy cuenta de que su tema es el tono de nuestra vida actual, no cómo se enmienda. Para ese cuadro bastante negro que presenta, ¿cuál sería el remedio?

DRA. GUIRAL: El remedio como usted dijo, a mí no me tocaba indicarlo, sino enfocar el aspecto. Ahora, el remedio creo que poco más o menos lo he dicho: el hogar y lo público.

DR. MAÑACH: ¿No le parece a usted, Dra. Guiral, a propósito de eso, que no deja de ser significativo el que, cuando deseamos calificar a una persona en sentido un poco negativo en su conducta social, digamos que es un "malcriado"? El hecho de que el cubano tenga ese adjetivo para calificar a la persona de mala conducta, ¿no está subrayando eso que usted decía hace un momento de la mala crianza y de que el mismo cubano instintivamente reconoce que en el hogar y en la educación está el problema?

DRA. GUIRAL: Desde luego, estoy perfectamente de acuerdo. Los cubanos hemos sido siempre muy malcriados, porque nos hemos mimado a nosotros mismos, hemos tenido ese don.

DR. MAÑACH: ¿A qué atribuye uted eso, siendo como es la madre cubana una madre tan desvelada y en general una mujer inteligente? ¿a qué atribuye que el hogar no sepa formar el tipo de cubano adecuado?

DRA. GUIRAL: Desde luego hay mucho de consecuencia del ambiente general. Este influye en el particular, y el ambiente general del mundo adolece de esos aspectos; pero en nosotros quizás ha habido un exceso de frivolidad o de confianza, quizá una mala imitación. Los cubanos tenemos la costumbre de imitar lo malo o lo superficial que vemos

fuera, porque muchas veces esa imitación no es el fondo de lo de fuera lo que tomamos, ni mucho menos, sino lo superficial. Cuando se espuma y se bota la espumadera llena de surrapa el caldo es bueno; Ud. ha botado la surrapa, y los cubanos muchas veces vamos a ver la olla y no vemos el caldo que está debajo, sino lo malo que está encima.

DR. MAÑACH: ¿Ud. está aludiendo, desde luego, un poco a la influencia americana, a la mala influencia?

DRA. GUIRAL: Aludo muchísimo a la mala influencia americana. Los americanos tienen enormes virtudes, pero nosotros no las hemos imitado; hemos imitado lo malo de ellos, lo externo y nos va muy mal con esa imitación.

MAÑACH: Bien, ahora veamos, qué preguntas desea hacer el público aquí presente.

DR. RAMOS: Antes que nada permítaseme un aplauso a la Dra. Guiray, y después decir lo siguente. Recuerdo que uno de los aspectos de la vida a que Freud dió un estudio muy concienzudo fué a la vida cotidiana. Sería muy interesante cotejar el estudio descriptivo (muy buena sintomatología) de la Dra. Guiral, con el estudio psicológico de Freud y ver las causas, además de las que se han señalado en nuestra vida cotidiana, y al lado de eso la opinión de un distinguido psicológico español, el Dr. Mira López, (que para honor nuestro nació en Cuba) que me dijo a mí, una de las veces que pasó por aquí: "Cuando fuí al cine, leí los periódicos y oí la radio, comprendí que se sabe muy poco en Cuba de higiene mental".

SR. NARANJO: ¿Ha tenido como tónica general su disertación, la emoción, e incluso incluyó ésto de la Universidad del Aire entre los aspectos de la emoción, verdad? Dijo Ud. que eran cosas de emoción. ¿Ud. no cree, Dra., que en Cuba está sobrando mucha emoción y está faltando algo de intelecto en el plano popular?

DRA. GUIRAL: Absolutamente, estoy de acuerdo con usted. Sobra mucha emoción. Es más, yo le daría un nombre más concreto, sensiblería. No hay tanto sentimiento ni emoción como sensiblería; son dos cosas distintas.

GRAZIELLA ALVAREZ DE LA CAMPA: Dra. Guiral, yo quisiera preguntarle a Ud. si Ud. cree que la mujer trabajando en la calle, unas por necesidad y otras no por necesidad, sino por mayor apariencia, no están abandonando demasiado a los niños, dejándolos en manos de otras personas irresponsables en su crianza.

DRA. GUIRAL: Creo que he dicho algo de éso. Desde luego, la mujer que tiene necesidad de trabajar, no tiene más remedio. Ahora, si Ud. quiere saber mi opinión sobre el asunto, le digo que soy particularmente enemiga de las manejadoras. Creo que las manejadoras le hacen un daño muy grande a los niños, sea de la calidad que sea la manejadora. No hay nada como la madre.

JOSE ROUSSINYOL: Deseo, si la presidencia me lo permite, contestar a una pregunta que formuló a la disertante. Preguntó la presidencia lo siguiente: ¿A qué atribuye la conferenciante el hecho de que la mujer cubana, que tiene tan excelentes virtudes, sea sin embargo deficiente en la educación de sus hijos? Me permito sugerir lo siguiente: ¿No se deberá, más que a las razones apuntadas, a que falta éso que hoy la educación moderna busca tanto, la educación de los padres? La ciencia de la educación es tan compleja que requiere que los padres sean educados conjuntamente o anteriormente que los hijos.

GRAZIELLA ALVAREZ DE LA CAMPA: Voy a decir algo que me alegro mucho que usted me dé la oportunidad de decir. Yo no culpo a la juventud actual; a quien culpo es a nosotros mismos. Nosotros no supimos hacer a la juventud actual. Así es que estoy perfectamente de acuerdo con lo que usted dice.

DRA. ACOSTA: Dra. Guiral, a mí se me ocurre preguntarle: ¿no cree usted que los males del hogar cubano dependen de que ya no tenemos hogar; de que las madres viven en el club, almuerzan en el ten-cents, y tal vez la facilidad de los viajes a Miami nos está llevando a hacer en la práctica un hogar para el que no estamos preparados?

DRA. GUIRAL: Absolutamente, señorita. Estoy de acuerdo con usted.

Rogelio Pina

¿Como se debe extirpar la venalidad administrativa?

EN el campo sociológico, como en el de la medicina, para curar un mal es preciso determinar antes sus causas. Las de la venalidad administrativa son numerosas, dados los distintos factores que en ellas intervienen. Algunas son remotas y permanentes por su relación con las necesidades del vivir. Ya Martí, con su profundo conocimiento del alma humana, se refirió a la influencia de la prosperidad en el buen comportamiento de los hombres. Pocos son los nacidos para la santidad y el martirio. Aludía Martí, desde luego a la prosperidad bien ganada, producto del trabajo honrado. No a la nacida de la delincuencia de los que amparados en una política venal y fementida escalan los más altos cargos de la nación con el propósito preconcebido de enriquecerse, acuciados por el ansia de poder y de físico disfrute y sin temer a sanciones judiciales que no les alcanzan, ni al veredicto inexorable de la historia, que algún día, en póstumo castigo, estigmatizará sus nombres para ejemplaridad de las generaciones venideras.

Fuera de estos casos inauditos, puede afirmarse que, en general, la venalidad no surge espontáneamente, ni se debe las más de las veces a que los hombres sean malos y viciosos por naturaleza. Obedece a causas distintas, y la primera radica en los apremios de una vida cada día más complicada y exigente, en país cuya economía pública ningún gobierno ha procurado organizar, insuficientemente industrializado, y en el que la Administración Pública es fuente nutricia, directa o indirectamente, de la mayor parte de las familias, sobre todo de las que viven en las zonas urbanizadas.

Esta causa, subsistente por falta de idoneidad y rectitud en los gobiernos, es extensible a muchos países, y se manifiesta en forma de general intranquilidad y de pugnas entre hombres, clases y gobiernos. Ser de necesidades orgánicas el hombre, como todos los animales, para subsistir ha de satisfacer por lo menos las más perentorias. De no conseguirlo, no habrá ley que lo detenga en el camino de la violencia. Para erradicarla en lo posible, mediante lo que después hemos llamado policía y seguridad social, surgieron los gobiernos en los albores de la cultura, los que han tropezado desde aquellos remotos tiempos con los obstáculos opuestos por la ignorancia, la pasión y la codicia. El ejemplo está a la vista, pues no parece haber llegado todavía la mayor parte de los pueblos al nivel de cultura indispensable para lograr, siquiera por tácito acuerdo, la interdicción total de la violencia. Si la incipiente Organización Internacional con sede en Lake Success, tan amenazada en estos días, supera sus enormes dificultades y aprovecha el adelanto de las ciencias para satisfacer las necesidades de los hombres, principalmente las de alimentos y cultura, acaso fuérale posible atenuar y al cabo suprimir las causas de desavenencia y con ellas la miseria y la venalidad.

Cítase la herencia racial entre las causas remotas de la venalidad y del peculado, señalándose a los gobernantes rapaces de la Colonia como antecesores indiscutidos de sus émulos en la República. Aunque bueno es recordar que en ambas épocas hubo dignas excepciones, para honor de la raza. Háblase asimismo del puego ilícito, de la esclavitud negra y sus promiscuidades, de la vagancia y del régimen dictatorial que privó a los cubanos de representación en el gobierno. No negamos que estos factores hayan contribuído a la inmoralidad de nuestro pueblo y de nuestros gobernantes. Pero algunos de esos males flagelaron no solamente a España y sus colonias sino a otros pueblos hoy de alta civilización. Inglaterra fué la primera en lucrar con la trata negra, que tanto persiguió después, y en poner su poderosa armada al servicio de toda suerte de especulaciones. Sus gobiernos hasta el primer Pitt, bien avanzado ya el siglo XVIII, no fueron modelos de honestidad. Empero, debido al esfuerzo de sus mejores hombres y al apoyo que el pueblo les dispensó en la libre elección de sus parlamentos, fueron desapareciendo las venalidades y la Gran Bretaña dió al mundo un admirable ejemplo de respeto a la ley y de libertad bien entendida.

Los cubanos, en cambio, no tuvimos oportunidad de participar en el gobierno de la Colonia y de orientar mejor nuestro destino. De habérsenos concedido ese derecho, como en vano pretendieron Varela, Saco y otros ilustres patricios, quizás hubiésemos podido

iniciar pacíficamente desde entonces el gradual mejoramiento de nuestra sociedad, incrementando la cultura al par que la riqueza y ejercitándonos en la práctica de las libres instituciones. Infortunadamente, España no quiso, o no pudo, dar a las colonias de su raza las libertades de que carecía y que Inglaterra otorgó a las suyas.

Cuba vióse así obligada, para obtener su gobierno propio, a seguir el camino de los demás países americanos del tronco ibérico, y como ellos, está pagando el tributo de su poca experiencia cívica y sufriendo los duros golpes que servirán para adquirirla, si sus habitantes reaccionan con tesón y patriotismo contra las lacras de la Colonia y de la República. Cabe dudar, sin embargo, si el régimen constitucional ultrademocrático dado a ésta haya sido el más adecuado en sus primeros tiempos para un mejor aprovechamiento de los recursos naturales y valores democráticos del país, que puestos al servicio del rápido desarrollo de la cultura lo condujeran sin grandes tropiezos al pleno disfrute de la democracia.

Permítaseme ahora, antes de entrar en los efectos y remedios, hacer una previa aclaración. Se dice corrientemente que la venalidad política y administrativa, y en general todas las manifestaciones de la inmoralidad, se deben a nuestra deficiente educación. Esto es pura simpleza, verdad de perogrullo que nada resuelve queriendo resolverlo todo, y que hace incurrir además en el conocido sofisma del círculo vicioso o petición de principio. Porque si actualmente en casi todos los países, sea su régimen democrático o dictatorial, la enseñanza y la educación públicas se encuentran a cargo y dirigidas por el Estado, siendo éste su máximo y responsable orientador, mal pueden adelantar si el gobierno es la primera víctima de la venalidad. Para que la educación pública, en su amplio y comprensivo sentido, sea el agente idóneo de la cultura y como tal fuerte antídoto de la venalidad, hay que ponerla en buenas manos y fuera del ámbito deletéreo de la política partidarista, así como los demás servicios administrativos del Estado, la Provincia y el Municipio, si han de ser verdaderamente eficaces. Y el adelanto de la nación y el bienestar del pueblo cubano por la vía democrática estarán amenazados mientras esta verdad no sea generalmente reconocida e impuesta a los gobernantes por los gobernados. Sin un gobierno honorable y capaz, no hay buena educación ni verdadero progreso, que es el pleno disfrute por todos, no por una exigua minoría, de los preciados dones materiales y espirituales que concede la naturaleza a quien trabaja y lucha. Gobierno de trafi-

cantes y gozadores, sin hondo sentido de la vida y de sus altos y bratos deberes, es gobierno de equivocados e ineptos que proscriben la filosofía, el derecho y la moral. Luchar denodadamente por el rápido mejoramiento del equipo gubernativo, hasta lograr un buen gobierno, un verdadero gobierno, es hoy el más imperativo de los deberes para todo buen cubano. He aquí el principal, casi pudiéramos decir el único remedio de la venalidad administrativa.

Hay que empezar por el saneamiento de la política y del proceso electoral, única vía democrática de acceso al gobierno. Y vanos serán los lamentos y protestas si el ciudadano no se incorpora a la acción política para contrarrestar a los farsantes que lucran con los sagrados intereses del pueblo, y ayudar a los que en dura lucha los defienden. Esto es lo primero, y de logro posible. Nadie conoce su fuerza física ni la de las ideas, sino cuando las pone en actividad. El mejor dinamo es la constancia, la fe y el deleite en el trabajo. ¿Por qué no se unen y colocan en pie de lucha por causa tan noble los elementos sanos, aunque descarriados, que pululan en toda la nación? Y las asociaciones cívicas que hoy tanto la enaltecen, ¿por qué no solidarizan sus esfuerzos para darle la batalla al peculado y a los que lo practican, deshonrándose y deshonrándonos?

Como Proteo, el peculado y la venalidad adoptan múltiples formas. El desfalco, la malversación, el soborno, el despilfarro, la defraudación y demás formas del lucro ilícito son a la vez causas y efectos de la desmoralización administrativa. Para saciar a su jauría y obtener el mayor número de votos, entra a saco el político en las nóminas oficiales, exigiendo la creación de nuevas plazas y la remoción del personal ya existente. Así la burocracia ha venido creciendo y devorando créditos en el mantenimiento de un personal en gran parte inútil y hasta imaginario. Los gobiernos acceden y decretan cesantías en masa, sin respeto a las leyes ni a los fallos de los tribunales, que cuando se producen son declarados lesivos. No satisfecho el Congreso con su enorme presupuesto y sus **perchas,** reclama nuevas ventajas del Ejecutivo cada vez que éste lo necesita, y en cambio no acaba de aprobar las leyes orgánicas que harían efectivo el control de los gastos y pagos y la inamovilidad de los funcionarios.

Naturalmente, mal remunerado el funcionario e inseguro en su cargo, es materia propicia al soborno y al peculado. Tiene que mantener a su familia y no le alcanzan los recursos por las causas expresadas y el gran encarecimiento de la vida. Cuando algunos demoran un expediente o crean obstáculos, ya saben los interesados como éstos pueden ser removidos. La actividad admi-

nistrativa anda a paso de jicotea. ¿Qué otra cosa cabe esperar de un empleado en necesidad que presencia el constante negocio y el venal enriquecimiento de los de arriba? Dejo a salvo mi respeto y admiración por los funcionarios probos.

Por su parte los políticos alegan también sus razones con cinismo. Dicen que la política es costosa y los votos y adhesiones hay que arrancarlos con promesas y sobre todo con dinero, con mucho dinero. Un acta de senador puede costar lo mismo cien que ciento cincuenta mil pesos. La de representante cincuenta u ochenta mil. ¿Cómo tacharnos de inmoralidad —dicen— cuando tratamos de recuperar el dinero invertido? Lo cierto es que éste sale del Fisco, o se adelanta a cuenta de servicios contrarios al interés público.

Pero lo más grave en la venalidad administrativa es su falta de sanción. Cuando un delincuente vulgar comete un hurto y se apodera de algo ajeno, acaso por necesidad orgánica, se le procesa y condena. Mas cuando se ataca al Estado en sus más vitales intereses, sustrayéndole por el desfalco o la malversación los fondos destinados a su buen servicio, nada sucede si esa sustracción es realizada por altos e influyentes funcionarios. Entonces los jueces ni siquiera encuentran indicios de criminalidad para el procesamiento, siendo como son notorios los venales enriquecimientos de los aludidos funcionarios y rectores de la política, que insolventes ayer, gastan e invierten hoy en Cuba y fuera de Cuba sus mal habidos millones. El caso es gravísimo, por la potencialidad corruptora del mal ejemplo y porque destruye en el pueblo la fe en la Justicia, ese "sol del mundo moral" sin cuya luz la convivencia humana es imposible. Las sanciones judiciales y morales son indispensables. Robar y matar estaba ya prohibido en el Decálogo del Antiguo Testamento. La delincuencia impune relaja todos los vínculos sociales. Si los que mancillan el honor de la República se encontrasen bajo rejas, ningún soldado o capitán podría faltar al respeto que se debe a los funcionarios de la justicia.

Por variados motivos, entre ellos el mal ejemplo y los agobios económicos, la familia cubana, sobre todo la de la clase media, sufre hoy honda crisis. En general pocas se ajustan a sus posibilidades económicas. Las más viven sin presupuesto o fuera de presupuesto. El ahorro es casi imposible a quien no sea gran empresario o defraudador de los fondos públicos. Son además múltiples los incentivos de placer y de disfrute en la sociedad contemporánea, e insuficientes los recursos. Es agradable desde luego pertenecer a un club y aceptar y devolver invitaciones;

hacer dispendios costosos para distraerse, y comer y vestir bien; cambiar regalos con motivo de onomásticos, o de esos numerosos días que la mente fértil del comerciante señala para el recuerdo, como el de los padres, el de los enamorados, el del médico, etc. Pero el patrimonio familiar no resiste tanto y la moral quiebra. Ya ni las mujeres de dicha clase media, así llamada en Cuba por sus limitados recursos, alumbran su prole en el hogar atendidas por comadronas, sino en costosas clínicas particulares. Si por no enviar sus hijos a la escuela pública —casi únicamente utilizada por la clase más pobre— un padre de familia los inscribe como alumnos externos en un colegio privado, pagará una cuota difícilmente inferior a quince pesos. Si sus hijos o hijas entran en la segunda enseñanza, frecuente es verlos recibir lecciones privadas por temor fundado o infundado a la contaminación de los Institutos. La Universidad ya sabemos cómo anda, no obstante el esfuerzo de los profesores dignos. En torno a ella existen múltiples academias que preparan al alumnado. Citaremos un solo caso específico: una persona sin título, que no es profesor, enseña anatomía a centenares de estudiantes, enriqueciéndose en el oficio, si bien debe reconocerse la conveniencia de su labor. Un profesor de medicina ha dicho a sus alumnos que una obra de texto escrita por él en dos tomos tendría que vendérsela en cincuenta pesos el ejemplar si se editase en Cuba, dado el alto costo de la impresión. Todo pone de manifiesto la angustiosa situación actual de los jefes de familia y amas de casa.

Por el breve tiempo concedido, esta conferencia ha de resultar forzosamente omisa. El tema requiere un libro, o por lo menos un folleto. Los remedios contra la venalidad administrativa quedan por lo menos indicados implícitamente en ella; pero terminaré resumiendo los más importantes:

Primero: Mejoramiento del Gobierno por la vía democrática-electoral, mediante el esfuerzo coordinado de las fuerzas vivas y de la masa ciudadana bien dispuesta. Es lo primordial.

Segundo: Amplia modificación del régimen electoral para que los factores antedichos puedan actuar más directamente, interviniendo en la nominación y elección de los candidatos, entre otras cosas.

Tercero: Inmediato cumplimiento por el Congreso del mandato constitucional sobre aprobación de las leyes complementarias.

Cuarto: Plan de origen legislativo a realizar por todos los gobiernos, que incluya solamente obras y servicios de reconocida

necesidad y utilidad públicas, en lo económico, sanitario y cultural, y que establezca los medios de financiamiento y una rígida fiscalización, para dar fin a la arbitrariedad, al desorden infecundo y al despilfarro que entraña la existencia de un plan y de un empréstito en cada gobierno.

Quinto: Reforma constitucional que alargue a seis años el período del presidente, sin reelección, y el de los representantes, senadores, alcaldes, concejales y gobernadores provinciales, para librar al país de una agitación electoral permanente, dañina por todos conceptos y propicia al peculado.

Sexto: Como parte de la reforma general de la enseñanza, el envío de misiones juveniles a los principales centros de cultura del mundo, integradas por graduados capaces y pundonorosos, que a su regreso contribuyan al desarrollo de la riqueza y de la cultura.

Séptimo: Enérgico proceder del Poder Judicial en la represión del peculado, para que sus reos sufran el condigno castigo, por altos e invulnerables que se consideren. El Tribunal Supremo, máximo rector de este poder independiente, debe depurarlo a fin de eliminar a los convictos de incapacidad, prevaricación o tolerancia.

Todas estas medidas son necesarias, pero confiemos más en que el pueblo de Cuba, irguiéndose en defensa de su dignidad, como en otras coyunturas históricas, ponga fin al peculado, el más nocivo de los males que retardan el cumplimiento de su alto Destino.

DISCUSION

MAÑACH: Muchas gracias Dr. Pina, por su conferencia, tan precisa, tan concreta y de espíritu tan constructivo. Eso es lo que sobre todo queremos aquí. Dra. Guiral, ¿querría Ud. hacerle alguna pregunta al Dr. Pina acerca de su conferencia?

DRA. GUIRAL: Pregunta, ninguna; sumarme de todo corazón y con todo entusiasmo a lo de la sanción pública. Ahora, si se me permite, una proposición. ¿Usted no cree que sería una manera de moralizar y de ordenar, hacer una nueva organización de los poderes, del Poder Legislativo, de la Cámara y del Senado, suprimiéndoles los sueldos?

DR. PINA: No creo que ello sea posible; pero en una nueva Constitución, si hubiera cubanos que estuvieran dispuestos a fijarles nada más que el sueldo, o dieta, por sesión que celebraran, sería magnífico; así se

pensó cuando empezó la República y al fin se optó por ponerles $300.00, pero de los $300.00 a los $6,000.00 mensuales va mucha diferencia.

MAÑACH: El problema es cómo ponerle el cascabel al gato. Dr. Pina. He notado que muchas veces, cuando se habla de la necesidad de organizarse políticamente, en general la gente se asusta un poco, porque inmediatamente se ven ante la perspectiva de tener que ir al Comité de Barrio y de asistir a las asambleas; en fin, de verse envueltos en toda la madeja de trajines de la política práctica. Pero sin necesidad de llegar a éso, porque en definitiva eso es actividad de los políticos más o menos profesionales, sin necesidad de llegar a éso, ¿usted no cree que si simplemente el electorado se decidiera a utilizar su voto conscientemente, es decir, eligiendo de una manera responsable únicamente a personas que merecen confianza, se adelantaría un gran trecho en Cuba?

DR. PINA: Desde luego Dr. Mañach, pero eso es un círculo vicioso, porque el electorado no hará eso mientras no se le organice. Yo no digo que se haga un partido político (aunque en definitiva se hará; ese partido político tendrá que hacerse si no se modifican las cosas y hay cubanos de buena fé que quieran hacerlo), pero indudablemente se puede organizar la ciudadanía en la parte cívica. En Cuba, como yo indicaba, hay muchísimas organizaciones cívicas que uno las analiza en su interior y ve que son buena spersonas. Hay clubs de Leones, rotarios; hay muchísimas asociaciones de mejoramiento local, compuestas de hombres que hacen grandes cosas; ¿por qué esos hombres no pueden votar bien? ¿y por qué, para que se vote bien, no han de poder ellos unirse con otros diciéndoles: "Señores, dentro de cuatro meses, o seis meses, o un año, hay elecciones, vamos a ponernos de acuerdo y nombrar delegados en cada lugar, en cada barrio, dejando a los bandidos fuera"? Así es como se acaba señores. Eso es lo que pasaría en los Estados Unidos o en Suiza, o en cualquier país donde hay ya ciudadanos. Nosotros no tenemos ciudadanos; pero estamos aquí para hacerlos.

MAÑACH: Yo quisiera Dr. Pina, insistir en la sugerencia que envolvía mi pregunta. Vea, por ejemplo, en los Estados Unidos. Este verano, yo estaba allá, como Uds. saben; y recuerdo que el Gobernador de Nueva York, Dewey, que fué candidato a la presidencia de la República, hizo determinadas manifestaciones que dejaban entender que, en relación con el magisterio público, iba a tomar medidas que la mayor parte de los maestros consideraban deprimentes. Y entonces, las asociaciones ya existentes de maestros y algunos grupos de maestros que se movilizaron espontáneamente, llamaron a capítulo a Dewey y le obligaron a tener entrevistas con ellos, y Dewey se vió obligado a dar, como decimos en criollo, marcha atrás. Esto no es más que un ejemplo de como hay allí una opinión pública vigilante que está todo el tiempo cuidando, observando la conducta de los políticos, y cómo los políticos se guardan mucho de incurrir en el desagrado de esas masas de opinión pública porque saben que les cuesta el acta después. Si en Cuba llegaran a estimular la movi-

lización de la opinión pública en ese sentido, si no hubiera tanta apatía, la gente podría hacer valer su voluntad electoral.

DR. PINA: A éso vamos, y yo creo que vamos por buen camino. Yo veo en toda Cuba señores, un despertar en este sentido; las cosas de ésta índole no pueden hacerse festinadamente, ni pueden lograrse tan de prisa y tan pronto como uno quisiera; pero se ve que hay un despertar en la ciudadanía. Lo que nos pasa a los cubanos, a pesar de tener reconocidas virtudes y darnos cuenta de la situación en que se encuentra nuestro país, es que no somos perseverantes. Hay que tener fé, hay que tener constancia. Uno reúne a cinco cubanos, les habla de los males del país, y quedan todos en que es verdad. Pero a la próxima reunión ya no van cinco, sino tres... Eso debe acabarse en Cuba. Los que se reúnan tienen que seguir, y yo creo que los cubanos ya acuciados por las cosas que vemos, al cabo, escogerán el camino de reunirse.

MAÑACH: Vamos a ver ahora si aguno de los presentes desea hacer alguna pregunta.

LUIS BERENGUER: Tenemos reunidos el academicismo del Dr. Mañach, el romanticismo del Dr. Pina y el objetivismo de la Dra. Guiral, y hay algo que ha mencionado ella en su conferencia que se ha pasado por alto. La mujer hace o deshace al hombre y la solución de nuestros problemas está en que la mujer asuma la responsabilidad que le corresponde, no solamente como un factor electoral, sino en la acción cívica, patriótica y humanitaria, en lo cual predomina sobre el hombre.

DR. PINA: Bueno, nosotros tenemos ya en el gobierno a la mujer. La mujer es electora y puede ser elegida, de manera que yo no creo que haya tanta diferencia entre el hombre y la mujer. Yo creo que todos los males que padece Cuba son tanto producto del hombre como de la mujer. De manera que cuando yo hablo del cubano me dirijo a los dos. No veo por qué debemos depender solamente de las mujeres; debemos depender de los hombres y de las mujeres.

RAFAEL SARDIÑAS: Dr. Pina, es sobre la cuestión del peculado. Yo me preguntó si es responsable únicamente el funcionario público que roba dinero, o es también responsable el hombre que es honrado y sabemos que lo es, y sin embargo, forma parte de un gobierno que él sabe no lo es. A veces lo hacen con buen propósito, con el propósito de hacer una obra parcial en un Ministerio dado, y no se dan cuenta de la obra nacional mucho más alta, de que están ayudando a sostener con su prestigio cuatro o cinco malvados que no lo tienen y sin embargo son los que disponen de los fondos públicos. Mi pregunta concreta es: la sanción a ese delito de peculado, ¿debe ser únicamente para el que roba dinero, o debe haber además de esa sanción judicial que usted pedía una sanción cívica y familiar para el hombre honrado que colabora con un mal gobierno?

DR. PINA: El Dr. Sardiñas es abogado y sabe perfectamente que son responsables los autores, los cómplices y encubridores. Si esas terceras

personas que no son funcionarios participan en eso, hay una fórmula legal y judicial de encausarlos. Ahora él se refiere también a la parte moral que realmente yo no tuve tiempo de desarrollar. Yo creo, señores, que la sanción más importante que puede haber en todas partes es la moral. Yo les aseguro a ustedes que a ningún pícaro yo le doy la mano. Cuando la mitad de Cuba, al ver a un ciudadano de esos enriquecidos, le vire la espalda, y si le va a dar la mano se la rechace, no pasarán en Cuba las cosas que pasan.

CARMEN SCOTT: Dr., yo le quería decir a usted que reconozco muy bien todo eso de reorganizar la administración, pero ¿no cree usted que es más urgente levantar esa fé del pueblo que está perdida completamente?

DR. PINA: Estamos en éso señorita, precisamente estamos aquí en esta Universidad del Aire y en diferentes lugares levantando la fé del pueblo cubano.

DRA ACOSTA: Dr. Pina ¿y qué hacemos los que estamos atrapados en la cuadrilla que lleva cada uno de los partidos políticos, si nos encontramos con que si no le damos el voto al sargento de barrio, perdemos el puesto que tenemos, ahora que ya ni los maestros son inamovibles?

DR. PINA: Esa es una pregunta difícil de contestar, aunque, para mí no es difícil. Comprendo que ese es uno de los recursos de la venalidad. Yo creo que la persona que se encuentra en esa situación, como el voto es secreto, puede votar como le parezca.

MAÑACH: Muchas gracias, Dr. Pina, y muchas gracias a todos ustedes. El reloj nos marca su límite inexorable.

V

Carlos Saladrigas

¿Cómo debe orientarse Cuba ante la disputa ideológica mundial?

LAS potencias del Eje recurrieron a la guerra para imponer una hegemonía mundial, política e ideológica, con el resultado de los incalculables perjuicios que causó la última conflagración y una derrota que ha sumido a los agresores en la impotencia.

Triunfaron los ejércitos de los países de las democracias occidentales y los de la Unión Soviética que combatieron unidos, sellando su alianza con el compromiso formal de liberar a la humanidad del azote de la guerra (1). La tramitación pacífica de las disputas internacionales constituyó el punto central de la alianza. De ese modo deberían sustanciarse las diferencias que ya existían entre los aliados y las que pudieran surgir.

No obstante la organización y funcionamiento de las Naciones Unidas, vivimos dentro de una paz precaria, quebrantada en algunos lugares y amenazados todos los países de verse envueltos en una nueva conflagración mundial, en la que se emplearían en gran escala las bombas atómicas.

¿Se apelará de nuevo a las armas con la finalidad de decidir la actual lucha ideológica?

Me apoyo en la opinión de los científicos para contarme en el número de los que piensan que "otra guerra alcanzaría tal éxito desde el punto de vista de la destrucción que sería poco lo que quedaría de las bases físicas y humanas de la vida civilizada". Las palabras que acabo de decir son del Prof. Harold Urey, ligado íntimamente a los trabajos nucleares y descubridor del hidrógeno pesado. Urey agrega: "En la actualidad nuestras téc-

nicas científicas y de la producción en serie incluyen la bomba atómica y probablemente otras armas que aún no conoce el público en general" (2). Por tanto el problema de la guerra o la paz se antepone de modo lógico y factual a los específicos de la lucha ideológica que perdería su sustancia en la ruina universal.

Cuando la última guerra comenzó no existía el peligro atómico que fué conocido en su etapa final. Este peligro descarta la idea de que una lucha entablada con dichos elementos pueda hacer emerger triunfalmente alguna nación o grupo de naciones que gobierne el mundo en nombre de una sola ideología.

Además, la experiencia de las últimas conflagraciones resulta aleccionadora, por lo evidente de las desastrosas consecuencias que provocaron y el quebranto infligido a la civilización occidental. Consiguientemente, se impone un cambio radical en la mentalidad de los pueblos y sus gobernantes en el sentido de eliminar definitivamente las armas como medio de acción política, según el concepto que se ha tenido hasta ahora.

En reconocerlo así coinciden los hombres que se encuentran en la dirección de los destinos mundiales, por lo que no es creíble que se desate otra conflagración como integrando parte de un plan.

Parece contradecir esa afirmación la carrera de armamentos y la política de pactos. Sin embargo, ellas no tienen por sí mismas una finalidad provocativa. Reinando la desconfianza en las relaciones internacionales sin que de momento se haya podido encontrar la fórmula práctica que garantice un desarme general, es hasta cierto punto verdadera la máxima: "Si quieres paz prepárate para la guerra".

La amenaza se proyecta de otra manera. Pocas naciones, quizás Estados Unidos y Rusia solamente, tienen poder para desatar un conflicto bélico que podría surgir del simple temor que una tuviera de que la otra intentara sorprenderla. Esa posibilidad obliga a que los esfuerzos por la paz deban concentrarse principalmente en establecer el control de los elementos nucleares y el desarme general.

La paz entre las naciones infundiría al corazón humano nuevas esperanzas cifradas en el hecho de que la lucha ideológica no es inflexible.

Fritz Morstein, de la Fundación Rockefeller, piensa que "en la paz es realizable un intercambio durante el cual pueden surgir nuevas oportunidades para construir alguna forma común que controle los peligrosos impulsos unilaterales típicos de la lucha dual de las ideologías". Llega a más, agrega: "Posiblemente se

efectúen graduales modificaciones en la estructura y proceso de las instituciones políticas y económicas a uno y otro lado de la gran división existente, con el resultado de aminorar en lugar de acentuar las diferencias". (3)

¿Qué perspectivas hay de que tales cosas ocurran?

Pienso que de la circulación universal de las corrientes ideológicas, del contacto directo entre todos los hombres en un intercambio libre de la amenaza de destrucción, emergerían, como dadas por la entraña misma de la historia, las nuevas formas de vida que concreten la comprensión ideológica. Esa tarea corresponde a la trabajosa elaboración de la obra social que se crea en la complicadísima urdimbre de la vida colectiva, mezcla de ideales y egoísmos, de sanas y malas pasiones, de violencias y calmas. La obra social de ese modo creada deberá animar valores morales, reglas de conducta, principios económicos y políticos que vinculen a los hombres y las naciones en una sola comunidad.

A señalar esa comunidad como meta concurren los principales factores que tienen acción decisiva en la presente hora, a saber: el proceso de unificación geográfica de la tierra, cuyos obstáculos ceden ante el poder de los medios ideados para salvarlos; el encuentro de las civilizaciones; la fase supranacional en que se desenvuelven las relaciones entre los países; el carácter mundial de las guerras o de las seguridades de paz; los cauces universales por donde discurren las ideologías y el influjo directo de éstas en el individuo.

Si confiamos que la obra social resuelva el conflicto ideológico, pudiera parecer que sólo tenemos que esperar a que se realice en el complejo de la vida colectiva. Pero no se producirá como por acaso, sino como un resultado activo del pensamiento individual y social que recíprocamente se influyen. De ahí la importancia de la discusión teórica y práctica, pública y privada, de estas cuestiones. Yo soy un ejemplo de ese influjo en las citas que ya he hecho y en las que paso a hacer.

Arnold J. Toynbee, Profesor de Oxford, contribuye a completar la idea de Morstein, presentando las perspectivas que, a su juicio, tiene de reducirse el conflicto ideológico básico. "En las presentes circunstancias —dice— Gran Bretaña y sus vecinos del Oeste de Europa están intentando arribar a fórmulas políticas —adecuadas a las condiciones económicas de cada una de ellas y sujetas a modificaciones en una u otra dirección, según los resultados que se obtengan—, entre la libre empresa sin restricciones y el ilimitado socialismo". "Lo que el mundo necesita —añade Toynbee— es quitarle a la disputa de libre empresa con-

tra socialismo, su pedestal ideológico y tratar este problema no como materia de fe semi-religiosa o fanatismo, sino como perteneciente al sentido común, como una cuestión práctica sujeta a prueba y error y de mayores o menores posibilidades de adaptación". (4)

La actitud de Toynbee imprime a la mente individual y colectiva una sana disposición. Con ella paso a considerar el punto que estimo de mayor interés; éste es, el de la libertad.

En relación con dicho problema, las mayores concesiones tienen que ser hechas por la política soviética, permitiendo la libre comunicación de su pueblo con el resto del mundo y levantando los obstáculos que existen dentro de su territorio a la libertad de pensar y opinar. Debe recordarse que Marx y Engels pudieron discurrir y exponer sus ideas, dándole al socialismo sus fundamentos científicos y filosóficos que lo presentan como una doctrina universal, porque tuvieron libertad para hacerlo.

Sin esa misma libertad, no podrá la inteligencia, a cuyo dominio pertenecen tanto los problemas de la ciencia pura como los de la conducta social, alumbrar el camino por donde el hombre debe proseguir su marcha en la presente oscuridad.

La mayor presión que tienen en nuestro tiempo las cuestiones de tipo económico comparadas con la de otros aspectos de la vida social es un resultado directo de la conciencia predominantemente materialista de la época moderna. Impulsadas desde el fondo de esa conciencia, las soluciones no pueden eludir su naturaleza económica ni ser pospuestas. Sin embargo, de ahí no debe deducirse que sea cierto el dogma marxista que erige el factor económico en la determinante del curso histórico.

Así como me parece inaccesible un estado de equilibrio si no se concreta en normas económicas, tampoco creo que sea posible sin la vital concurrencia de factores espirituales, capaces de infundirle una moral a la sociedad. Como resume Seligman: "Ninguna interpretación monística de la humanidad —como la que postula el marxismo— es posible, o, en todo caso, ninguna puede serlo hasta tanto el más difícil de todos los estudios —la sociología— tenga éxito final en la elaboración de las leyes de su existencia y vindique sus pretensiones de constitutuir una verdadera ciencia". (5)

Tales leyes aún no se han fijado científicamente, por lo que la filosofía marxista sólo debe considerarse a sí misma como una proposición, al igual que lo son otras.

Con esas palabras sigo el pensamiento de Toynbee, no presentando las cuestiones políticas con dogmáticas intransigencia, sino como cosas sujetas a prueba y error.

No bastará esa contribución del comunismo a la libertad, con ser tan relevante y significativa, a los fines de consolidarla.

En términos generales, la libertad existe de modo imperfecto en los países en que la proclaman como una de las bases esenciales de su Constitución. Se halla en ellos sometida a diversas e indudables limitaciones, originadas algunas en el funcionamiento del régimen político, otras en la intolerancia de ciertas ideas dominantes y, por último, gravemente limitada por las condiciones económicas.

En la pobreza, el paro, la inseguridad en el empleo, la insuficiencia en los ingresos, no prospera la libertad ni tiene ella sentido para las masas.

He oído decir con frecuencia que "la miseria es compañera inseparable del hombre", como queriendo aludir con ello a lo ilusorio de su erradicación. Me parece de todo punto imposible que dicha frase impresione y detenga el movimiento social en estos tiempos, cuando la ciencia y la tecnología permiten, aunque sólo sea potencialmente, la producción casi ilimitada de los bienes. No debe perderse de vista que las numerosas restricciones impuestas a la producción y el control de sus posibilidades con fines utilitarios, son conocidas de las masas que asimilan su significado.

Por otra parte, la expresión que he mencionado no tiene valor alguno, aún suponiéndola cierta, en una competencia de ideologías, en la cual una de las partes alecciona a las masas como una doctrina que ofrece poner la producción en sus manos, las del proletariado, para llevarla al máximo posible y a la más amplia distribución. Pudiera ser cierta o no la promesa comunista, pero son innegables los efectos psicológicos que produce. Frente a la filosofía materialista del comunismo, la democracia presenta muchas veces un materialismo sin filosofía.

De aquí que la actitud del mundo occidental no puede ser, como no lo es, pasiva, sino la de una amplia realización que pruebe, con una eficiencia social continua, que —según lo expresa el profesor de Economía de Harvard, Seymour E. Harris— "el capitalismo no es una mera fase en el proceso histórico del feudalismo al socialismo" (6). Sería esa mera fase, en la opinión del grupo de economistas que colabora con Harris, señaladamente Chester Bowles (7), si la respuesta de los países democráticos al guante ruso, no fuera la de establecer la seguridad social, mante-

ner adecuados y permanentes ingresos, procurarles a las masas los servicios sociales necesarios, todo ello dentro de una economía libre de las guerras y los ciclos periódicos de depresión que quebrantan considerablemente el sistema.

En esos postulados sociales se inspira el movimiento de los países democráticos del Oeste de Europa, los cuales introdujeron en su organización política el concepto de la función social de la propiedad y la empresa que orienta a los integrantes del grupo de naciones que tiene en los Estados Unidos la de mayor poder.

Las doctrinas sociales a que me refiero incluyen las que confirman la libertad y el estímulo individual, sin cuyos valores no puede relatarse la historia del progreso, conferirle dignidad al ser humano y dársele animación a la vida.

Nuestra patria, por el origen y evolución de su cultura, se enfrenta con la lucha ideológica desde el ángulo occidental del mundo. El movimiento social orientado en el pensamiento europeo-americano repercutió en el curso de nuestra vida colectiva, manifestándose en el ciclo revolucionario que produce la Constitución de 1940.

La obra que comenzaron las generaciones revolucionarias se encuentra incompleta, faltándole fondo y consistencia, vida moral. La ideología social, contenida en las reglas constitucionales, necesita profundizarse en la conciencia colectiva al modo de una ética que obligue con sanciones de esa clase a gobernantes y gobernados, empresarios y trabajadores.

Es visible el retraso que causan en la consolidación de esa conciencia los malos gobiernos tantas veces extraviados por la demagogia, el peculado y la incapacidad, de una intrínseca justicia social.

Otros factores, también, obstaculizan la obra social cubana. Aludo a los empresarios que, sin otra aspiración que el lucro personal, no le imprimen sentido de función social a sus negocios. Asimismo, me refiero a los trabajadores cuando utilizan la rígida disciplina de los sindicatos con propósitos sectarios, o simplemente cuando, a sabiendas, se exceden en sus demandas.

Sólo dentro de un progresivo crecimiento de la riqueza y su mejor distribución, regido tanto por normas de tipo económico como de índole moral, pueden lograrse la completa producción y el número suficiente de empleos que son las bases indispensables para satisfacer las necesidades y aspiraciones de una mayor justicia social.

Mi pensamiento tiene una raíz más honda. La cuestión social, para resolverse, exige desde luego fórmulas económicas princi-

palmente referidas a la posesión y disfrute de los bienes. Con ser fundamentales las de ese carácter, tiene también suma importancia el espíritu social que anime dicha posesión.

Es concebible un país cuya economía esté toda socializada, mal gobernado, con la consecuencia de ser insuficiente la producción e injusta su distribución, por ausencia de moral social. En cambio, por otra parte, podemos concebir una comunidad con el sistema de la propiedad y la empresa individuales, cuyos directores se esfuercen con éxito en satisfacer las necesidades y aspiraciones de las masas. Con estos conceptos sólo deseo acentuar el valor que para mí tiene la moral social en orden a las soluciones económicas.

La paz interna y la mundial constituyen supuestos de la solución de los conflictos de todos los países, independientemente considerados y de la humanidad. En el seno de nuestra sociedad, aunque profundamente perturbada por el desorden de la política de grupos, no existe una grave amenaza de escisión y guerra intestina. En el exterior, sí, como dije al principio de esta disertación.

No debemos dejar que se manifieste, ni siquiera en la forma leve en que lo ha sido alguna vez, la idea egoísta originada en las ventajas económicas que Cuba ha derivado de las guerras. Lo que hayamos podido ganar de un modo transitorio y precario, lo hemos perdido siempre en el desequilibrio que esas luchas causan en la economía del mundo. Además, nuestro país, bloqueado durante cierto tiempo, experimentó algunos de los infortunios que en forma aterradora padecieron las naciones que fueron teatro del conflicto bélico. Si se entablara otra guerra no estaríamos alejados de los frentes, sino sumidos en la caída de la civilización que las armas nucleares provocarían. Como reza el título de un libro recién escrito por uno de los científicos observadores del experimento de Bikini. "En este mundo ya no hay lugar donde esconderse". (8)

Por consiguiente, el problema de la guerra o la paz no puede ser examinado por Cuba aisladamente, sino considerándonos como un integrante de toda la especie humana ante el peligro común. Nuestra contribución a la paz no se encuentra limitada por las pocas fuerzas materiales. En esta cuestión, además del poder representado por las armas, tiene positiva importancia la fuerza moral persuasiva de los argumentos. Cuba debe poner énfasis humano en una política pro-paz, constituyéndose en factor que movilice la opinión pública internacional, barrera psicológica contra cualquier intento de agresión.

No deseo dejar la impresión de ser un ingenuo idealista. La presente generación tiene ante sí una alternativa: la catástrofe o

la obra social universal. Si esta última fuera pura fantasía, ser realista sería optar por el derrumbe mundial. Si soy exagerado, será porque tomo al pie de la letra la opinión científica. Si, por último, resulto optimista, lo soy porque no quiero convencerme de que el destino del hombre sea caer en la sima de la destrucción, sino el de adelantar por el camino del progreso, de ilimitadas perspectivas, que la ciencia, la inteligencia y los valores morales permiten imaginar.

BIBLIOGRAFIA

1) **Carta del Atlántico** (Ago. 19, 1941); **Declaración de las Naciones Unidas** (Enero 1°, 1942); completada con los acuerdos de Casablanca (Jun. 26, 1943); Moscú (Noviembre 1°, 1943); Teherán (Diciembre 1°, 1923); Yalta (Feb. 11, 1945); San Francisco (Abril, 1945) Sigrid Arme, United Nations Primer, Farrar and Rinehart, Inc. N.Y. 1945.
2) Harold Urey (y otros) **Un mundo o ninguno.** Pág. 182. American Books, Argentina, 1946.
3) Fritz Morstein (y otros) **Foreign Governments, Pá°. 692 y siguientes.** Prentice Hall, N. Y. 1949.
4) Arnold J. Toynbee. **Civilization on Trial, Pág. 146 y siguientes. Oxford** University Press, 1948.
5) Edwin R. A. Seligman, **The Economic Interpretation of History.** Pág. 159. The Columbia University Press, 1942.
6) Seymour E. Harris, **Saving American Capitalism.** Pág. 4, **Alfred A.** Knopf. N. Y. 1948.
7) Seymour E. Harris, Chester Bowles, pág. 13 y siguientes.
8) David Bradley **No place to Hide** Little, Brown & Co. Boston, 1949.

DISCUSION

MAÑACH: No sé si Uds. tendrán la misma impresión que yo, señores, de que el Dr. Saladrigas, en la brillante exposición que acabamos de escucharle, ha enfocado su tema con criterio eminentemente político. No ha tendido tanto a debatir doctrinas, me parece a mí, como a sugerir una orientación práctica. Será muy interesante ver qué opina otro eminente político nuestro sobre este enfoque. Dr. Marquez Sterling, ¿quisiera Ud. comentar lo dicho por el Dr. Saladrigas o hacerle alguna pregunta?

DR. MARQUEZ STERLING: Comparto su opinión en casi todas sus partes.

MAÑACH: ¿No tiene ninguna pregunta?

MARQUEZ STERLING: En este momento no.

MAÑACH: Pues yo sí tengo alguna pregunta que hacer al Dr. Saladrigas, desde luego, a los efectos de aclarar todavía más las implicaciones de esa hermosa disertación. Hay un dicho corriente que dice "dos no

pelean si uno no quiere". ¿No cree, Dr. Saladrigas, que pudiéramos también dar una versión distinta "dos no pueden vivir en paz si uno no quiere"?

DR. SALADRIGAS: Yo creo que sí.

MAÑACH: En estos momentos contemplamos una política soviética de agresividad continua y constante, que pone a las naciones democráticas en la situación de no poder hacer la paz, aunque quisieran; de no poder entretener siquiera ideas de paz.

DR. SALADRIGAS: Bueno, yo creo que lo que existe en las relaciones internacionales es un profundo estado de recelo, pero cada día que se gane sin llegar a la guerra dentro de ese estado de recelo, puede permitir que se vayan removiendo las causas de él. Yo creo que la situación internacional es hoy día menos tensa que lo que era hace algunos meses. La actitud de Rusia ha sido la más agresiva. También creo que es la de mayor desconfianza. Creo que es más agresiva por lo mismo que se ha visto menos poderosa y menos fuerte. Pero no creo que haya habido por una u otra parte ningún acto que se pueda calificar de verdadera provocación a la guerra, y repito que mientras podamos mantener aunque sea una paz precaria, hay la esperanza de que la paz pueda llegar a consolidarse y dar tiempo a la realización de esa obra social universal que es el tema central que yo desarrollé.

MAÑACH: Es decir, que usted opina, Dr. Saladrigas, que una orientación de un acento más marcadamente conciliatorio por parte de las democracias occidentales no se traduciría necesariamente en un avance correspondiente de la política soviética?

DR. SALADRIGAS: Creo que Rusia tiene que ir gradualmente modificando su política. Todo el secreto, toda la clave del futuro está en que actúen factores que vayan removiendo las causas de desconfianza internacional.

MAÑACH: Hubo otro momento de su conferencia, Dr. Saladrigas, que me impresionó con una frase muy tersa y a mi juicio muy justa. Decía usted que, si bien es verdad que los rusos tienen la filosofía del materialismo, muchas veces las democracias tienen un materialismo sin filosofía. ¿Quisiera usted abundar un poco más en las consideraciones que han provocado esa frase?

DR. SALADRIGAS: Pues eso lo percibimos nosotros en nuestra vida diaria. Quizás la causa más honda de la crisis actual en que se debate el ser humano, sea la de encontrarse en un período en que su moral, por estar fundada en principios generales que vacilan, vacila también, y yo creo que nosotros, los ciudadanos de estas democracias, nos estamos conduciendo en nuestra vida práctica con un sentido demasiado práctico. Nos estamos proponiendo las cosas que consisten en bienes, las cosas que consisten en placeres, estamos teniendo una vida exageradamente individualista con fines utilitarios personales; eso naturalmente está desposeyendo a la civilización nuestra de todo espíritu, de toda alma, le está restando a la conducta de cada ser humano en este momento una cosa que tiene que

ser indispensable en su conducta, que es la solidaridad con la nación, con la especie; en una palabra, el pensar que cada vez que nosotros actuamos, ese acto nuestro tiene repercusión para el resto de los que forman la comunidad.

MAÑACH: Muy bien, muy interesante Dr. Saladrigas; ahora vamos a ver qué preguntas se desea hacer desde el público.

DR. RAMOS: En relación con el apoyo que el Dr. Saladrigas ha dado a la moral social y la referencia a las barreras psicológicas y en recuerdo de nuestras discusiones de antaño, quiero leer algo que tiene relación, y creo que bastante importante, con el tema que se discute.

MAÑACH: ¿No es muy largo, doctor?

DR. RAMOS: No; lo he escrito casualmente para no hacerlo largo.

MARQUES STERLING: ¡El Dr. Ramos no estaba invitado para leer!

DR. RAMOS: Muy bien, pero yo de cuando en cuando rompo el reglamento.

MAÑACH: Hágalo con disimulo.

DR. RAMOS: La miseria no acompañará al hombre, y la libertad será cierta y precisa, cuando la política, además de una base económica, busque otra biopsíquica. Ya la antropología tiene arsenal para proveer los medios. Muchas gracias.

MAÑACH: Bueno, ése es un comentario con premeditación, Dr. Saladrigas, ¿tiene algo que contestar?

DR. SALADRIGAS: Sería muy largo, Doctor!

MAÑACH: Alguna otra pregunta?

ROBERTO VERDAGUER: El Dr. Saladrigas, en su importante discurso, dice, entre otras cosas, que se impone un cambio radical en los procedimientos que hasta ahora han puesto en práctica los gobiernos. Yo me permitiría preguntarle al Dr. Saladrigas si él cree que hay institución, religión, filosofía que haya sido capaz de resolver en forma satisfactoria los conflictos y tensiones que se originan entre el destino del mundo y la suerte de los hombres, entre el acaecer externo y la última esperanza.

DR. SALADRIGAS: Bueno, mi punto de vista no está adscripto a ninguna religión, ni a ninguna escuela, sino es de un gran sentido práctico. En este momento de su vida, el hombre ha descubierto las armas atómicas que, según los informes que circulan (y yo he citado aquí al Profesor Urey, que es varias veces premio Nobel, descubridor del hidrógeno pesado, para no hacer más que una cita) si hay una guerra en que se usen en gran escala las armas atómicas, es poco lo que quedará de la base física y humana de la vida civilizada. Por consiguiente, yo no me concreto en ninguna ideología ni parto de ninguna de ellas para hacer la afirmación de que hay que eliminar la guerra como método de acción política; hay que eliminarla, sencillamente porque este mismo Urey ha dicho que la próxima guerra, si se hace otra, sería combatida con arcos y flechas, y Enstein ha dicho que se haría con palos. Pues si esa es la realidad y si estos señores tienen tal seriedad que no pueden intentar

engañarnos, perecer o eliminar la guerra es el dilema en que está plantada hoy día la humanidad.

MAÑACH: Está muy claro. Me parece que el Sr. Parés quiere hacer una pregunta?

PARES: Lo fundamental de su conferencia, magnífica conferencia, por cierto, ha sido la posibilidad de una síntesis entre el mundo occidental y el mundo oriental. Me permito preguntarle si Ud. cree en la posibilidad de una síntesis cultural entre dos formaciones o dos cristalizaciones tan antitéticas, basadas no solamente en conceptos ideológicos, que sería lo de menos, sino en formaciones culturales que derivan de un concepto completamente distinto de la moral, base precisamente de la posible síntesis posterior.

DR. SALADRIGAS: Bueno, la base de que yo parto es de que no son tan antitéticas e inflexibles que no puedan llegar a esa síntesis, y la realidad mundial nos está probando que a esa síntesis se puede llegar. Europa en estos momentos es un campo de experimentación en ese sentido, y los mismos Estados Unidos lo son. La época nuestra se abre con la revolución rusa y a esa revolución rusa hay la respuesta occidental en tantas revoluciones sociales como hay países. Por consiguiente, lo que caracteriza a nuestra era desde el punto de vista ideológico es el planteamiento de una cuestión social a la cual se le pueden dar diversas soluciones, según la idiosincracia de cada país, según determinada ideología. Yo no comparto el pensamiento de que existe una oposición totalmente irreductible; más bien las discrepancias están siendo de orden político. Más bien se reflejan en él que en el orden de la filosofía, que puede perfectamente admitir esa síntesis y una concreta comprensión.

Carlos Márquez Sterling

Los partidos políticos Cubanos: ¿cuáles son sus deficiencias?

LA política encuentra su más cabal expresión en los partidos organizados. Un partido político, teóricamente, por lo menos, es una fuerza de opinión parcial que se organiza hacia la conquista del poder para sus jefes o líderes, repartiendo los beneficios morales y materiales entre el país y sus partidarios.

Los partidos políticos son tan importantes a la vida consustancial de los pueblos que, como dijo un gran argentino, Domingo Faustino Sarmiento, "todas las instituciones modernas que reconocen la libertad y la igualdad de derechos de las opiniones políticas, tienen por base los partidos organizados".

Desde este punto de vista, podemos afirmar categóricamente que, en el estado actual en que vivimos en Cuba, con rarísimos esfuerzos individuales, carecemos, realmente de partidos políticos. No es que sean insuficientes, como reza el tema, de suyo tan interesante, sino que existen para repartir, en pocos meses, o en semanas, dividendos tan asombrosos, que de la noche a la mañana surgen flamantes millonarios y nuevos ricos de personas que hasta poco antes eran desocupados voluntarios de esa gran fragua de los pueblos que es el trabajo fecundo y creador.

Dentro de los partidos políticos, suele suceder, en todas partes del mundo, que se establece, de modo anormal, pero llega a convertirse en lo normal, la mecánica política; esto es, el comité, la asamblea, el afiliado, el puesto público, el caciquismo, la aspiración y el fraude, que a espaldas de las verda-

deras necesidades nacionales, por una degeneración del sistema, convierten esos organismos en los enemigos naturales de lo que Disraeli llamara en alguna ocasión la "política al servicio público".

La política como ciencia —define Kelsen— es decir, como un sistema de conocimientos expresados en juicios, debe ser una disciplina específica distinta de la teoría general del Estado. Si explicamos la teoría general del Estado, cómo es el Estado, y cuáles son sus formas fundamentales y sus contenidos expresos, tendremos la ciencia. Pero si la política pretende cuál es la mejor de las posibilidades, tendremos la técnica.

Expuesto así el problema, la distinción que hacemos entre ciencia y realidad, la política se nos presenta como una parte importante de la moral que traza "finalidades objetivas a la conducta humana"; o como la realización de los objetivos políticos, es decir, de los medios puestos en práctica para lograr un resultado, y entonces tendremos que apreciarla únicamente como técnica y no como regla moral.

La política técnica —que no es el tecnicismo— no se encuentra en los libros. Quizás pudiera hallarse en las discusiones de las asambleas de partido, o en los debates del parlamento. Edmundo Burke, una de las figuras más interesantes del pensamiento y de la práctica políticas en el siglo XVIII, en Inglaterra, que durante muchos años fué diputado, ofrece a estos estudios un rico material moral y práctico de la técnica. Burke pudo haber espigado con éxito en la diferenciación de la ciencia y la experiencia, porque los ingleses no son enteramente partidarios de la doctrina sin un examen real de los hechos políticos y de sus causas circunstanciales.

Los ingreses, tan mal interpretados cuando se ha pretendido ver en ellos una política científica y rígida, apegada al libro únicamente , o a las fórmulas tradicionales, se han acostumbrado, por lo contrario, a "ir resolviendo los problemas a medida que se van presentando". La peculiaridad auténtica de los ingleses —dice Crosmann— consiste, no en su desprecio por la teoría, sino en la ventaja y en los usos a que la destinan. Nuestro pensamiento, como nuestro idioma —agrega este conocido escritor— tiene una profunda aversión por lo sistemático. Así, pues, "el pensamiento político inglés tiene un carácter profundamente dialéctico". Forma siempre parte de una controversia y, por consiguiente, sólo es comprensible en relación con el contexto del conflicto que le da origen.

De acuerdo, con estas bases, meramente doctrinales, pero profundamente aplicables, es evidente que el estudio de la técni-

ca política adquiere, para nosotros los cubanos, una importancia casi tan grande, o más aun, que el conocimiento de la ciencia misma.

Las ciencias sociales son las más complejas de todas las ciencias. Si la economía se rige por leyes que se producen en presencia de tales fenómenos; la política, que obedece también a leyes, está sujeta a la resistencia moral y cívica de los ciudadanos que componen una nación. Los individuos, —ha dicho Tawney, resuelven o intentan resolver sus problemas; pero es la historia quien los plantea". Los problemas —agregamos nosotros— no pueden hallar solución sino en aquellos momentos en que se produce el fenómeno. Los hechos políticos no son, por otra parte, panoramas innteresantes o repugnantes; son hechos dinámicos a los que no pueden aplicarse reglas prestablecidas. El éxito del político es prever, de acuerdo con la resultancia posible o real, esos fenómenos. La teoría, por lo tanto, nos enseña un proceso, no una regla precisa y determinada. Ninguna rama del saber de las que hasta aquí se han elevado a la categoría de ciencias nos facilita las peculiaridades de la plaza pública, ni las inconformidades de los ciudadanos, ni el alma de las muchedumbres, ni mucho menos el remedio que recomponga el mal, de ese todo, del cual surgen. en un instante dado estados colectivos que conducen a resultados imprevistos. Estos problemas son, aparte de las cualidades espirituales —inteligencia, moral, civismo— hijos de la experiencia y de la previsión. y con arreglo a ellos debemos actuar.

Establecidas, de este modo, unas breves bases, sobre las que vamos a construir la necesaria argumentación, encontramos nuestras deficiencias políticas, en tres aspectos esenciales: Culturales, cívicas y técnicas.

Desde hace muchos años, la cultura ha ido decayendo en nuestros partidos. El desgano de los hombres de pensamiento, y la invasión de los hombres de ningún pensamiento, ha convertido a los partidos, en su mayor parte, en consorcios en los que la ignorancia y la estupidez reinan a su antojo El mal es antiguo, y no es nuestro solamente. Carlyle llamaba a la Cámara de los Comunes. un compuesto de seiscientos asnos. Indudablemente exageraba. Si entre nosotros existiera un filósofo analista, se vería muy comprometido, con las naturales excepciones, al buscar calificación adecuada a nuestros males parlamentarios y partidistas.

En nuestra política clásica, el mal de la incultura se advertía, pero digamos, en honor a la verdad, que no era tan acusado como actualmente. Nuestros más vivos ejemplos republi-

canos, Varona y Sanguily, al fin se vieron desplazados. Eran buenos para honrar academias y ateneos, institutos y universidades, pero no para ser presidentes. Sin embargo, fueron vicepresidentes, senadores y jefes de partido.

En el orden cívico, nuestros males van en aumento. Los partidos políticos, en su mayor parte, no sirven para otra cosa que para fungir de intermediarios, sin que ellos sean en verdad el vehículo del progreso, que de este modo, suelto y disperso, genera un estado de opinión al margen, incapaz por sí solo de influir en los destinos patrios. Los partidos, en los últimos tiempos, sólo han servido para canalizar la presión social sobre un conjunto de ideas afines de la masa, que al ser recogidos anárquicamente, destruye instituciones y aniquila pensamientos, haciéndolos igualmente confusos.

Pero en donde nuestros males son asombrosos y caóticos es en lo que se refiere a la técnica y a la mecánica de los partidos, mecánica y técnica que descansan absolutamente, en la hora presente, en el dinero y en el prebendaje burocrático. Los partidos políticos, de esta manera, se convierten en prolongaciones de la maquinaria del Estado, la provincia y el municipio. Son, ni más ni menos, que una oficina pública, y así el presidente, el gobernador, o el alcalde, como decíamos hace días en "Bohemia", nombran el personal de los comités ejecutivos y de las asambleas plenarias, en las que no pueden palpitar por estas razones ni el civismo ni la idea, convirtiéndose fácilmente en monopolios de los servicios públicos, en contra naturalmente de esos propios servicios públicos.

Como a nosotros no nos ha gustado nunca criticar sin ofrecer remedios, desde hace años, venimos propugnando la reforma de estos males, que creemos radican, por un lado, en la invasión de los problemas económicos sobre los espirituales, y por otro en el intervencionismo creciente del Estado, en tiempos de paz, que sucede a los períodos de agitación y de guerra. La lucha política, en tiempos pacíficos está dominada por el interés personal, y a veces por el más feroz de los egoísmos. Don Rafael Altamira, en su "Psicología política" ya lo advertía. Es así, pues, que lo que antes se basaba, casi por entero, en el espíritu, hay que asentarlo ahora, en su mayor parte, en lo económico, tratando, con arreglo a estos cambios esenciales del modo de proceder de los hombres, de garantizar esa nueva moral. De aquí, que los partidos políticos adquieran mayor importancia. Esta ha crecido en proporción al desarrollo del Estado.

Hoy, que el Estado interviene tan intensamente en todas las esferas de la vida social; que dirige la economía pública y

privada, que da dirección a las creaciones culturales y a la educación pública, no se concibe una iniciativa por medio de sus órganos, sin la conformación conveniente de los partidos políticos.

De acuerdo, con mis modestas ideas, nuestros males radican en las leyes electorales; por eso proponemos una amplísima diferenciación con lo hasta aquí ensayado. No son los hombres solamente; el problema es también de instituciones.

Nosotros proponemos las siguientes reformas a la coacción de la ley.

1) Establecimiento de la carrera administrativa, que equivale a la libertad de los empleados públicos.

2) Tribunal de Cuentas, representado por todos los partidos políticos, de modo que funcione, ni más ni menos, que como un parlamento económico, que represente la fiscalización y empleo de los dineros del pueblo.

3) Supresión del régimen de asambleas por el régimen de afiliados, que garantice su libertad y sus ideales.

4) Voto directo para todos los cargos, que entraña el funcionamiento sin trabas de la Constitución de 1940.

5) Subvención por el Estado de los gastos de los partidos políticos, a los fines de crear, necesariamente, la igualdad política del sistema socialista.

Nuestro Código Electoral, que sólo favorece al candidato rico, o al que ocupa o controla grandes y jugosas posiciones administrativas, es bueno en parte: aquella en que regula la elección final. En cambio, en cuanto afecta a la formación y funcionamiento de comités y de asambleas, ha producido los más nefastos resultados. En poder, los comités ejecutivos y las asambleas, de las camarillas caciquiles y de los agentes a sueldo, apoyados en el puesto público, el partido solamente responde a minorías irresponsables, brutales e insaciables, que se imponen a las mayorías; por medio de ese mecanismo asaltan y dominan largos años.

Este sistema de representación, acaso regularmente satisfactorio en el régimen liberal clásico, en el que el Estado no intervenía en ninguna función pública, sino que se limitaba a garantizar el orden y la libertad, es sencillamente insoportable hoy en día, con arreglo al sistema socialista, de extensión estatal, en que la economía dirigida o intervencionista alcanza a las empresas privadas. El estado socialista es una inmensa burocracia que vá desde el cargo público hasta el puesto privado, a través de las leyes sociales, que de este modo deja todas las institu-

ciones a disposición del Poder Público, y por ende de los que lo ocupan.

Por otra parte, en el régimen actual de partidos, el afiliado no tiene funciones. Se afilia, y nada más. Elige, un día determinado tres delegados a la asamblea municipal, y aquí comienza, en la espiral hacia arriba, el escamoteo del partido, del programa y de las aspiraciones populares.

La postulación de los candidatos, de este modo, no se compadece con la voluntad de los afiliados. Y quiebra el sistema. Las asambleas hacen lo que quieren sus controladores, y por ello, todos los candidatos, con muy pocas excepciones, son postulados por un sufragio de menor cuantía, escaso y coaccionado. No digamos nada del presidente de la República, que se impone al electorado a través de un cuarto grado: el barrio, la municipal. la provincial y la nacional.

Si el afiliado tuviera voto para postular, al mismo tiempo que para elegir los organismos rectores, la función no quedaría desnaturalizada al nacer. Se cumpliría con ello el espíritu del artículo 98 de la Constitución, al que ha dado otra directriz nuestro más alto Tribunal de justicia, a mi juicio errónea y en desacuerdo con la voluntad de los convencionales. En posesión de su voto de selección el afiliado, como lo está más tarde el elector, voto secreto, naturalmente, los partidos se pondrían en movimiento hasta en los más lejanos rincones de la República, y de todas partes, llegaría al partido la expresión sincera y sentida de sus verdaderas necesidades. La candidatura sería libre. El derecho de postularse sería libre. El aspirante a cargos públicos no se vería obligado a sucumbir ante los jefes controladores de asambleas, ni el afiliado estaría obligado a votar a la vista de todos sus administradores legales. Desaparecerían los intermediarios que perturban la vida interna de los partidos, y éstos se verían obligados a respetar las doctrinas de aquellos que se sintieron atraídos por sus ideales.

El establecimiento de la carrera administrativa, y el Tribunal de Cuentas, como un parlamento económico, naturalmente de escasa representación, designado por el Tribunal Supremo, son consustanciales a estas reformas. Jamás podrán existir partidos políticos de oposición, si no tienen su respaldo en el propio Estado que pretenden sostener y apoyar. La ausencia de garantías es en realidad lo que provoca, en nuestro medio, de tiempo en tiempo, la necesidad de las revoluciones. La mayoría del país, con frecuencia, se siente estrangulada por el régimen estatal que concede a los partidos de gobierno toda esa suma inmensa de factores coactivos y de corrupción, al paso que

obliga a los partidos de oposición al largo vía crucis de la abstinencia o de la negación, o los relega al bolsillo poderoso y fluyente de los millonarios que pueden correr con los gastos de la mecánica electoral.

Sé. por natural inclinación del interés teórico, que de lo que podemos llamar nuestro plan, el único aspecto que tal vez no agrade sea el último de los medios enunciados; aquel que se refiere a la subvención por el Estado de los gastos de los partidos. Mi experiencia política, mi dedicación a ella, en lo que tiene de amplia y creadora para el pueblo, me ha demostrado que ese es, tal vez, el más importante de los requisitos del nuevo sistema, y en el cual radica el verdadero nudo gordiano del régimen socialista.

Los problemas hay que plantearlos en su verdadera medida y alcance. La mayoría de los hombres y de las mujeres no son ángeles. Están urgidos y constreñidos por necesidades y problemas. Y es preciso encararlas valientemente, sin esos eufemismos que consisten en envolverse en las banderas de las más puras doctrinas, con desconocimiento absoluto de sus posibilidades humanas. La política actual, no es de ninguna manera la de ayer. Los medios de lucha y de propaganda son hoy mucho más caros y selectos que los de antes. que podía imprimirse un periódico barato, levantar una tribuna en cada esquina, o recorrer pueblos a caballo, con el libro en la mano, y la palabra en los labios. El cine, la radio, la televisión, los transportes, las comunicaciones aéreas, terrestres y marítimas, los servicios monopolistas, etc., en fin toda esa serie de gastos, exige una paridad en la lucha política, desajustada por las desigualdades económicas. Es profundamente injusto que los partidos de gobierno tengan en sus manos todo ese aparato, que en definitva paga el Estado, y que los partidos de oposición carezcan en lo total de los medios, si no los pagan hombres ricos, que de esta manera sitúan el partido por debajo de sus ventajas, sujetos únicamente a las finalidades de su dinero.

Como de acuerdo con las bases expuestas, se establece la carrera administrativa, se crea la función económica parlamentaria y se suprimen los agentes e intermediarios, lo cual mermaría considerablemente la demanda electoral de burocracia, hay que establecer un equilibrio cierto entre todos los partidos. No podemos olvidar que, al mismo tiempo, quedarían en pie los gastos electorales, inevitables con arreglo a las necesidades económicas modernas. El gobierno, es, de hecho. función del partido que gane las elecciones. Pero el Estado, como persona jurí-

dica permanente, debe pertenecer potencialmente a todos los partidos.

Si el régimen socialista va imponiéndose por la fuerza de las necesidades económicas y financieras del individuo, nada más justo, por otra parte, que funcione asimismo en protección de todas las ideas y opiniones que supone el gobierno del mañana. De otra manera, se va creando, y lo vemos en todas partes del mundo, para espanto y nueva servidumbre de la humanidad, ese engendro monstruoso y profundamente arbitrario del totalitarismo, amenaza constante y perpetua de nuevas guerras.

Por eso, el Estado debe pagar los gastos políticos y electorales sin exclusivismos. Todos los años de elecciones debe votar créditos con destino a poner en movimiento y a hacer funcionar la armazón mecánica inevitable de los partidos, a la que los hombres y mujeres, al dedicarse, tienen que desatender sus obligaciones, con merma de sus entradas y sueldos. Recortada de esta manera la empleonamía facciosa; coordinada, en esta forma, la verdadera equidad socialista, que hoy solamente funciona en favor de los caciques de puestos públicos, se realzaría la moral ciudadana y se garantizaría la actividad individual, que es donde está la quiebra del estado comunista. Lo que hoy se hace destruyendo la administración, los negocios, las empresas privadas, hacia las cuales se empieza a extender la burocracia estatal malversando y defraudando públicamente el tesoro, mañana se podría hacer, en pequeñísima porción de gastos inevitables, justamente fiscalizados por todos los partidos, coordinando ventajosamente las exigencias económicas con el mantenimiento independiente de las ideas, a las que hay que encontrarles, en alguna forma, un ajuste necesario, so pena de seguir representados por los peores elementos, o por los ricos sin conciencia, que al margen del sistema actual, se hacen cada vez más ricos.

Estas son mis ideas. Sé que ahora es imposible llevarlas a la práctica. Sé que habría de requerirse una educación que actualmente brilla por su ausencia. No me hago ilusiones. Pero si algún día se me presentara la oportunidad de plasmarlas, lo haría, firmemente convencido de prestarle a mi país, con la moral del ideal y la realidad de la economía, no con doctrinas trasnochadas ni obsoletas, ni lugares comunes cansada y aburridadamente repetidos, un verdadero servicio público, ya que las apetencias espirituales y morales, que no pueden desaparecer jamás de la mente de los hombres, se están viendo sometidas a la dictadura rígida del dinero, o a los heroicos y abnegados arranques de las revoluciones, no siempre convenientes al interés

público, si lo substancial del régimen queda, como otras veces, en pie.

Azaña, ese gran español de los últimos tiempos, decía que la política consiste en realizar, que ella se parece al arte en que es creación de nuevas fórmulas y de nuevos sistemas, una creación que se plasma en formas sacadas de nuestra inspiración, de nuestra sensibilidad, y logradas por nuestra propia energía. Pues no hay política de hombres desengañados, de hombres tristes, de hombres circunspectos y abombinados, de hombres fútiles, hábiles sólo para demoler y criticar, pero incapaces de crear y fundar.

Hace años, con ocasión de una visita a la Argentina, tuve oportunidad de leer un libro de José Manuel Estrada. En él encontré esta frase: "La ausencia total de partidos es el cretinismo de los pueblos". Que no se diga, que en un país, como Cuba, distinguido por sus hombres de esencia y de pensamiento, nos estamos acercando al más espantoso de todos los cretinismos.

DISCUSION

MAÑACH: Apenas tenemos tres minutos para preguntas. Dr. Saladrigas, ¿querría Ud. comentar en alguna forma esta lucida conferencia?

DR. SALADRIGAS: Cuando el Dr. Marquez Sterling leía el brillantísimo trabajo con que nos ha favorecido, subrayó el carácter pasivo de los afiliados dentro de los partidos. En ese momento, yo pensaba que la comparación más adecuada era con la de los socios de sociedades anónimas cuyas funciones están limitadas a saber si la junta directiva reparte o no reparte dividendos. Esto me iba a llevar a mí a preguntarle si él pensaba que las directivas que obtenían esos beneficios podían ser las que llevaran a cabo las reformas necesarias para no quedar en esa actitud meramente de servidumbre y expectativa, pero el Dr. Márquez, las preguntas que a mí se me hubieran podido ocurrir en relación con ellas, las aclaró en el curso de su brillante trabajo.

MAÑACH: ¿Alguna pregunta por parte del público?

DR. PINA: El Dr. Márquez Sterling ha señalado remedios de leyes. No hay duda que las instituciones bien arregladas pueden contribuir a que la actividad del Estado se manifieste debidamente; pero él tiene mucha esperanza en el cambio de leyes electorales. Comprendo también que esos cambios son convenientes, pero ¿no cree el Dr. Márquez que está más honda la deficiencia? ¿que depende también de la falta de preparación cívica de nuestro pueblo y que, por consiguiente, mientras no ahondemos en la conciencia cívica con una propaganda constante y los partidos acudan también a ella y todos los ciudadanos, para que no se dé el caso que en las afiliaciones se afilien los que vayan persiguiendo

los beneficios de la política y no todos los ciudadanos, no cree, en una palabra, que si se afiliaran a los partidos todos los ciudadanos cambiaría mucho nuestra política?

MARQUEZ STERLING: Bueno, prácticamente todos los ciudadanos no están afiliados, pero un gran porcentaje sí. En las últimas reorganizaciones de los partidos se afilió nada menos que el 83% de nuestro cuerpo electoral. Ya yo veía ese aspecto que el Dr. Pina enfoca. Por eso dividí mi trabajo en tres partes, y comencé precisamente por el punto más esencial, que es el cultural o educacional. Todo no lo podemos arreglar en diez días.

VILLAURRUTIA: A mí me interesa mucho que Ud. me aclare la cuestión del partido como instrumento motor ideológico. Yo creo que Ud. no se ha referido a ese punto, que es muy esencial, y me interesaría conocer su opinión sobre éso. Es necesaria una revisión de ese punto de vista.

MARQUEZ STERLING: Yo creo que mi preguntante estaba distraído en ese momento, porque yo me refería esencialmente a la ideología de los partidos y empecé por ello.

MAÑACH: Bien, señores, ya ha terminado desgraciadamente el tiempo para preguntas. Hoy nos hemos sobregirado un poco, pero muy fecundamente, porque las disertaciones han sido sumamente interesantes. Muchas gracias a todos.

UNIVERSIDAD DEL AIRE

TERCER CURSO:

OCTUBRE 1949 - JUNIO 1950

"ACTUALIDAD Y DESTINO DE CUBA"

PROGRAMA DE LAS PROXIMAS CONFERENCIAS

XIII Dic. 25	a) ¿Han mejorado, o empeorado las costumbres cubanas? ...... Dr. César García Pons b) ¿Cómo pudiera fundamentarse una reforma de la conciencia cubana? .... Dra. Mercedes García Tudurí
XIV Enero 1	a) ¿Es posible aumentar el ingreso nacional cubano? .... Dr. Julián Alienes b) ¿Cómo movilizar socialmente nuestros capitales? .... Dr. Rufo López Fresquet
XV Enero 8	a) ¿Qué impuestos, y a quién pertenece el dinero de ellos? .... Dr. Juan M. Menocal b) ¿Cómo debe reorientarse nuestra agricultura? ..... Ing. Amadeo López Castro
XVI Enero 15	a) El azúcar: ¿bendición o perdición de Cuba? .... Dr. Juan A. Lliteras b) El tiempo muerto ¿es un problema inevitable? .... Dr. César Puga
XVII Enero 22	a) ¿Cuáles son las necesidades cubanas en lo que se refiere a banca y moneda? .... Dr. Felipe Pazos b) ¿Cuáles son las condiciones para inversionismo sano? ..... Dr. Joaquín Martínez Sáenz
XVIII Enero 29	a) ¿Cómo confluyen las distintas culturas en Cuba? .... Dr. Fernando Ortiz b) ¿Hay un problema de la clase media cubana? .... Dr. Roberto Agramonte
XIX Febrero 5	a) ¿Cómo debe juzgarse nuestra legislación del trabajo? .... Dr. José E. Sandoval b) Los salarios y la productividad ..... Dr. Abel Mestre
XX Febrero 12	a) Obrerismo y política: ¿cuáles deben ser sus relaciones? .... Dr. Calixto Masó b) Cómo rehabilitar y conservar nuestras riquezas marítimas .... Dr. L. González del Campo
XXI Febrero 19	a) ¿Es nuestro servicio diplomático lo que debe ser? .... Dr. Miguel Angel Campa b) ¿Cómo deben orientarse nuestras relaciones con los Estados Unidos? ...... Dr. Cosme de la Torriente



Distribución exclusiva:
OSCAR A. MADIEDO
O'Reilly 407
La Habana.